Anne Lovelace

UN CABALLERO DESTROZADO
UNA MUJER ILUSIONADA

La PERDICIÓN del Conde

© ANNE LOVELACE

La perdición del conde

Sello: Independently published

Safe Creative: 2410109763177

Primera edición, diciembre de 2024.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

La perdición del Conde

Matrimonios Frágiles 2

Anne Lovelace

Este libro está dedicado a todas las mujeres que se convirtieron en lo que necesitaban para lograr lo que merecían.

Sinopsis

Frederick se alejó de su hogar, cansado de la tiranía de su padre, pero los deberes lo llaman a gritos y tiene que regresar para convertirse en el conde de Rochester. La herencia viene envenenada, pues está obligado a contraer matrimonio contra su voluntad. Incluso desde el infierno, el viejo diablo tiene la intención de seguir gobernándolo.

Una novia comprada y pagada no es lo que Freddy desea, sin embargo, no tiene más opción que aceptar lo que el testamento estipula, no ha estado esperando durante tantos años su venganza para echarlo todo por la borda. Su padre no ganará.

El plan es sencillo. Una vez casado, puesto que su esposa no significará nada para él, solo tiene que convencerla para que lo deje en paz. La recompensará generosamente y llevarán vidas separadas. El problema radica en que su nueva condesa no parece ser una mujer razonable ni sensata. Y peor que eso, lord Rochester no debería sentir ganas de borrar la tristeza de su rostro cada vez que la ve, en especial porque él es el culpable de su desdicha.

Un caballero lleno de rabia que necesita destruir a una mujer ilusionada para apartarla de su lado.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Sobre la autora y la historia

Prólogo

Luton, Inglaterra, 1812.

Frederick Willbory —más conocido como Freddy por sus allegados—, quinto conde de Rochester, sentía en un interior un nivel de ira tan grande que no sabía cómo canalizarlo sin hacer una escena del todo desagradable.

Hacía poco más de seis meses que había tenido que regresar a su hogar para tomar las riendas como lord Rochester. Un deber para el que lo preparó su padre, de un modo nefasto, y uno que no deseaba llevar a cabo.

El anterior conde fue un diablo en vida y desde el mismo infierno parecía que iba a seguir amargando a Freddy.

El actual lord Rochester era el más mayor de tres hermanos, había vivido lejos de su familia hasta que fue convocado debido al fallecimientos de su padre. Su madre, Agatha, lady Rochester, fue la única que lo esperó cuando regresó a casa para los arreglos del funeral y la lectura del testamento. Su hermano mediano tenía una vicaría al norte de Londres, donde había logrado la paz. A Freddy no le extrañaba que Cedric —así se llamaba el vicario— hubiese decidido romper con su pasado. No lo culpaba por no haberse presentado al entierro del viejo. Él mismo no lo hubiese hecho en caso de poder evitarlo.

Luego estaba Anthony, su hermano menor, destinado a servir al ejército. Hacía años que Freddy no veía al capitán Willbory, concretamente siete, pero le había enviado una nota cuando el viejo conde falleció pidiéndole que regresase al hogar y lo ayudase con sus obligaciones y él había aceptado ser su administrador y echarle una mano con la gestión del patrimonio. A Anthony lo habían herido justo antes de llegar a casa, sufrió un tiro por la espalda. Había sanado muy bien, tanto como para darle tiempo para enamorarse y casarse con la hermanastra ilegítima del duque de Stone.

Había sido precisamente su hermano Anthony quien le advirtió de que el estado

de las arcas familiares estaban más que rebosantes. Cuando se enteraron del motivo por el que se daba esa situación… Freddy no se lo tomó nada bien.

Sabía que su padre había derrochado en mujeres, apuestas y otros vicios, parte de la fortuna de los Willbory, así que fue una sorpresa que hubiera tanto dinero para atender todos los gastos diarios de la familia, los edificios y demás cosas necesarias. Lo que no se imaginó es que el anterior conde había dejado bien atada la vida de Freddy antes de bajar al Hades.

Le iba muy bien. Su madre comenzaba a ver la vida con otros ojos, Anthony se había casado y era feliz. La esposa de su hermano menor había aportado al matrimonio un hijo, llamado Thomas, al que Anthony amaba como si fuese suyo. La dama no tuvo una vida feliz, pero encontró a su medio hermano, el duque de Stone, y todo comenzó a irle mejor. Stone también era su amigo, una de las personas más importantes que había habido en su vida, hasta que un accidente y una gran traición los separó. La culpa de ambas cosas fue de Rochester. En primer lugar, porque Freddy lanzó una apuesta sobre hacer una carrera con Stone y este último acabó cayéndose del caballo y sus heridas afectaron a todo su cuerpo, pero en especial a su rostro por lo que dejó de ser un hombre apuesto. El dolor y la culpa que sintió lord Rochester por esa circunstancia lo volvieron loco, y acabó consolándose con la prometida de su mejor amigo. La hermosa y bella Arleen lo sedujo para no tener que casarse con el hombre desfigurado en el que se había convertido su amigo y que comenzó a amargarse rápidamente tras todo lo sucedido. Al final Freddy tampoco llegó a casarse con la bella Arleen, de quien descubrió más tarde que era una verdadera arpía.

Todo aquello sucedió justo antes de que su hermano Anthony se marchase de Londres, siete años atrás, y resultó muy desagradable para los implicados. Freddy siempre se lamentaría por su mala cabeza, por haber perdido la confianza de su mejor amigo, que por aquel entonces aún no había sido nombrado duque, sino que ostentaba el título de cortesía de marqués de Weberly. Sin embargo, el destino era caprichoso y le gustaba enredarse.

El sino permitió que Rochester y Stone se hubieran reencontrado hacía unos meses y que el segundo necesitase la ayuda del primero para conquistar a la dama de la que tiempo atrás se había enamorado. Ambos estaban tratando de olvidar el pasado. Stone se había casado con su duquesa, Felicity, y parecía estar viviendo en las nubes, lleno de felicidad. Freddy se alegraba por ellos.

Sin embargo, él no podía escapar de los recuerdos de sus errores pasados. Las dolorosas palabras de su padre resonaban en su mente recordándole que él, su hijo y heredero, había sido concebido a imagen y semejanza del hombre que le dio la vida. En aquel momento, y antes de llegar a redimirse por completo ante los ojos de su mejor amigo Stone, Freddy tomó la decisión de alejarse de todo y de todos, viviendo a la deriva y de la caridad de los pocos amigos que aún le quedaban.

Había llevado una existencia que se regía según sus propias convicciones hasta que se dio cuenta de que no tenía nada por lo que luchar, nadie a quien amar. La muerte de su padre fue prematura. Freddy acababa de cumplir los veintisiete, y su padre le llevaba solo veinte años de ventaja, así que morirse a la edad de los cuarenta y siete era algo repentino incluso para la época en la que les había tocado vivir.

Mejor que hubiese pasado de ese modo.

Su madre, lady Rochester, bendita fuera, a sus cuarenta y cinco años al fin era libre. Había escapado del yugo de su esposo y podía volver a empezar una nueva vida, una más feliz.

La historia de los Willbory era cíclica. Los condes accedían al título, descubrían que estaban arruinados y se casaban con damas ricas a edades muy tempranas. Freddy era el primer Rochester que parecía estar rompiendo el círculo, dado que había logrado esquivar el matrimonio… por el momento.

Y por ese motivo precisamente estaba llevándose a cabo una entrevista que a Freddy le habría gustado no mantener.

—¿Y bien, lord Rochester? —le preguntó su interlocutor.

—Usted llegó a un acuerdo con mi padre. Yo no soy mi padre.

—Ah, muy cierto, milord. Sin embargo, no solo se heredan los títulos y las propiedades, también las deudas y obligaciones. Y si no se casa, Rochester, toda su fortuna, la cual proviene de la dote de mi hija, nos tendrá que ser devuelta, incluso lo que su difunto padre ya ha malgastado. En caso contrario, lo llevaré a usted, y no a su padre porque ya no está entre los vivos, ante los tribunales.

¡Y Freddy que creyó que su padre le había comprado una novia! En realidad había ocurrido justo lo contrario de lo que había supuesto en un primer momento. El hombre que lo engendró era un mentiroso consumado. Cuando su padre comenzó a derrochar sin control, este le dijo que el dinero provenía de unas inversiones y que con esos fondos había logrado sobornar a un caballero con grandes perspectivas de lograr una fortuna y que pasaba por una mala racha, para que le entregase a su hija a cambio de su ayuda, como prometida para Freddy.

—¿Qué es lo que quiere para que ambos olvidemos este asunto?

—Que cumpla usted con su parte de la obligación.

—No.

—Entonces creo que se enfrentará a un proceso judicial de lo más costoso. No solo lo demandaré por incumplimiento de contrato, además alegaré alguna que otra circunstancia que se le pueda ocurrir a mi abogado, y le advierto que cuento con uno de los mejores que el buen dinero puede pagar. Vaya haciendo cuentas, lord Rochester porque tendrá que devolverme la suma inicial que le pagué a su padre cuando se acordó el matrimonio con mi hija, más una compensación por el agravio de la ruptura, además de otros costos que se le ocurran a mi hombre de leyes.

Exacto.

Por eso era por lo que las arcas de la familia estaban tan rebosantes. El anterior conde no esperó a que Freddy se casase para aceptar parte de la desorbitada dote con la que contaba la señorita Evelyn Morton.

No era de extrañar que la herencia de un diablo llegase envenenada.

—Le seré claro, señor Morton. Antes de aceptar cualquier dictado que mi padre decretase sobre mi persona, fuere hecho en vida o no, me colgaré.

Pero Edward Morton no había construido un imperio de la nada sin pelear. Un cachorro que ni habría llegado a la treintena era poco rival para él. No obstante, podría divertirse un poco a su costa.

El cristal. Su producción más bien. Eso sí era digno de preocupación, dado que de ahí sacaba su fortuna. Su fábrica de cristal al norte de Londres, en Watford, había hecho posible que la reputación de Edward Morton como hombre de negocios fuese irreprochable.

—Entonces yo mismo le colocaré la soga alrededor de cuello —razonó impasible el otro.

—No estoy bromeando —le dijo Freddy muy serio.

—Yo tampoco —rebatió Morton de inmediato.

—Creo que no lo entiende.

—El que definitivamente no comprende la situación es usted. ¿Es corto de entendimiento? —inquirió preguntando por si era de naturaleza lenta o tenía un problema en la mente.

—¿Le preocupa que su hija acabe casada con un hombre sin lucidez mental?

Morton agitó los hombros despreocupado.

—Me angustiaría que usted fuese un traidor a Inglaterra, no lo otro.

—¿Es un patriota, señor Morton? Siendo usted tan amigo de mi padre como lo fue, me sorprendería que tuviese alguna virtud.

El otro le sonrió de lado. Pequeño bastardo arrogante… Edward se moría de ganas de decirle que era un aprendiz mediocre en eso de pleitear contra él. Al señor Morton solo había una única manera de molestarlo de verdad, y era negándole lo que deseaba. Edward era muy consciente de que tenía agarrado a Rochester por las pelotas. Si ese mequetrefe que tenía delante escuchase un lenguaje tan soez, ¿se indignaría? Seguro que sí. Pomposo arrogante…

El nuevo Rochester no se parecía en nada al antiguo. Se veía más cabal, con menos vicios. Tampoco era como si a Morton le importase demasiado que el cachorro se asemejase a su progenitor. Él tenía la suficiente potestad para encargarse de que no lastimase a su hija de ningún modo. Era un padre protector en extremo y Rochester iba a comprobarlo muy pronto. Lo gobernaría con puño de hierro, y ese conde haría a Evelyn feliz costase lo que costase. El señor Morton no había esperado tantos años a que el botarate heredase el título como para flaquear en esos momentos. Su hija tenía veintitrés años y había estado comprometida con Frederick Willbory desde los catorce. Ella le rogó que no la obligase a casarse hasta que su prometido se convirtiese en conde, aunque Morton sabía que su hija no quería convertirse en esposa porque no deseaba dejar a su padre atrás. Evelyn era la hija perfecta. Edward accedió a cambio de que ella le jurase que no le daría problemas cuando llegase el caso. Además, sabía que no tendría que aguardar demasiado, puesto que con la vida de excesos que llevaba el padre del cachorro, la muerte no tardaría demasiado en reclamarlo.

Había llegado el momento al fin. Seis meses permitiendo que Rochester se hiciese a la idea de que tendría que cumplir con el acuerdo que su padre y él mismo rubricaron, era un tiempo más que suficiente para que se hiciese a la idea de los cambios que se le venían encima al conde.

Lo importante era que su sangre se mezclaría con la nobleza. Evelyn haría eso por él. Sería la madre del próximo lord Rochester y Edward lograría lo último que se propuso cuando adquirió su basta fortuna: ser aceptado por la aristocracia.

A no ser que Rochester dejase de ser un conde, no tenía escapatoria.

—Le decía que me preocupa que lo declarasen ser un traidor, porque esa sería la única manera de que le quitasen sus títulos y propiedades. Mientras la Corona no le incapacite para ser un par del reino, usted se casará con mi niña.

—Así que lo único que desea es que su hija sea condesa.

—No. Mi hija va a ser condesa y usted será el más atento, amoroso y encantador de los esposos, porque de otro modo comprenderá por qué los eunucos lo son. —Ahí había dejado la amenaza patente.

—Debería saber que no tolero bien la coacción. —Por increíble que pudiese ser, la ira de Freddy se hacía cada vez más espesa y patente. Él había creído que no podría sentir más rabia de la que sentía cuando su padre estaba vivo y lo atormentaba. Había estado equivocado.

—Y usted debería saber que la coacción es mi especialidad. ¡Alégrese, milord! —exclamó en tono jovial, olvidándose de la amenaza implícita en la primera frase—. Su prometida es una mujer que lo hará ponerse tieso en cuanto la vea. Ha salido a su madre, es bonita, pero lo que hará que le hierva la sangre es el resto. Se lo garantizo. No hay otra muchacha igual en todo el mundo. Tendrá a su heredero de inmediato y le seguirá un batallón de repuestos.

Edward no mentía. Enviudó pronto y su amada esposa lo dejó solo con Evelyn. La señorita Morton no era solo una mujer más que adecuada para cualquier hombre, tenía la cabeza muy bien puesta en su lugar, era resolutiva, dura cuando debía serlo y tierna cuando la ocasión lo merecía. Morton no volvió a casarse, aunque sí que había tenido un par de amantes, tal vez alguna más, pero la mujer que tenía todo su cariño y protección era Evelyn. A ella era a la única a la que le interesaba contentar. Su hija le ayudaba en la dirección de la fábrica y lo hacía con puño de hierro, también con corazón, porque así era su orgullosa hija, capaz de tomar y soltar las riendas cuando debía hacerse.

El rostro de Rochester no cambió ante las tonterías que su interlocutor acababa de decir. Tampoco por su falta de modales. ¿La señorita Morton catalogada como bonita? Era un feo ratón de biblioteca y por ese motivo su padre tuvo que arreglar un matrimonio para poder casarla y convertirla en condesa.

El anterior conde de Rochester, en su desesperación por encontrar fondos, accedió de inmediato. Si a los catorce años, que era cuando las jóvenes florecían, ella ya era difícil de mirar, a los veintitrés que habría acabado de cumplir ese año, sería un kraken marino como poco.

Aun así, el problema de su falta de belleza, gracia y elegancia —esas dos últimas cosas que Freddy creía que no poseía también la dama debido a que ayudaba en la dirección de la fábrica de cristal del padre y esa no era una labor para una dama— no eran cuestiones insalvables. De hecho, la esposa de su amigo, el duque de Stone, nunca fue una dama hermosa y Freddy la valoraba en exceso. No. La belleza estaba sobrevalorada. El asunto estaba en que Frederick no quería cumplir la voluntad de su padre. Deseaba elegir a su condesa y tener lo que Stone había encontrado.

Amor.

Una compañera.

Rochester no renunciaría a enamorarse. El que estaba empezando a ser su mejor amigo de nuevo, Stone, era la prueba palpable de que no había nada mejor que casarse con la mujer adecuada. Y no solo Stone. Anthony, después de haber vivido horrores durante la guerra había vuelto a sonreír, y según su hermano mismo le confesó, fue gracias a su amada Susan. Lady Anthony —ese era el título que la dama de su hermano había adquirido por matrimonio— se deshacía por él.

—Mire, señor Morton, entiendo que…

—No —lo cortó en un tono que no admitía réplica—. He venido a informarle que mi niña llegará mañana para convertirse en la condesa de Rochester.

—¿Cómo ha dicho?

—No se ponga nervioso, milord. Está todo previsto, compré la licencia especial y un obispo, el señor… No recuerdo su nombre, solo sé que su elevado cargo dentro del sagrado organismo eclesiástico dará más veracidad al asunto. Ya sabe, un seguro más, por si a alguien se le ocurriese tratar de anular el matrimonio por cualquier motivo que se le antojase.

—¿Va a querer ver las sábanas manchadas a la mañana siguiente, señor Morton? ¿O se conformará con estar al lado de nuestro lecho y ver cómo desfloro a su hija? —lo desafió con seriedad.

Morton se echó a reír.

—Se lo va a pasar muy bien con mi hija, y no solo lo digo en la cama. Ella sabe que su deber es engendrar niños y le aseguro que está más que dispuesta a darle un batallón. Le encantan los pequeños diablillos.

—Habla de su hija en unos términos que cualquier padre no mentaría.

—Yo no soy cualquier padre, Rochester. Mi pequeña se tuvo que conformar conmigo y creció sin su madre. No se equivoque, fue criada como una auténtica dama, pero jamás consentí que tuviese la cabeza hueca. Ella es mi vida y quiero que sepa gestionar lo que tanto nos costó a su madre y a mí construir. Evelyn le ayudará a hacer crecer su fortuna y si usted es sensato no la derrochará. No espere tener como esposa a un bello adorno que irá sonriente de su brazo. Evelyn tiene ascendencia irlandesa corriendo por sus venas y su carácter es fuerte. No se lo digo para que se asuste. La niña no es poco femenina, lo que sucede es que… bueno, Evelyn es hija de su padre. Sí, esa es la mejor definición para el caso.

—Sí, me imagino a que se refiere. —Sería un kraken marino con malhumor, sin refinamiento alguno… ¡Cielos! Esperaba que su difunto padre estuviese ardiendo en las llamas del fuego eterno como mínimo. O que Lucifer estuviese azotándolo con todas sus fuerzas las veinticuatro horas del día.

—¡Formidable! —alegó con satisfacción el padre—.Ha sido un viaje largo y como el asunto ya está resulto, me retiraré. —Vio que Rochester iba a abrir la boca y levantó una mano para acallarlo—. No, no se moleste en llamar al mayordomo, yo mismo le diré que me prepare una habitación. Me reuniré con su encantadora madre y le transmitiré las buenas noticias. Confío en la destreza de la condesa de Rochester para que pueda adecentar la pequeña capilla que hay junto al cementerio. Cenaremos a las ocho, si lo hago más tarde… No me sienta bien hacerlo más tarde.

—Por favor, siéntase libre de ir a la cocina y decirle al cocinera el menú que deba prepararle y si las sábanas de su lecho no fuesen de su agrado, que una doncella se las cambie. No se olvide tampoco de ordenar un baño y de despedir a mi personal si no lo considera adecuado. —Todas las recomendaciones las dijo con seriedad y esperaba que el maldito Morton hubiese entendido la ironía que destilaba.

¿Acaso se creería que él estaba a su servicio? ¿De dónde diablos había salido ese hombre tan peculiar?, se preguntaba Freddy.

—¡Esa es la actitud, Rochester! Nos vamos a llevar muy bien usted y yo. ¡Quiero muchos nietos! Prometo ser un abuelo magnánimo y estoy seguro de que su madre será una abuela estupenda. —A Freddy no le gustaba el modo en el que se refería a su madre, y tampoco le agradó ver al tonto guiñarle un ojo.

El señor Morton se levantó de la silla porque había dado por concluida la entrevista. Rochester deseaba darle un puñetazo, un puntapié o… ¡algo!

—Señor Morton —lo llamó.

El hombre que había dado un paso hacia la salida se giró para atenderlo.

—Nos hemos dicho todo lo importante. No tiene sentido seguir hablando, milord. Estoy cansado y quiero hablar con su madre.

Genial, el aldeano se atrevía a imponerse. ¡Qué desfachatez! Lo peor que había era un caballero que no sabía serlo y que desconocía su posición social.

—Quiero dejarle una cosa muy clara antes de que se retire.

—Habla, muchacho —le dijo irritado.

Rochester templó los nervios. Lo trataba como si fuese un joven imberbe y seguramente no le sacaría más de veinte años, porque sospechaba que tendría la misma edad de su difunto padre. Se dijo a sí mismo que discutir con ese hombre solo serviría para enfadarse más, así que decidió no mostrarle todo el mal carácter que podía exhibir.

—Yo no soy un empleado suyo.

—Por supuesto que no. No le entregaría a uno de mis chicos a mi encantadora niña. Evelyn ha nacido para ser grandiosa. Sé bien que usted es un conde, de otro modo no le permitiría poseer mi tesoro más preciado. ¿Algo más, muchacho? —preguntó con arrogancia.

Freddy evitó resoplar. No le daría el gusto.

—Comprendo que me tiene pillado por… las pelotas. —Rochester observó que lejos de asombrarse por el uso de una palabra tan poco apropiada, Morton… ¿lo miraba con satisfacción? Jamás entendería a un hombre como él—. Usted cambió su dinero por un título y me arrastró a mí por el camino con el beneplácito de mi padre. Quiero que recuerde siempre que yo no di jamás mi autorización para llevar a cabo este matrimonio. A partir de ahí, no me hago responsable de nada de lo que pueda suceder.

El hombre volvió a agitar los hombros.

—No tiene más que portarse bien con mi niña, plantar pronto su semilla y deshacerse de la amante que tiene instalada en una de las calles paralelas de Mayfair, esa a la que mantiene con el dinero de la dote de Evelyn. Cumpla esas tres cosas y no tendrá por qué temerme, milord. Ahora, tengo que ir a tomar el té con la bella condesa de Rochester. No me entretenga más.

Sobra decir que cuando Morton mencionó a la actriz a la que adoraba y le calentaba la cama, tuvo ganas de saltar sobre su cuello. ¿Qué derecho tenía ese maldito a ordenarle hacer nada?

—No se atreva a molestar a mi madre —exigió, al tiempo que se ponía en pie con violencia. Rochester acababa de asumir que su vida le pertenecía a Morton, pero solo él pagaría el precio que su padre pactó.

—¿Molestarla? Es lo último que haría, muchacho. Agatha no es una dama a la que uno deba molestar. —Acto seguido, cruzó la habitación en dos zancadas y desapareció del despacho del conde.

¡Vaya personaje estaba hecho ese Morton!

A Freddy no le pasó desapercibido que el padre de su inminente condesa había utilizado el nombre de pila de su madre. Solo los que la conocían muy bien lo hacían. ¿Qué diablos sucedía ahí?

Si ese libidinoso había puesto sus ojos en la condesa de Rochester le ennegrecería los dos ojos.

Apartó ese pensamiento. Tenía un problema más grande que atender. Su boda.

¡Maldición!

Decidió que se casaría, dado que no tenía otra opción. No la miraría, no le hablaría. Ella no significaba nada para él, solo el recuerdo de que su padre había logrado su objetivo desde el infierno. La convencería para que llevasen vidas separas, le daría un buen estipendio para que no le exigiese nada y ahí finalizaría su relación. En cuanto a los hijos… No era momento de pensar en eso.

¡Pan comido!

Aunque esperaba que la fea hija de Morton no fuese razonable, con que fuera un poco sensata le bastaba, porque si ella se pareciese a su padre…

***

¿Quién iba a pensar que un conde podía durar tan poco? ¡Más uno tan joven!

Evelyn Morton llevaba desde los catorce comprometida con un hombre al que había visto una única vez. Fue cuando se firmaron los documentos.

Cierto que el que era por aquel entonces el vizconde… ¿Qué título de cortesía ostentaba él años atrás? Solo recordaba que todo el mundo lo llamaba Freddy. Como fuese. Freddy era uno de los hombres más apuestos que había visto jamás. Tenía cuatro años más que ella y aunque Evelyn se quedó impresionada, no le apetecía casarse tan pronto, entre otras cosas porque su padre la necesitaba como el agua para sobrevivir. El agua, el aire, la comida o todo junto.

El precio de perder a su madre cuando era una niña pequeña fue haberse criado con un padre que era un poco rústico… ¡De acuerdo! Muy rústico. En fin, el señor Morton tenía sus propias creencias y su propio modo de hacerlo todo, le gustaba imponer su voluntad. No era nada nuevo, se trataba de un hombre, uno muy rico, acostumbrado a dirigir a los demás. Lo malo era que no entendía que *comprarse* a un conde para tenerlo como yerno, no sería tan fácil como él había previsto.

En nueve años, su prometido no había dado señales de vida. Ni una carta, ni un solo vistazo desde que se firmaron los acuerdos sobre la boda. Ella lo había preferido así también, porque su padre y la fábrica eran su pasión. Eso no quitaba que su orgullo femenino estuviese un poco resentido. ¡De acuerdo! Muy resentido. Tanto como para darse cuenta, pronto, de que el futuro conde no quería ni conocerla ni preocuparse por ella. Así que le propuso a su padre no casarse hasta que ese desconocido accediese a su título y dejase atrás el de cortesía.

Evelyn tuvo que haberse dado cuenta de que el hecho de que su padre accediese demasiado rápido a su petición sobre esperar para casarse, era un signo de que sabía algo que ella desconocía. ¿¡Quién iba a pensar que el padre de su futuro esposo moriría tan joven!?

Así que el destino estaba decidido. Le prometió a Morton que se portaría bien llegado el caso y no había despotricado ni una sola vez cuando se le informó, de la noche a la mañana, que su vida iba a cambiar porque la boda iba a celebrarse en dos días.

¡Dios de los santos apóstoles!

De todas formas, discutir con su padre era una pérdida de tiempo. Si el nuevo lord Rochester en verdad se había propuesto tratar de escabullirse y no casarse con ella, iba a toparse con un muro infranqueable. Edward Morton era tan duro como una gran montaña irlandesa.

El carruaje avanzaba por el camino principal de la casa de campo de la familia Willbory.

Era el día de su boda.

Había en su armario un vestido nuevo color *champagne*, con organzas y las mangas abullonadas que no había utilizado todavía. Un regalo de su padre de hacía unas pocas semanas. Su padre lo había orquestado todo y ella no tenía ni voz ni voto en ninguna cuestión referida a la boda.

Estaba como loco por convertirse en abuelo y ver crecer a sus nietos. No quería defraudar a su padre y no lo haría. La palabra de su padre era la ley y si la había emparejado con Freddy —le gustaba ese apelativo— confiaría en que todo saldría bien.

Cuando el vehículo se detuvo, esperó hasta que uno de los lacayos le abrió la puerta para bajar. Puso los pies en el suelo y contempló su nuevo hogar. Iba a echar muchísimo de menos su antigua vida.

A lo largo de su existencia no había hecho otra cosa más que atender a su padre y la fábrica de vidrio. Era el pesar más grande que tenía, estar lejos de él y de la fábrica. Estaba lista para dar el siguiente paso, su padre le había dicho que se ocuparía de que su esposo aprendiese a llevar las riendas del negocio, además, ella también estaría a su lado para aconsejarle. Todo iba a salir bien.

Primero tendrían que conocerse un poco mejor para aceptarse, por descontado que sí, pero si ambos ponían de su parte, el matrimonio podría ser excelente. Evelyn quería con todo su corazón hacer feliz al conde. Lo acostumbrado era que los aristócratas acordasen sus uniones atendiendo a la fortuna y relaciones que podían aportarles. De tal modo que aunque Evelyn no había nacido en la cima de la montaña que era la aristocracia, no llegaba sin nada que aportar. Su dote era jugosa, así que Rochester debería darle, si no un valor humano, sí uno económico. Eso era un principio. Ella no había logrado a influir sobre un hombre como su padre sin aprender algunos trucos por el camino. Estaba dispuesta a ponerlo todo de su parte para agradarle a su inminente esposo. No era estúpida, sabía muy bien que él no la quería como su condesa, y ese hecho, en vez de frenarla, hacía que le dieran ganas de luchar con todas sus fuerzas. Era voluntariosa, una cualidad que había heredado, sin duda, de su padre. A Evelyn le motivaban los retos y el que se presentaba ante ella la tenía nerviosa, expectante y muy dispuesta.

Mientras los sirvientes que la habían acompañado a su nuevo hogar se desplazaban con el carruaje hasta los establos, después de bajar su equipaje, ella se dio cuenta de que los jardines que rodeaban el edificio principal eran preciosos. No había nadie esperándola porque había adelantado el viaje unas horas. Decidió dar un paseo por uno de los senderos que tenía a la vista.

Comenzó a caminar.

El sol era cálido, le apeteció quitarse el bonete y así lo hizo. Mientras examinaba las rosas se dio cuenta de que alguien de la familia era muy aficionado a la jardinería, dado que había un pequeño lugar que evidenciaba que, previsiblemente, una mujer, se distraía mimando las diferentes plantas y flores que se diferenciaban del resto del jardín.

Escuchó una risa femenina. Provenía del laberinto. ¡Un laberinto! ¡Qué exótico! Evelyn se adentró llena de curiosidad y cuando había recorrido un poco de distancia…

—¡Lo siento! —gritó más que exclamó, al tiempo que se daba la vuelta—. Yo no pretendía… Me iré —dio un paso de regreso.

—¡Quieta ahí, niña! —Fue una orden directa de su padre. Evelyn se paró, aunque no se atrevió a girarse. Cuando Morton emitía una petición, sabía que debía hacerle caso.

Evelyn escuchaba a su padre murmurarle algunas cosas a su compañera, esa a la que había visto en los brazos de su padre mientras él le palpaba los pechos y la besaba con devoción. No entendía lo que le decía, aunque sospechaba que estaba calmando la agitación de la dama por haber sido descubiertos. A buen seguro también estaban recomponiendo sus ropas.

¡Qué vergüenza!

—Ven a conocerla, Evelyn —le indicó Edward cuando todo fue más respetable.

La joven no se atrevía a darse la vuelta.

—No creo que sea momento de… —comenzó a objetar.

—No seas, tonta. Ven, llevo mucho tiempo queriendo presentarte a Agatha.

¿Agatha? Su padre no llamaba por el nombre de pila a las mujeres. Conocía los gastos de la familia, ella misma supervisaba los libros de cuentas que llevaba con maestría su primo Lucas, quien era a efectos prácticos el administrador de la familia, y vio algunos apuntes que indicaban que su padre había mantenido a un par de amantes en la ciudad, aunque jamás mencionó una sola cuestión.

Llena de curiosidad, y tratando de olvidar lo que había presenciado minutos antes, se dio la vuelta de inmediato.

—Agatha, ¿eh? —inquirió ella con un cierto descaro que no pudo evitar.

—¡Claro que es Agatha! —razonó su padre con bravuconería—. Has sido testigo de un momento íntimo, ¿prefieres que te la presente como la condesa de Rochester? —Se quedó un momento pensativo y no se dio cuenta de que su hija se había asombrado al conocer la identidad de la dama. Luego, su padre advirtió que—: En realidad pasará a ser la condesa viuda esta misma tarde, puesto que en cuanto te cases tú serás lady Rochester.

—Por amor del cielo, hay cosas más importantes que explicarle a tu hija el uso de los títulos, más, después de que nos haya encontrado… de ese modo tan desafortunado —intervino la elegante mujer que miraba con atención a Evelyn. Las dos se estaban examinando con atención.

Agatha Willbory era una mujer madura, se percibía en ella que había sido toda una gran belleza en su juventud. Sus ojos eran tan azules como un río claro, el pelo, bañado por

algunas canas blancas, seguía viéndose bastante negro en comparación con el blanquecino de su padre. Era un poco más alta que él, pero lo que le fascinaba era que, incluso con algunos mechones desarreglados y la ropa arrugada, se veía como si fuese Cleopatra. ¡Qué elegancia!

Así pues, mientras Evelyn trataba de hacerse un retrato de la condesa, la otra también estaba examinándola.

Agatha vio que ella era una belleza pelirroja de ojos verdes algo azulados, y con bastantes pecas. Se veía encantadora, no una belleza clásica. La muchacha no sería jamás una rosa inglesa, pero se veían sus antecedentes irlandeses con facilidad. Era diferente al resto, pero no por ello menos hermosa de lo que lo sería una mujer rubia de ojos azules, por ejemplo. Evelyn había cambiado mucho desde los catorce años. Agatha estaba satisfecha con lo que tenía enfrente.

—¿Vais a batiros en duelo o algo similar? —bromeó el señor Morton, al ver que ambas se estaban tomando la medida.

—Desde luego que no —habló Evelyn—. Tu Agatha está tratando de dilucidar si soy buena para el mayor de sus hijos.

La condesa le sonrió en ese punto. Era digna hija de Morton. Freddy no se aburriría con ella.

—Del mismo modo que tú, permite que nos hablemos sin formalidad, Evelyn —su interlocutora afirmó con la cabeza para decirle que estaba de acuerdo—, estás evaluando si yo soy adecuada para tu padre.

La dama más joven se echó a reír. Un tono de risa fresca, el mismo que tenía su progenitor. Para lady Rochester era más que evidente que eran padre e hija, se parecían mucho, no solo físicamente. Ella había conocido a Edward Morton desde que debutó en sociedad. El comerciante comenzó a construir su fortuna y muchos de los amigos del anterior Rochester lo tenían en excelente consideración.

—Mi padre siempre ha tenido buen ojo para los negocios y no solo para las transacciones. Si mi padre la aprueba… te aprueba —se corrigió dado que la condesa le había indicado que se ofreciesen un trato más directo—, yo haré lo mismo, sin cuestionarlo.

La sonrisa de Agatha se hizo más evidente en ese punto.

—Quisiera decirte que con Freddy lo tendrás tan fácil como yo lo he tenido con tu padre, ya te supondrás que somos más que amigos. No tiene sentido no hablar sobre lo que has visto, querida Evelyn. Esto no es un pasatiempo para ninguno de los dos. A nuestra edad no estamos para perder el tiempo, y aunque Morton me ha asegurado que fue muy feliz en su

matrimonio, yo no tuve tanta suerte con el mío. No creas que surgió entre tu padre y yo algo ilícito mientras mi esposo vivía. Aunque no puedo negar que desde que nos vimos, Morton me causó una sensación…

—Me detestaste. No te agradó mi rudeza y censuraste mi falta de modales de inmediato —la ayudó él al ver que Agatha se había quedado callada.

—Es cierto —confesó, mientras se reía con ligereza—. Aunque debo precisar que tu franqueza y tenacidad lograron enamorarme, querido mío. —Los ojos de la condesa se movieron hasta los de Evelyn—. En cuanto mi esposo falleció, tu padre vino a verme. No presentó sus respetos porque el anterior Rochester… digamos que murió haciendo lo que más le gustaba. —Evitó decirle que su difunto esposo estaba retozando con una de sus amantes cuando le falló el corazón. Evelyn intuyó que el padre de su inminente esposo no se había portado nada bien con su condesa—. Tu padre se presentó ante mí y declaró que como mi hijo estaba prometido a su hija, yo le pertenecía por añadidura.

—Sí, puedo ver que eso es algo que diría mi padre.

—No tenías ninguna opción contra mí. Soy un hombre persistente y cuando veo algo excelente lo tomo de inmediato antes de que me lo arrebaten. Ya había esperado lo suficiente como para permitirte guardar luto por alguien que no lo merecía, Agatha. —El señor Morton miró entonces a su hija y le dijo—: Tienes ante ti, mi niña, a una mujer de palabra. No logré embaucarla para que traicionase sus votos matrimoniales. A poco que Rochester haya salido a ella, vas a ser muy feliz.

—No hay nada de lo que preocuparse, Freddy no traicionará sus votos —apuntó la viuda convencida de la moralidad de su hijo.

—De todos modos —siguió el comerciante hablando con su hija—: a tu lado estará tu padre, a fin de recordarle a Rochester que teniendo un diamante por esposa, no debe ir a buscar un cristal.

—Nos dedicamos al cristal. No creo que sea tan malo como dices puesto que tu fortuna proviene de ahí. —Evelyn no sabía si sería fácil llegar al corazón de su esposo, pues no estaba dispuesta a conformarse con menos en su matrimonio. Era una mujer ilusionada y lo seguiría siendo hasta que no hubiera esperanza.

—Es cierto. El cristal es útil, pero tú eres mi diamante y Rochester no tardará en agradecer su suerte.

—Estás muy seguro de ti mismo —le dijo la muchacha a su padre.

—Freddy es un buen hombre y el mejor de los hijos. No es que me queje de sus

hermanos, de Cedric o Anthony, pero Frederick siempre ha sido más cabal, tierno y amoroso. Te garantizo que si tienes un poco de paciencia con él a fin de que acepte el matrimonio, te hará la mujer más feliz de la faz de la tierra. Sé que son las palabras de una madre que siente admiración por su retoño, pero no miento.

—No me tienes que convencer, Agatha. Confío en el criterio de mi padre. Desde que tengo uso de razón le he escuchado decir que soy un tesoro, sé que no me entregaría a nadie que no me mereciera… Bueno, no quisiera ser presuntuosa o vanidosa, lo que sucede es que… —Se había dado cuenta de que no había sido humilde en su declaración.

—Te entiendo bien. Ven a dar una vuelta conmigo por el jardín, Evelyn. —La condesa le agarró el brazo—. Tu padre será un buen chico e irá a entretenerse en otro lado mientras tú y yo nos conocemos un poco más. No había esperado que nos descubrieras en una situación tan bochornosa, aunque nos ha beneficiado a las dos. Tú has podido ver que tu padre me importa mucho y me has escuchado confesar que mis hijos son lo más importante para mí. Nos convertiremos en grandes amigas y te ayudaré en todo lo que pueda. —Agatha, con la mano que le quedaba libre despachó a Morton, quien la observó divertido hacer el gesto.

—Seré un buen sirviente para mi dama y mi hija. Os dejaré a solas. —Morton le tomó la mano a la condesa, la alzó y se la besó de un modo que incomodó a su hija. Sí que había amor entre ambos, y mucha pasión.

Luego le sonrió a Evelyn y las dejó hablando y haciendo planes sobre el futuro. Morton se marchó de allí sintiendo que todo iba a salir bien.

Aquel día se llevó a cabo una boda muy íntima y discreta, puesto que la familia debía mantener las formas debido al luto. Un obispo, tal y como fue el deseo de Morton, casó a Evelyn y a Freddy.

El novio y la novia no hablaron antes ni después del enlace, él tampoco la vio, dado que ella había llevado un velo tupido blanco cubriendo su rostro, era, según le dijo la condesa viuda, una tradición familiar entre los Willbory.

Por la noche, cuando llegó el momento de consumar el matrimonio, él se presentó a la cita. Ella ya estaba en camisón en la cama aguardándolo. Había luz, las velas estaban bajas, no importó porque él las apagó todas y como fue a verla tan tarde, en la chimenea solo quedaban las brasas que apenas dejaban distinguir las sombras.

Se aparearon en la oscuridad, sin decirse una palabra. Freddy se limitó a entrar en la cama, levantarle el camisón hasta la mitad del cuerpo para luego colocarse sobre ella y penetrarla.

Cuando terminó, la dejó en la cama. Sola. El suceso no fue placentero para

ninguno de los dos. La recién casada comprendió que él había cumplido con su deber al yacer con ella.

Al día siguiente de su boda, todo cambió para ambas familias. La que más sufrió por los caprichos del destino fue Evelyn, la ya condesa de Rochester.

Acababa de comenzar así la perdición del conde…

Capítulo 1

Dos años después.

Evelyn se echó en brazos de Lucas Doyle porque la ocasión ameritaba el gesto. El señor Doyle, quien era su primo y a la vez el administrador de las cuentas, le acababa de certificar algo que la dama ya intuía, y era que habían logrado un contrato de distribución que les haría fabricantes en exclusiva para tres tiendas muy importantes del reino. Y no eran establecimientos comunes, allí solo se vendía lo que era de gran calidad y gusto exquisito. Eso se traducía en un montón de dinero, lo cual era bueno.

No obstante, de la revelación, lo que a Evelyn le causaba gran orgullo era que ella se había puesto al frente, en la reunión del día anterior, para convencer a los dos hermanos que tenían la dirección de los almacenes Greendown. Ambos eran hombres de negocios, tan duros como el que más, y ella, una simple mujer les había hablado como una comerciante con agallas. El discurso funcionó a las mil maravillas. Fue un gran logro que consiguió gracias a la presión que ejerció Lucas sobre ella.

—¿Te alegras ahora de que me pusiera enfermo, Eve? —le preguntó, cuando ella se separó de su cuerpo para mirarlo con una gran sonrisa en el rostro.

Los primos se conocían desde bien jóvenes. El señor Morton reclutó a Lucas cuando era un muchacho y le enseñó el poder de los números y de la toma de buenas decisiones. Era el hijo de la fallecida hermana de Edward, y ambos se apreciaban muchísimo. De hecho, él era el único que la llamaba Eve, ni tan siquiera Morton le había acortado el nombre nunca. A ella no le disgustaba que la llamase así, porque venía a dejar claro que compartían un vínculo importante.

—No seas tonto, Lucas —le pidió la dama, al tiempo que le daba un ligero empujón—. Me preocupé mucho cuando me dijiste que no podrías hacer la presentación de nuestra idea.

—Sí, es cierto, aunque más que estar apenada por mi gran catarro, lo que te sucedía era que te morías de miedo por tener que enfrentarte a dos dinosaurios como los Greendown. Yo sabía que lo harías muy bien, además necesitabas comprender lo grande que eres.

Ella se separó de Lucas y se miró a sí misma.

—¿Grande? ¿Te estás quejando de mi figura, primo?

—En absoluto —afirmó de inmediato, sin evitar darle un largo vistazo. Llevaba un vestido de color aguamarina ceñido al pecho, con un bonito lazo de seda negro—. No sé cómo lo haces, Eve, cada día que pasa estás más bonita.

—Adulador —le dio una palmada juguetona sobre el brazo—. Pero sabes que no me importa no destacar por la justa belleza que poseo.

—¿Justa? Eres el orgullo de las nuevas generaciones de irlandeses. Puedes haber sido engendrada y criada en Inglaterra, pero viéndote, cualquiera sabe que tu sangre proviene de nuestra tierra. Tu padre estaría tan orgulloso de ti si te viese, mi querida Eve…

—Yo…

Lucas vio que su prima cerraba los ojos ante la mención del señor Morton.

—Lo siento —se disculpó por haber traído a colación un hecho tan doloroso para su prima.

—No es culpa tuya —le advirtió con la mirada fija en los ojos de su primo.

—Lo sé, pero me duele verte triste. —Él se acercó y de nuevo la cobijó entre sus brazos—. Eres una mujer fuerte, tan astuta como lo fue tu padre, incluso un poco más. Allí donde esté, Edward Morton te sonríe, te lo juro.

—Lo echo mucho de menos. Dijeron que el tiempo curaría la herida. No lo hace, Lucas. El corazón lo tengo igual de herido que entonces. Han pasado dos años y todavía siento que me arde su ausencia. ¿Por qué tuvo que reclamarlo Dios tan pronto?

—Se lleva a sus ángeles. Solo rezo para que no decida que tienes que estar tú también con él y con tu padre. Me haces tanta falta… Mi adorada, Eve.

—Me reconfortas, Lucas.

Su primo la despegó un poco de su abrazo y centró su mirada en los labios femeninos.

—Eve… —susurró su nombre como si fuese un delirio, una plegaria, un… cántico a la belleza y el amor. Acto seguido bajó la cabeza y tomó, con mucha suavidad, los labios de ella entre los suyos. Un aleteo, una primera toma de contacto, con la que no deseaba asustarla. La besó suave, paciente.

La dama no había esperado un gesto como ese. Se trataba del hombre en quien más había confiado después de su padre, Lucas había estado ahí para ella desde que el señor Morton falleciese en aquel accidente de carruaje. No sabía cómo comportarse mientras él la seguía besando. La soledad le había hecho desear… Por un instante estuvo tan tentada a dejarse llevar para saber lo que era ser deseada y amada… No podía hacerlo.

Evelyn le colocó una mano en el pecho y, con delicadeza, lo hizo retroceder. Antes de soltarla y obedecer a la petición silenciosa de la mujer, Lucas le lamió los labios. Fue después de eso cuando se separó.

—Yo… —comenzó a decir ella avergonzada. Siempre se habían llevado muy bien. Eran más hermanos que otra cosa, un momento de debilidad iba a estropearlo todo. ¡Dios de todos los apóstoles!

—No, Eve —le colocó un dedo en los labios—. No digas que ha sido un error —la refrenó intuyendo lo que podría opinar su prima—. No lo ha sido en absoluto. Ha ocurrido y es lo mejor que me podía haber sucedido.

Lucas le puso los brazos sobre los hombros. Ella lo miraba inquisitiva. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo que él sentía por ella. ¿Cómo había estado tan ciega?

—¿Desde cuándo, Lucas? —musitó, comprendiendo lo que su primo estaba razonando.

Vio que él le sonreía. Tierno, seductor y lleno de esperanza.

—¿Sería demasiado soez decir que fue desde que te crecieron los pechos, Eve? Porque en cuanto te convertiste en mujer te vi.

El corazón de Evelyn latía con fuerza. ¡No! No podía estar sucediendo eso. ¿Por qué? ¿Por qué en esos instantes?

—Lucas… esto… Por amor de Dios, estoy casada —le dijo asustada. Sería tan fácil cerrar los ojos y buscar un poco de felicidad, algo de paz al fin.

—Lo sé bien. Casada solo de nombre.

—Pero… Es que… Dios… —Ella se soltó de él y se encaminó hacia la ventana. Lucas se dio cuenta de que estaba tratando de comprender la situación y asimilar la revelación. Se quedó parada y volvió a enfrentarlo con la mirada—. Tuviste que habérmelo dicho mucho antes.

Él se rio sin humor.

—¿Cuándo, Eve? Tu padre se aseguró de encadenarte a un hombre que no te merece con catorce años.

—¿Y por aquel entonces, tú no…?

—Oh, sí, Eve. No recuerdo ni un solo momento de mi vida en el que no te haya admirado. Ha sido una tortura —le confesó—. ¿Qué iba a hacer cuando te comprometió? Llegué junto a tu padre para aprender. Yo no valía nada, no era nada todavía y Morton quería un puñetero conde para su hija. ¿Crees que de haber hablado, él me hubiese tomado en consideración?

La mujer suspiró.

—No. No lo habría hecho. —Morton quería que ella fuese alguien importante. Nunca comprendió bien esas aspiraciones de su padre, tal vez tuviesen que ver con su amor secreto que le profesaba a la madre de su esposo.

—No quiero perderte, Eve —le dijo con sinceridad.

Ella se pasó ambas manos por el rostro.

—No soy una mujer libre, Lucas —le recordó de nuevo.

—¿No? Yo creo que sí. En dos años nadie ha venido a reclamarte.

—No importa, Lucas. Hay documentos que…

—Anula tu matrimonio —dijo de pronto.

Ella suspiró.

—¿Te parezco la clase de mujer que no lo habría hecho en caso de haber podido?

—¿Qué quieres decir? —Él se había perdido algo.

—Me casé con él, Lucas.

—Lo sé, pero…

—Está hecho —insistió ella.

—¿Hecho? ¿Hecho cómo? —No la seguía.

—Consumado, Lucas. Mi matrimonio fue consumado —le dijo con las mejillas ardiendo.

Él se quedó lívido. No había pensado que… ¡maldición!

—Maldito sea Rochester —masculló con enfado—. Te confieso que di por sentado que él no había, que no te…

—Lo hizo —zanjó. Se dio cuenta de que los ojos los tenía aguados. Recordar aquella humillación era muy desagradable. Todo lo sucedido dos años atrás era muy doloroso, no solo porque perdió a su padre, sino porque toda su vida se terminó. Solo Lucas había estado a su lado.

—Un divorcio… —musitó él.

Ella negó con la cabeza.

—Lucas, todo lo que puedas sugerir, ya lo he tenido en cuenta.

—¿De verdad? —La confesión de que ella quería romper legalmente con su marido fue una revelación.

—Consulté a un abogado hace un tiempo. Un divorcio es inviable.

—¿Por el coste?

—Es mucho tiempo y dinero, pero más allá de eso, es el hombre quien debe aludir a una falta sobre su esposa, generalmente adulterio, así que perdería mi reputación por completo.

—¿Eso sería un gran problema? —indagó él—. Quiero decir que yo… en fin…

habrás deducido por mis palabras y comportamiento que estoy enamorado de ti desde que puedo recordar.

—Sí, Lucas. Acabo de ser consciente y lo cierto es que estoy tratando de asimilar ese hecho.

—¿Me quieres? —preguntó sin ambages.

—¿Quererte? Sí, por supuesto. Lo que no sé es si se trata del mismo amor que tú sientes por mí. Esto ha sido… No lo había esperado. Lo siento. Nunca vi señales de que tú… —La conversación era muy violenta.

Él le sonrió son tristeza.

—Soy bueno ocultado mis sentimientos. De haber sabido que tenía una posibilidad contigo, habría confesado lo que despiertas en mí hace mucho tiempo. Aunque supongo que habría dado igual, si al final te das cuenta de que eres incapaz de amarme —relató él con el corazón en la mano.

—Oh, Lucas… —murmuró con pena—. No puedo divorciarme, tampoco tener un amante. Los caballeros que acaban de rubricar ese jugoso contrato con nosotros, a buen seguro, estaban impresionados porque la condesa de Rochester los estaba atendiendo. Imagino que causo tanta expectación que vienen a conocer a la rareza que han deducido que soy. Pues más allá de especulaciones sobre nuestro matrimonio, el título que me concedió por matrimonio sigue siendo mío. No veo otro motivo por el que los últimos años tantos caballeros de negocios se han acercado con interés a nuestra fábrica. —No era ninguna mentira. Los ingresos del negocio se habían duplicado desde que Evelyn se puso al frente. Su título tendría mucho que ver ahí, había supuesto ella, dado que ella no creía demasiado en la suerte y sí en los hechos.

—Me alegra que hayas sacado el asunto.

—¿A qué te refieres? —inquirió la dama.

—Rochester no te quiere, Eve —insistió.

—Por supuesto que sé que no me ama, es más, creo que me detesta. Lo que sucede es que es un conde.

—¿Y qué significa eso? No irás a decirme que te seduce la idea de seguir siendo una aristócrata. —No era una pregunta.

—Mi esposo no me quiere, pero sé que llegará el día en que me necesite y no

podré escapar.

—¿Qué? —Se había vuelto a perder.

—Es un conde y está tan encadenado a mí como yo a él. Precisará herederos y cuando venga a pedírmelos… —Evelyn suspiró y cerró los ojos.

—Por eso ella ha venido… —susurró él, al comprender la situación.

—¿De qué estás hablando? —La que no había entendido la última cuestión dicha por Lucas era ella.

—Tienes una invitada, Eve.

—Ahora que lo pienso, Lucas. ¿Qué ha sido de ese resfriado tan grave que tenías ayer mismo? Me enviaste una nota diciéndome que no podías…

—Te mentí. Siempre he sido muy consciente de tu potencial, Eve. Sabía que manejarías a esos dos leones marinos mejor que yo, y estabas tan triste por el aniversario de la muerte de tu padre que me pareció que un triunfo te alegraría.

—Te lo agradezco —le dijo con honestidad, sabiendo que sus intenciones habían sido las mejores—. Dime pues quién me está aguardando.

—La condesa viuda de Rochester —la informó con desgana.

—Lucas… —La mente de Eve comenzaba a trabajar a toda prisa para montar el rompecabezas en su mente.

—¿Sí, Eve?

—¿Por qué me has revelado tus sentimientos precisamente ahora?

Volvió a sonreírle con tristeza.

—Esa mujer ha venido para apartarte de mí. Lo sospeché en cuanto la vi. La he acomodado en mi despacho y te está esperando. —Lucas suspiró antes de proseguir—. No tuve la confirmación de lo que ella estaría haciendo aquí hasta que me has revelado que Rochester podría querer un heredero algún día. Estoy seguro de que la he enviado a por ti porque es tan condenadamente orgulloso que no se habrá atrevido a venir a suplicarte tu colaboración.

—Agatha… ¿Agatha ha venido? —Hacía mucho tiempo que no la veía. Tras el

accidente de su padre, esa mujer desinteresada se había convertido en un pilar para Eve. Se habían consolado la una a la otra. Hasta aquel momento Evelyn no había sido consciente del amor que sentía por su padre. Si ella estuvo destrozada por la pérdida, Agatha se hundió casi más. Lloró porque Dios le acababa de quitar al único hombre capaz de haberla hecho feliz los últimos años de su vida. La condesa viuda de Rochester había estado tan enfadada con todo el mundo… Incluso con su propio hijo. Estuvieron varios meses viviendo juntas, hasta que Eve abandonó la casa de Rochester y regresó al norte para tratar de poner orden en su vida.

Lucas se colocó frente a ella y trató de abrazarla. Eve se alejó con precaución, aunque no fue brusca.

—Por favor… —susurró él.

—Lucas, si yo fuese libre… —se silenció de inmediato.

—Sigue —la azuzó—. No te atrevas a detener esa frase, Eve.

—¿De qué nos serviría, Lucas? Hablar más o dejarnos llevar solo servirá para hacernos daño. No tengo derecho a pedirte nada y mucho menos soy libre para hacerlo. Tienes que buscar a una buena mujer que pueda amarte como te mereces.

—Dime solo una cosa, Eve, y te prometo que me silenciaré para siempre.

—¿Qué? —indagó sabiendo que él no iba a ponerle las cosas fáciles.

—Si hubieses sido libre, ¿me habrías aceptado?

Ella estaba entre la espada y la pared. No tenía derecho a darle esperanzas porque no las había. Tampoco había tenido el suficiente tiempo como para valorar si Lucas despertaba ese tipo de sentimientos en ella. Todo había llegado muy de improviso, y como conocía a su primo muy bien, sabía que el hecho de que Agatha estuviese esperándola había sido el detonante para que él decidiese descubrirle su corazón.

Lucas era implacable en los negocios, dado que su padre lo había enseñado bien, pero pocos hombres habrían más leales, honrados y confiables que él. Desde luego Rochester no le llegaba ni a la suela de sus botas hessianas.

—No tiene caso hablar sobre… —Necesitaba salir de esa conversación tan increíble.

—¿Sí o no, Eve? ¿Me habrías querido? ¿Te habrías planteado una vida a mi lado? —la presionó implacable.

—Sí —reconoció ella. Después de decirlo se dio cuenta de que era verdad. Ser la esposa de Lucas le habría reportado felicidad, confianza en sí misma. Con veinticinco años habría sido madre por lo menos dos veces. ¡Qué diferente y placentero hubiese sido todo, si su padre hubiera valorado lo que tenía en casa!

—Bien. En ese caso puedo esperarte.

—¿Esperarme? —No entendía de nuevo lo que él trataba de decir.

—Dale a Rochester lo que te demanda. Eres buena negociando y confío en que sabrás aprovechar la ventaja que tienes sobre él. Una vez que produzcas a su heredero pacta para que te permita seguir viviendo como lo has hecho durante estos dos años. Te esperaré, si me aceptas.

—Dios de los apóstoles, Lucas —musitó—. Estás haciendo muchas suposiciones sobre la visita de Agatha. Además, no puedo pedirte que me esperes. No es justo para ti. —Todo eso sin valorar si podría traicionar la palabra que dio ante el Creador. Su esposo no habría mantenido sus votos, pero ella sí lo hacía. No se sentía cómoda con la posibilidad que planteaba Lucas, pero por otro lado… ¿Qué hombre la querría más que él? ¿Qué otro se portaría como él? ¿Qué otro la amaría tanto como para sacrificar toda una vida a fin de convertirse solo en su amante?

—No me lo estás pidiendo —razonó con suavidad—. Yo me he ofrecido a hacerlo, Eve.

La situación la estaba sobrepasando. Tenía ganas de llorar, de gritar, e incluso de patalear. Su vida era un desastre y saber que su primo la apreciaba tan desinteresadamente… Oh, sí. No había un interés económico, ni tan siquiera era cuestión de poder, dado que formaban un gran equipo en la dirección de la fábrica y Lucas tenía su propia fortuna. Si él le había confesado sus sentimientos era porque no había nada más que amor en su corazón. Se jugaría la mano derecha sin dudar. Se la dejaría cortar incluso.

—Lucas…

—No, Eve. No voy a consentir que pongas trabas. No puedes confesar que hubieses podido ser mi esposa y luego decirme que no tenemos un futuro juntos. La vida no me ha repartido buenas cartas en el amor, pero estoy dispuesto a aprovechar la mano que me ha tocado jugar. Estaré aquí para ti cuando regreses y a partir de ahí viviremos con nuestras propias reglas. Rochester no te pondrá impedimentos si negocias bien —insistió.

Ella se sentó en la silla más próxima. Todo le parecía un sueño. Lucas se le había declarado, y no solo eso, estaba dispuesto a enfrentarse a la sociedad por ella. Y Dios sabía lo sola que había estado desde que su padre la dejó. Solo la compañía de Lucas le había hecho la

vida más llevadera.

—Está bien, valoraré todas las posibilidades —claudicó, ante lo que Lucas le había propuesto.

El señor Doyle sintió su corazón rebosante de alegría. Le tendió la mano y ella se la cogió. Entonces le dio un pequeño tirón y la incorporó, de tal modo que se quedó pegada a él. Los ojos azules de Lucas sobre los verdes azulados de Eve.

—Si este es el único modo en el que podré tenerte, por Dios y los ángeles, que lo aceptaré.

—Lucas… —¿Sería tan fácil? ¿Habría esperanza para una mujer atrapada en un matrimonio arreglado que había fracasado nada más empezar?

En ese instante la puerta del despacho de Evelyn se abrió sin ceremonias.

—Me dijeron que… —Agatha acababa de entrar y no había esperado encontrarse con una escena similar.

Eve se sintió mortificada. Sus mejillas estaban encendidas. Trató de apartarse de inmediato de Lucas. Él no se lo permitió.

—Lucas, por favor… —le pidió Eve que la soltase.

Él le besó los labios. Un caricia rápida y luego le permitió salir de su abrazo. La soltó despacio, con arrogancia. Estaba más que claro que reclamaba cierto poder sobre su prima. Rochester sería su esposo, pero él también era un hombre importante en su vida, pese a que no hubiese documentos legales que lo avalasen como tal.

—Te dejaré atender tus asuntos y seguiremos hablando después. —Lucas se separó definitivamente de Eve, pasó por delante de la condesa viuda y le hizo una reverencia orgullosa—. Milady —se despidió entonces.

—Agatha, siento que…

—No —la frenó la madre de Rochester—. No debí haber entrado sin llamar y tú no deberías haber… —se calló de inmediato, dado que si soltaba su lengua tal y como deseaba hacerlo para calificar el comportamiento de Evelyn, la entrevista acabaría mal antes de comenzar.

—Yo no debería ¿qué? —preguntó con rabia contenida.

Agatha suavizó el gesto.

—Esto no está yendo como lo había previsto. Definitivamente tuve que haberte esperado en el otro despacho. Lamento la intrusión.

—Lucas no es mi amante —se escuchó decir. No quería que la mujer a la que había amado su padre pensase mal de ella. Cierto que había decidido valorar la propuesta de su primo, no obstante, antes de esa charla reveladora, ellos no habían llevado a cabo ninguna acción deshonrosa.

—No me ha dado esa impresión —razonó la viuda sin poder contenerse.

—Sé lo que has visto y lo que te ha podido parecer, sin embargo, tienes mi palabra, que vale tanto como la de mi padre, de que no había pasado nada entre Lucas y yo antes.

—¿Y qué ha sucedido ahora, Evelyn? —la interrogó.

—Lo creas o no, tú eres la causante de su arrebato.

—¿Yo? Solo he venido a verte.

—Y por eso él ha temido que se espere de mí que cumpla con mi obligación como condesa de Rochester. Lucas teme perderme y me ha confesado que… —No quiso revelar más, aunque ya lo había dicho todo.

—Te ama.

—Sí. Y no me avergonzaré porque un hombre bueno crea que yo valgo la pena y me haya confesado que me ama —le dijo con la cabeza alta.

La condesa viuda no pudo rebatir sus palabras. Rochester no había movido ni un solo dedo por Evelyn. Ni tan siquiera estuvo con ellas dos cuando su adorado Edward falleció. La culpa de Rochester le impidió presentarse ante su esposa, Agatha estaba segura de ello.

Su hijo había sido responsable en cierto modo de causar el accidente que tuvo el duque de Stone, uno de sus mejores amigos y cuando Morton falleció también por su causa… Rochester no pudo afrontarlo.

—No soy la más indicada para evaluar tu situación, Evelyn. Me casé con el anterior Rochester y sufrí un infierno, tu padre vino a darme consuelo y lo perdí demasiado pronto. Comprendo que tú puedas buscar la felicidad por tu cuenta, no obstante, eres la esposa de

mi hijo. Es por eso por lo que he venido a verte.

—¿Rochester quiere un heredero? —se atrevió a aventurar ella. No había otro motivo además de ese. Él había dejado muy claro que ella no era nadie.

—No te mentiré. El título necesita que él se reproduzca, pero no estoy aquí por eso. He venido para implorarte.

—¿Implorarme? —preguntó curiosa.

—Quiero que vengas conmigo a Londres, Evelyn. Se ha caído del caballo y está un poco delicado —la informó la viuda.

—No entiendo lo que esperas que yo haga. Dudo que él quiera verme incluso en esa circunstancia.

—Freddy te necesita, Evelyn.

Ella le sonrió.

—No pierdas el tiempo, Agatha. Tu hijo no quería nuestro matrimonio y cuando mi padre desapareció de escena él vio la salvación ahí. Con mi padre fuera de combate volvió a ser libre y estoy segura de que le ha ido más que bien sin mí.

—Entiendo tu enfado.

—No —la frenó—. No estoy enfadada, ni herida ni nada por el estilo. Estoy atrapada con un hombre que no me querrá jamás. Esa es mi maldición. Nos casamos y los dos somos miserables. Acabo de enterarme que incluso mi primo Lucas es infeliz debido a mi situación.

—¿Amas a tu primo, Evelyn? —le preguntó con descaro.

Ella valoró su respuesta.

—Podría intentar darle lo mismo que Lucas me está ofreciendo. —Esa era la única respuesta que estaba dispuesta a otorgar.

—Bien. Te diré el motivo de mi visita sin más preámbulos. Mi hijo sufre, Evelyn. No ha sido el mismo desde que Morton murió.

—Ni yo, y sospecho que tú tampoco, hemos sido las mismas desde entonces.

—Sí. El golpe fue un mazazo para ti, pero te aseguro que con Edward se fue mi última oportunidad de vivir una vida plena. Mientras estuve casada atendí mis obligaciones, y solo cuando mi esposo falleció me permití ser libre y dejarme llevar. No tengo derecho a pedirte que sacrifiques tu existencia al igual que yo lo hice, y si te lo pidiese te aseguro que lo haría porque conozco bien a Freddy, solo necesita un empujón para comprender lo que tu padre le regaló. Tú eres lo mejor para mi hijo.

—Por amor de Dios, Agatha… Tu hijo ha dejado muy claro la opinión que yo le merezco. Si romper nuestro vínculo fuese factible, hace años que él lo hubiese hecho. ¡Qué digo años! Al día siguiente lo habría hecho. No olvides que se marchó de inmediato para alejarse de mí y que fue por eso por lo que mi padre tuvo que ir a darle caza. No me pintes como si yo fuese una especie de ángel salvador para él, porque soy todo lo contrario.

Evelyn cerró los ojos con angustia. A la mañana siguiente de su boda, todos descubrieron que Rochester se había marchado a toda prisa. Morton montó en cólera. Maldijo, rompió varios muebles y no esperó a calmarse. Se subió a un carruaje y se dispuso a ir tras él. Un terrible accidente le costó la vida. El eje de la rueda se partió y todo terminó allí.

Agatha y Evelyn se unieron en el dolor mientras que Freddy no apareció. Enterraron a Edward Morton y cuando quedó claro que no había lugar en la vida de Rochester para ella, se vio en la obligación de desaparecer, de olvidarse de él, tal y como el conde había querido que sucediese.

—No tenía que haber venido —razonó la viuda con tristeza—. Lo siento mucho, Evelyn.

Vio que la madre de Rochester se daba la vuelta dispuesta a marcharse.

—Agatha —la llamó y ella se dio la vuelta de inmediato.

—¿Sí?

—¿Es grave? ¿Rochester está… grave?

Ella le sonrió.

—No te hará viuda…

—Yo no me refería a eso. ¡Santo Dios, mujer! ¿De verdad crees que le desearía la muerte para verme libre? No lo había pensado, te lo juro, y de todas formas no quiero que le suceda nada malo, tienes mi palabra de honor.

—Te creo, Evelyn. Eres su hija y Morton… Cuando tu padre empeñaba su palabra o se proponía algo, era incapaz de no cumplir sus propósitos. No ha sido grave, de verdad, aunque sí que nos asustamos mucho.

—Es por eso, ¿cierto? Has venido para propiciar un acercamiento entre nosotros y que cumpla con mi deber. Soy la condesa de Rochester y debo engendrar al próximo conde.

Agatha afirmó con la cabeza.

—Ese es tu papel, tal y como lo fue el mío. Tres hijos, tres varones, el título perfectamente asegurado. Yo te valoro muchísimo, no solo porque seas hija de Edward, aunque eso cuenta muchísimo para mí. Desearía que mi hijo hubiese entrado en razón hace años y que ambos tuvieseis esperanza, un futuro juntos. Conozco muy bien a Freddy, si tú no hubieras sido una imposición del anterior conde, te habría aceptado, y no solo eso, te lo habría dado todo, porque Rochester no se ha portado nada bien contigo, pero te juro que mi hijo vale muchísimo.

—Yo… Agatha… No puedo…

—No. No digas nada, Evelyn. Toma en consideración lo que te he dicho. Medita bien tus pasos y si tomas una decisión… Serás bien recibida en Londres. Eres la mujer de Freddy, eres mi familia y nosotros la tuya pese a todo lo que ha sucedido entre mi hijo y tú. No quiero mendigar más, ya he dicho demasiado, querida mía. Regresaré a Londres de inmediato, Freddy me necesita y tengo que cuidarlo. —La viuda se acercó hasta Eve, le cogió la mano y le dio un apretón—. Me alegra ver que estás bien y que tienes a alguien que te cuida —dijo en alusión a Lucas—. Dios sabe que me gustaría que hubiese sido Rochester. No todo está perdido, Evelyn. Eres una luchadora, como tu padre, y no pongo en duda que tu primo Lucas es un gran hombre, pero mi hijo es tu esposo y también valdría la pena el esfuerzo que pondrías en él.

—Para haber dicho que habías hablado demasiado, todavía lo has podido hacer más —le recriminó. La estaba haciéndose sentir culpable y mal.

—Es mi hijo, Evelyn. Cuando tengas a tus cachorros en brazos comprenderás porqué una madre puede asemejarse a una leona —le indicó.

La condesa viuda le dio un beso en la mejilla, Evelyn se lo devolvió y la dejó sola con mucho en lo que pensar.

¡Dioses!

Capítulo 2

Evelyn se estaba convirtiendo en una espía. Nada más llegar a Londres ese fue el papel que asumió. Y de eso solo hacía unos pocos minutos.

Las perspectivas no eran buenas. Agatha se había salido con la suya, no obstante, Eve iba a poner sus propias reglas sobre el asunto de concebir a un heredero. ¡Dios! Volver a pasar por aquello iba a ser muy horrible. Había tardado mucho en olvidar lo que fue consumar su matrimonio. ¿Cómo no se había extinguido la raza humana? Las mujeres debían estar locas para soportar esos asaltos tan…

¡Dios de todos los apóstoles!

Si iba a cumplir con sus obligaciones para pactar un arreglo formal con Rochester, primero tenía que averiguar que valdría la pena todo el sacrificio.

Nada más llegó a la ciudad, justo antes de que se decidiese a entrar en la casa que Rochester tenía en Mayfair, Evelyn había estado observando el lugar desde una esquina, parada junto a su carruaje sin decidirse a dar el primer paso. En cuanto vio a su marido salir por la puerta comprendió un par de cosas. La primera era que Agatha había exagerado el accidente que tuvo su hijo, porque aparte de una leve cojera, el caballero se veía fantástico caminando con la ayuda de un bastón. La segunda era que Rochester no seguía siendo tan apuesto como lo recordaba. Lo poco que pudo ver de él, le indicó que estaba como…. más apagado. ¿Cansado tal vez? Seguramente era debido a la caída del caballo. Sin embargo, Lucas, comparado con Rochester, era más vistoso, más viril y muchísimo más bello. ¿Un hombre era bello? No lo sabía, solo era consciente de que Lucas Doyle le daba mil vueltas a Rochester. Saldría ganando con el cambio en cuanto pudiese convencer a su marido de las nuevas condiciones de su arreglo. La rabia que sentía por su esposo era tan grande… Había tanto dolor… cuanto antes terminasen antes podría ella seguir con su vida y él olvidarse de que la conocía.

Le dio indicaciones al cochero para que acomodase sus pertenencias en la que iba a ser su nueva morada durante algo más de un mes, tal vez incluso menos.

¿Cuánto se tardaría en concebir?

Lo que fuese.

Evelyn se dispuso a seguir a Rochester. Si algo había aprendido en los negocios era a conocer bien a su contrincante. Era necesario conocer los puntos débiles de su marido para sacarles partido.

Mientras caminaba detrás de él con discreción, decidió abrir su sombrilla como hacía el resto de las damas con las que se cruzaba. El conde llegó hasta un edificio y se metió dentro. Ella no sabía qué tipo de establecimiento sería. Decidió quedarse fuera y aguardar para luego, cuando él saliese, entrar a ver de qué se trataba. No podía ser un antro de juego, era demasiado temprano para dedicarse a un vicio así…

Una pareja llamó la atención de Evelyn. El aspecto del caballero era bestial. No había otra manera de definirlo, su rostro estaba desfigurado, mientras que su esposa se veía muy elegante y sobria. El niño que había con ellos, de unos dos años que la madre llevaba en su brazo estaba luchando para que su progenitora lo dejase en el suelo. Su padre miró con fijación al pequeño, pero el aludido solo se rio, por lo que la mujer decidió bajarlo un momento. El mocoso intrépido se soltó con maestría del agarre de la dama y echó a correr. Para lo diminuto que era, había que ver lo rápido que corrió. El bebé no tuvo en cuenta el pequeño bordillo que había frente a él y acabó tendido en el suelo llorando. Los padres ya estaban yendo para recogerlo, lo malo era que se acercaba un carruaje cuyo cochero no parecía haber sido testigo de la escena. Evelyn comenzó a correr para llamar la atención del cochero y justo cuando estaba a su lado emitió un silbido nada femenino. Uno de los caballos se encabritó, el látigo del conductor salió despedido, así que Eve se preparó para recibir el latigazo. Cerró los ojos y cuando vio que unos pocos segundo más tarde no ocurría nada, separó los párpados. Había a su lado un caballero que había enredado el látigo en su brazo, por lo que la había protegido.

Lo observó desembarazarse de las tiras, le dio una gélida mirada al cochero, quien huyó de inmediato y luego se centró en ella.

—¿Está usted bien? —le preguntó el conde de Rochester con interés.

Ella rodó los ojos. No podía haber sido ningún otro, tuvo que ir a ayudarla precisamente el hombre que más la detestaba de todo el planeta.

—Perfectamente, ya lo estaba antes de su intervención —le respondió altiva. No podía evitar sentirse así. El odio que sabía que él sentía por ella hacía que quisiera abofetearlo… ¿Desde cuándo se podía aborrecer a una persona sin haberla conocido jamás?

—Con un «gracias» hubiese bastado.

Ella apretó los labios. Seguramente él le habría dado un empujón para meterla bajo el carruaje si supiera su identidad. Ella misma sentía ganas de que hubiese ocurrido eso para que todo terminase. ¿Por qué no le dio una oportunidad? La rechazó sin conocerla y… Rochester la hacía sentirse tan mal consigo misma…

Era momento de ser fuerte. Evelyn le mostró su mejor falsa sonrisa, batió las pestañas, cerró su sombrilla y se enfocó en sus ojos. Esos tan azules como el cielo despejado. Ella prefería la tormenta a un mar en calma.

—Disculpe, muchas gracias por su heroico acto. —Esperaba haber sonado sincera, aunque poco le importaba. Él le escupiría en un ojo en cuanto supiera que ella era su condesa.

—¡Freddy! —lo llamó quien debía ser el padre de la criatura que ya estaba en los brazos del caballero —. Haz el favor de traer a esa dama aquí para que podamos agradecerle su intervención. No la acapares.

—¿Ha conocido alguna vez a un duque? —le preguntó su marido mientras el hombre que había acabado de hablar tranquilizaba a su esposa.

—¿Lo es usted? —inquirió, mientras fruncía el ceño. Hasta donde ella recordaba, el escalafón más alto al que subiría el que era su esposo solo de nombre era el de conde. ¿Habría heredado un título de duque recientemente y ella no estaba al tanto?

—No, yo no, pero ese que dispensa las órdenes tan bien como Napoleón, lo es. Venga conmigo, voy a presentarle al duque de Stone y a su encantadora familia.

Evelyn se dio cuenta de que Rochester tenía amistad con el llamado duque de Stone. De pronto deseaba salir corriendo de allí. No quería conocer a un duque. Más uno que se veía tan… Ese Stone seguro que era tan tirano como el Corso. No le quedaba más opción que comportarse con atención. Rochester le ofreció el brazo, pero ella se limitó a dar un paso hacia adelante sin reparar en su ofrecimiento.

—Disculpe, milady —la frenó Rochester.

—Soy la señorita Doyle —lo corrigió ella de inmediato. No le resultó extraño que le viniese a la mente el apellido de Lucas para camuflar su verdadera identidad. A fin de cuentas, era un apellido grandioso que ella jamás podría ostentar. Estaba atada a ese hombre que la miraba… ¿divertido?

—Señorita Doyle, no sé de dónde provendrá usted, pero en Londres, cuando un caballero le ofrece su apoyo a una dama —el conde movió el brazo para que ella entendiese a qué se estaba refiriendo— la costumbre es aceptarlo.

—¿Por qué? Yo soy capaz de caminar sin la ayuda de nadie.

—Sí. Y también tiene unos pulmones muy sanos y las suficientes agallas para tratar de frenar a un carruaje para que el heredero de Stone, quien se cree tan invencible como su padre, haya salido ileso. Acepte mi brazo, señorita Doyle, al menos para que yo pueda andar con mayor seguridad. —Ella se dio cuenta de que él le estaba mostrando el bastón y por lo tanto le acababa de pedir cierta ayuda para llegar hasta donde estaban los duques de Stone con el niño.

A regañadientes ella lo aceptó.

—Suele salirse siempre con la suya —No era una pregunta.

—Cada vez que tengo la oportunidad —respondió él de todos modos.

¿La dama que llevaba de su brazo acababa de gruñir? Lord Rochester no sabía si echarse a reír o quedarse con la boca abierta.

Cuando Stone tuvo ante sus ojos a una dama de aspecto muy severo y a un amigo demasiado divertido se envaró.

—¿Has estado molestando a la mujer que se ha arriesgado para que este pequeño fariseo —dijo en alusión al niño el duque de Stone— no tenga ni un solo rasguño, Rochester?

—En absoluto —lo negó de inmediato el conde.

—Bien. Entonces puedes irte por donde has venido —dictaminó el duque.

—¡Stone! —exclamó la duquesa—. No puedes mandar a paseo a Freddy. La dama pensará que eres un duque malicioso.

—Es que lo soy y me enorgullezco de ello —razonó el aludido.

—Oh, disculpe a estos dos —apuntó referente al comportamiento de Stone y Rochester. La duquesa decidió poner orden y Evelyn se dio cuenta de que los implicados tenían cierta confianza entre ellos—. Le estamos muy agradecidos…. —Se quedó callada porque no sabía cómo referirse a la salvadora del niño.

—Es la señorita Doyle, Felicity —tomó la palabra Freddy, usando el nombre de pila de la esposa de Stone—. Haré las presentaciones oportunas si tu esposo me lo permite. —Stone gruñó pero no dijo nada más—. Bien, aquí tenemos a Felicity Adams, duquesa de Stone, a su lado verá a Faran, el temido duque de Stone…

—Eres insoportable, Freddy —apuntó Stone en ese momento.

—Y este pequeño tan avispado —siguió el conde sin hacerle caso a su amigo— es Ashton, marqués de Weberly, el encargado de que a su padre le hayan salido por lo menos cinco canas verdes hace unos minutos. Y yo soy el conde de Rochester, Freddy.

—Es un verdadero placer conocerles. Yo soy la señorita Adelaida Doyle. —Usó su segundo nombre y el apellido falso que le había dado a su esposo. No pasaba nada por mentir, todo en la vida de Eve era falso, un poco más no significaría una gran diferencia.

—El placer es, sin duda, todo nuestro. Hemos tenido la fortuna de que estuviera dispuesta a detener un carruaje en marcha para salvar a nuestro hijo —dijo Stone con sinceridad —. Ahora, por favor, nos dirá todo acerca de sus circunstancias señorita Doyle, y haremos todo lo posible por ayudarla en lo que necesite, y recompensarla por lo que ha hecho.

—Oh, no —saltó Eve de inmediato—. No, en absoluto tienen ninguna obligación para…

—No me mantendré de brazos cruzados sin averiguarlo todo sobre el ángel custodio que ha intervenido, sin tener en cuenta su propia seguridad, a fin de proteger a mi hijo, señorita Doyle. —La vio abrir la boca de inmediato y se apresuró a añadir—: No insista, cuando tomo una decisión no hay vuelta atrás.

—Decidido pues —intervino la duquesa—. Puedes seguir tu camino, Freddy, Stone y yo nos ocuparemos a partir de ahora de nuestra nueva y apreciada amiga.

Evelyn, quien no necesitaba que los duques mostrasen su gratitud, pero sí que Rochester desapareciera de inmediato, trató de soltarse del brazo de él. Cuando el conde no le permitió el gesto ladeó el rostro para ver qué diantres se proponía él.

—Puesto que la señorita Doyle ha arriesgado su integridad por el niño, y yo lo he hecho por la de ella, creo que me sumaré a la visita que planeas Stone —apuntó el conde.

—Vamos, Rochester —terció el duque—, tienes asuntos más importantes que atender. No creas por un instante que no he visto de dónde salías.

—¿Y de dónde salía? —indagó, sin poder evitarlo Evelyn.

—No es lo que crees —le indicó a la defensiva el conde a su amigo.

—Oh, cielos… —dijo avergonzada la duquesa.

—¿Qué sucede? —indagó Evelyn sabiendo que algo se le estaba escapado.

—Vete, Rochester —le repitió el duque.

—No, creo que me quedaré a conocer mejor la situación de nuestra nueva amiga, la señorita Doyle —insistió Freddy, de un modo demasiado jovial y divertido.

—Estoy seguro de que nuestra amiga no es de ese tipo de damas —le advirtió Felicity. Estaba segura de que la mujer no había salido del mismo lugar que Rochester. No se veía como una… No se apreciaba que fuese una… Seguro que era una dama decente.

Evelyn seguía fuera de juego. ¿Qué sucedía? Todos parecían incómodos y tenía que ver con ese lugar en el que había estado Rochester. Eve se giró para observar el edificio del que él había salido para evitar que el látigo le causase una fea herida en la piel. Vio a una mujer vestida de un modo que… Y estaba haciéndole señas a…

—¡Es un burdel! —exclamó asombrada Eve a viva voz.

No se lo pensó dos veces. Levantó la sombrilla que llevaba agarrada con la mano que tenía libre y le atizó a Freddy en la cabeza. El primer golpe le dio de pleno.

—¿Por qué ha hecho eso? —inquirió molesto el conde.

—¡Porque usted es un hombre que frecuenta burdeles y ha tenido la desfachatez de tocarme! —Sabía que estaba sonando como una puritana. No importaba, sentía tal rabia que… Levantó la improvisada arma de nuevo para atizarle, él estuvo rápido y se la quitó de las manos.

Vieron al duque de Stone riéndose con fuerza. Su esposa, Felicity, también estaba tratando de evitar echarse a reír.

—Esto no es gracioso, Stone —lo reprendió el conde.

—Lo es. Esa mujer está haciendo precisamente lo que yo haría cada vez que te veo. Devuélvele el garrote para que siga dándote tu merecido.

—¿Mi merecido? ¿Por entrar a un exclusivo burdel? Entonces todos los caballeros de la ciudad deberían colocarse uno de esos cascos de armadura de la edad media para protegerse —se defendió Rochester. Ya le había quitado la sombrilla, y al haber tenido que luchar con ella, se había escapado de su agarre.

—Cierto… —opinó Stone—. No creo que sea adecuado que un hombre pague por tener compañía femenina, cuando es más recomendable que se case con la mujer adecuada y

conozca las bondades del matrimonio. Un… ejercicio por el que no se paga, se puede disfrutar a todas horas y en los lugares más insospechados.

—¡Stone! —lo regañó la duquesa con los mofletes encendidos.

—Soy un hombre casado, no buscaría ese tipo de… diversión, Felicity. No cuando he encontrado el paraíso a tu lado. Yo no lo haría, así que cálmate y piensa en la desdicha de Rochester. Tan solo y amargado como un perro al que nadie quiere y tolera. Es natural que busque resquicios de consuelo para no acabar pegándose un tiro.

Rochester estaba mirando a su amigo con furia. Su reputación se había ido al traste por completo.

—Eres Lucifer, Stone. Creía que habíamos superado nuestras rencillas del pasado.

—Y las superamos. Te perdoné, aunque sigo sin poder soportarte, Freddy —le dijo magnánimo.

—¿Y eso te da derecho a ofenderme delante de dos damas, Faran?

—¿Ofenderte? Todo lo contrario. Le he explicado a mi esposa que necesitas ir a un burdel para no quitarte la vida. Te estoy dando una excusa creíble.

—Maldito bastardo arrogante —murmuró lleno de cólera Rochester.

—Bueno —intervino la duquesa, para que ambos no llegasen a las manos. Stone se veía muy divertido con la humillación de Rochester y el otro estaba tan avergonzado que… Felicity se fijó en la señorita Doyle, parecía que quisiera desaparecer de escena. No le extraña, ella misma quisiera esconderse. Freddy y Faran eran como un par de niños discutiendo por un juguete a todas horas. No sabían hacer otra cosa más que pelearse—. Quiero pensar que las damas que acaban trabajando en un lugar como ese, lo hacen porque no tienen más opciones, y puesto que Rochester es un hombre soltero, no lo condenaré por completo. Su dinero las ayuda de algún modo. Todo listo.

El conde gimió en alto ante las palabras de Felicity. La duquesa no entendió el motivo por el que no aceptó sus palabras. ¡Lo estaba defendiendo para que la señorita Doyle no pensase tan mal de él! Entonces ¿por qué motivo había gruñido también la señorita Doyle como si fuese el mismo Stone después de escucharla? Felicity no entendía nada.

—¿Me devuelve la sombrilla, milord? —le pidió Eve a Freddy.

—Si ha dejado de atizarme, sí.

—Démela. —En cuanto la sostuvo en la mano, la levantó y volvió a pegarle en la cabeza.

—Ha dicho que no volvería a empuñar ese instrumento infernal contra mí.

—No he dicho tal cosa, milord.

—Bueno. ¿Entonces qué derecho tiene a llamarme al orden? Debo deducir que está enfadada porque es consciente de que estaba en un burdel.

—¿Y le parece poco? —En opinión de Eve, ese oficio denigraba a las mujeres. La defensa de la duquesa de Stone podría ser válida, pero no para Eve. Un hombre que pagase para acostarse con una mujer era… era… ¡Dios! No soportaba a Rochester y si encima él se encamaba con prostitutas que se dedicaban a comercializar con su cuerpo… ¿Qué enfermedades podría transmitirle? No era tan inocente como para no saber que existía sífilis. Lucas, bendito fuese, le había prohibido relacionarse con un cliente porque se había enterado de que padecía ese mal.

—Se comporta usted como una mujer celosa, señorita Doyle. No es ni mi esposa, ni mi madre, ni mi hija para pedirme explicaciones. Y de entre esos tres supuestos, solo uno la capacitaría para darme el correctivo que está impartiendo. ¿Es usted mi condesa, señorita Doyle? —le preguntó con seriedad.

¡Oh, cuanto le gustaría ponerlo en evidencia! ¿Cómo se comportaría él si ella le dijese que sí? Le gustaría verlo arrastrándose por el lodo.

Ella se deshizo de su ira y le sonrió.

—Bueno, resulta que soy la dama de compañía de la condesa viuda de Rochester, y estoy convencida de que su madre aprobaría mis reclamaciones, milord. Incluso me rogaría que le impartiese mayor disciplina.

Rochester levantó una ceja.

—¿La dama de compañía de mi madre? —Por descontado que Evelyn se dio cuenta de que él no se había creído ni una sola palabra de esa gran mentira.

—Eso he dicho.

—Ya.

En ese preciso momento Stone se echó a reír sin control. Felicity no sabía bien lo que ocurría. Freddy estaba desconcertado y Evelyn seguía queriendo darle su merecido a ese pomposo conde.

¡Ni sus propios amigos sabían que él estaba casado! La duquesa de Stone lo había dejado bien claro.

—Nada de esto es gracioso, Stone —lo llamó al orden Rochester.

—Haremos una cosa, iremos a ver a tu madre, Freddy, y que nos aclare el misterio. Tengo ganas de que Agatha diga si ella miente. —El duque conocía bien a la madre de Rochester, por eso la llamaba por su nombre de pila.

—Yo no miento —aseguró ofendida Eve.

—Oh, no, señorita Doyle, no creo que lo haga —le dijo el duque—. Solo me gustaría que lo hiciese porque así podría contratarla en mi casa. Tendría mi permiso, ¡qué digo mi permiso! No. Tendría mi exigencia para que cada vez que se cruzase con Freddy usted le atizase con fuerza. Salvo que lo haría con un bastón, es más duro y resistente que su sombrilla. Incluso doblaría su estipendio cada vez que lograse darle sobre la cabeza.

Evelyn le sonrió al duque. Ah. Interesante. Contaba con un aliado contra Rochester.

—Son como niños —le dijo la duquesa, quien había comenzado a caminar con la falsa señorita Doyle a su lado—. Vayamos hasta nuestro carruaje, Stone no estaba bromeando, no descansará hasta saberlo todo sobre usted, querida, y me temo que la primera parada será la casa de Freddy. Si Agatha no corrobora su historia, y no digo que esté mintiendo en absoluto, no debe temer nada, mi esposo está en deuda y no la dejará caer, se lo aseguro.

Los caballero se quedaron más rezagaos. Rochester miró con fijación a Stone.

—Eres un desgraciado.

—¿Por qué? No era yo quien salía de un burdel a primera hora de la mañana.

—No es primera hora.

—Igual de temprano que si lo fuese —concluyo Stone.

—Estaba en esa casa del placer para ver si esa pequeña intrigante, que me ha estado siguiendo desde que salí de mi casa, tenía la valentía necesaria para entrar. No tengo

necesidad de pagar para acostarme con una mujer.

Stone le sonrió.

—Interesante.

—¿El qué?

—No estaba seguro de que te hubieses dado cuenta. Creo que sí.

—¿De qué, Faran? —inquirió ceñudo.

—No juegues conmigo, Freddy.

—Lo sabes —dijo con reconocimiento lord Rochester.

—Pelirroja y con los ojos entre un tono verde o azul. Es de ascendencia irlandesa y conocí al padre de ella en su momento. En los últimos años sabes bien que he sido un ermitaño así que reconozco con facilidad a las personas con las que me topé en el pasado. Ha resultado fácil intuir por qué no la soltabas. Creí entender que la dama era más fea que un ratón de biblioteca, aunque eso fue antes de que decidieses decir que se asemejaba más a un kraken marino.

—No, no es para nada como me la había imaginado. Ya te dije que el día de la boda la protegía ese velo tupido, y que por la noche… Me limité a cumplir con lo que se esperaba de mí. —El conde de Rochester tenía que reconocer que había sido muy frívolo sobre las mujeres, pero esa falsa señorita Doyle no solo dirigía un pequeño imperio, sino que había descubierto que era valiente. Se arrojó sobre el carruaje para salvar a un niño. Y no, no era fea. Tampoco una belleza, pero había algo en ella muy atrayente. La misma duquesa de Stone no era una hermosura y Freddy la encontraba perfecta, al igual que Stone, pero como su amigo era muy celoso, nunca se le ocurriría decirle lo que pensaba de su duquesa. Faran podría matarlo. ¡Dios protegiese a los caballeros celosos! Él jamás había sentido ese sentimiento tan inútil por ninguna mujer.

—¿Cómo has descubierto tú que ella es…?

—¿Que ella es la condesa de Rochester? —terminó por su amigo cuando el duque se silenció.

—Eso.

—Mi madre dijo que tenía planes para ir a buscarla. Así que cuando una mujer

con su aspecto ha comenzado a seguirme…

—Tienes problemas muy serios, Rochester.

—¿Me condenarías si te dijese que lo sé, pero que estoy tan divertido que me importa poco?

—Bueno… Esa mujer no ha sabido nada de ti en dos largos años, Felicity misma no está al tanto de que eres un hombre casado y así lo ha confesado ante la falsa señorita Doyle. Eso sin tener en cuenta que salías de un burdel. Yo no estaría divertido en absoluto, Freddy. Esa mujer es la única que puede darte un heredero.

El conde maldijo con fuerza por lo bajo.

—No creí que mi madre lograse el imposible de traerla. Yo mismo fracasé en dos ocasiones —se lamentó.

—¿Fuiste a buscarla? —se sorprendió el duque.

—Claro que sí. Tuve que hacerlo, no me iba a reproducir solo.

—No entiendo mucho de mujeres, solo me he convertido en un experto de la mía, de mi Felicity. Pero te daré un consejo: no le digas jamás que solo la necesitas para procrear. No le sentará bien.

—No pensaba decírselo —le ladró el conde—. Lo que no sé es cómo quedará todo esto.

—A ver qué dice tu madre cuando la vea. ¡Cuánto me gustaría que tu esposa terminase viviendo bajo mi techo! Sería una nueva forma de torturarte…

—Eres un desgraciado, Stone.

El duque agitó los hombros con despreocupación.

—Mientras mi esposa me ame, poco me importa la opinión del resto. Incluida la tuya, Freddy.

Capítulo 3

Evelyn era muy consciente de que acabaría en el infierno. Y que antes de terminar allí para pasar el resto de la eternidad junto a Rochester, puesto que su marido solo de nombre era tan malo como ella, sufriría la vergüenza de ser pescada como una embustera.

¡Qué mentirosa era! En su vida había soltado tantas mentiras. Lo más satisfactorio fue atizarle un par de veces con la sombrilla.

El viaje en carruaje estaba siendo muy incómodo. Los duques de Stone estaban sentados en el sentido de la marcha, con el niño en brazos y Rochester y ella misma figuraban demasiado juntos en el asiento de terciopelo rojo.

—Disculpe —le habló cuando se dio cuenta de que el conde se había pegado todavía más a su cuerpo.

—¿Sí, señorita Doyle?

—Creo que hay suficiente espacio para que usted esté más cómodo.

—No la entiendo.

Ah. El muy bribón también era un mentiroso de primera. Esa sonrisa presuntuosa lo delataba.

—Sé un buen chico, Freddy —intervino el duque—. La dama está siendo razonable, casi parece que vas a sentarte encima de ella.

—Sería más interesante que ocurriese justo al revés —dijo el pícaro del conde.

Eve se sonrojó como una amapola roja. Felicity decidió hacer oídos sordos ante

el comentario, aunque Stone no estaba dispuesto a tolerarlo.

—Si vuelves a ofender a nuestra nueva amiga, te desafiaré a duelo, Freddy —lo avisó.

El conde bufó.

Y puesto que Evelyn se dio cuenta de que debería llamarle la atención debido a un comentario tan inapropiado se armó de valor.

—¿Se da cuenta de que es usted un hombre muy inapropiado? ¿O es que tiene la costumbre de importunar a todas las damas con las que se topa por primera vez?

El duque no pudo contenerse y volvió a reírse.

—Desgraciado es poco para calificarte, Stone. —Rochester decidió volcar su ira sobre su amigo.

—He decidido que me gusta mucho la señorita Doyle.

—¿Sí, por qué? Tu esposa no es ni pelirroja, ni tiene los ojos claros.

—Cierto, pero nuestra querida nueva amiga te detesta tanto como yo. Es algo que nos hará ser muy buenos camaradas —sostuvo el duque.

—¿Detestarme? —inquirió asombrado—. Estoy seguro de que cuando me conozca me adorará. Tu esposa mismo puede atestiguar que soy mucho más amable, caballeroso y atento que tú. ¿Recuerdas cuando la ahuyentaste y tuvo que recurrir a mí para que le echase una mano? —Stone frunció los labios y Rochester se dio por satisfecho. La historia entre Felicity y Faran fue curiosa y gracias a la intervención de Freddy las cosas se suavizaron entre ambos. Ahí le estaba diciendo a su amigo que podría colaborar en su causa con su condesa, y aunque sabía que no lo haría, por lo menos podría no ponerle más problemas. Demasiado mal estaban ya de por sí solas las cosas con su esposa, como para que Stone anduviese metiendo más cizaña.

—Su Gracia —tomó la palabra Evelyn—, estoy convencida de que usted y yo seremos grandes amigos.

Stone se rio de nuevo. Rochester gruñó.

—Estoy tentado a probar mi punto, señorita Doyle —habló Freddy—. Está más que claro que no le agrado en absoluto. Lo cual es incomprensible. Soy uno de los caballeros con mejor posición, más apuesto y rico del reino.

—A veces, milord, la belleza, la posición y la fortuna no lo son todo.

—¿Ah, no? ¿Y qué sería importante para usted, señorita Doyle? ¿Qué buscaría en un hombre? ¿Qué la motivaría para llegar a amarlo?

—La bondad, milord. Un hombre bueno lo es todo.

—¿Solo bondad? ¿Sin generosidad ni justicia?

—Exacto. Y si usted fuese un hombre bueno, entendería el motivo por el que una mujer no hubiera empleado más adjetivos para calificarlo.

—¿Y eso por qué? —rebatió con curiosidad el conde.

—Freddy —tomó la palabra Stone—. Ella te está explicando que cuando un hombre es bueno, ya cuenta con el resto de las cualidades que acompañan a su excelente carácter. Es justo, benevolente, generoso y decente. Eso y todo lo que puedas idear. Así que, señorita Doyle, si me da permiso, clarificaré todavía más sus palabras porque mi amigo no las ha entendido.

—Adelante —concedió ella. Las tornas se habían cambiado. Eve estaba divertida y el conde se veía muy irritado.

—De acuerdo —terció Stone—. La dama cree que tú no eres bueno, Freddy.

—¿Eso es así? —inquirió asombrado el conde, quien deseaba darle un puñetazo a Stone. Y lo hubiese hecho si supiera que ella no se pondría del lado del duque para ayudarlo a atizarle con la dichosa sombrilla.

—Lo siento, milord. Usted es un tipo de hombre que yo no apruebo.

—¿Solo porque me ha visto entrar en un burdel? —preguntó malicioso. A ver si ella confesaba que lo había estado siguiendo.

—Se equivoca. No lo vi, solo escuché lo que se dijo durante la conversación con sus amigos. —Rochester se dio cuenta de que la dama era astuta.

—Entonces, señorita Doyle, le soy indiferente… —apostó él.

—Supongo que sí —afirmó con cuidado. Pues intuía, por su sonrisa lobuna, que Rochester estaba tramando algo.

—Digamos, por la tontería de suponer, que yo no tendría ninguna posibilidad en caso de que estuviese interesado en cortejarla —inquirió perezoso.

—¿Disculpe? —graznó la dama. Seguramente no lo había escuchado bien.

—¿La he escandalizado? ¡Si le soy indiferente, señorita Doyle! —le recordó con picardía—. ¿Por qué debería mostrarse sorprendida ante mi suposición?

—Usted, lord Rochester, no es tan impresionante como intuyo que se cree —lo reprendió.

—Mentirosa… —la acusó—. Usted sabe que con una sonrisa puedo hacer que cualquier mujer se derrita.

—¿¡Y eso es un logro!? —rebatió presta.

—Imagine lo que soy capaz de hacer si además de sonreír me decido a guiñarle un ojo a la mujer en cuestión.

—Seguro que un lacayo iría corriendo a por las sales —farfulló ella. Imaginando que él se refería a que la dama en cuestión acabaría desmayada en el suelo.

—¡Veo que lo entiende! —exclamó jovial.

—Lo que comprendo es que es usted un conde presuntuoso, además de un pomposo. —No pudo reprimirse. Stone aplaudió y Felicity le dio un codazo a su marido para que parase.

—Veamos si la he comprendido, señorita Doyle.

—Lo dudo mucho… —Sí. Ella acababa de insinuar que él era un asno. Rochester la entendió, pero no perdió el tiempo rebatiendo su posición. Prefería irritarla de otro modo.

—Si yo decidiese seducirla, ¿usted no se vería tentada?

La mirada severa, cargada de furia que ella le dedicó a su esposo solo de nombre podría haber congelado el infierno. Incluso Stone se quedó fascinado. Esa dama debería ser duquesa, no una condesa, pensaron a la vez el duque y Rochester.

—Mejor vaya al burdel. Le aseguro que ni aunque usted fuese Creso me tentaría con semejante riqueza.

—Ah —aludió Freddy—. Así que como mi aspecto le es indiferente, solo podría aspirar a ofrecerle dinero para que me aceptase en su lecho.

—¡Santo Dios! —exclamó Felicity, viendo que la conversación se les estaba yendo de las manos.

—No pongas orden, mi amor. Estoy demasiado divertido —le rogó Stone en un murmullo que solo su esposa escuchó.

—No, lord Rochester —intervino Evelyn decidida a explicarse mejor—. Lo que le he dicho es que usted no es la clase de hombre en la que yo me fijaría, y por descontado que jamás aceptaría dinero por yacer con un hombre. Creo que no lo haría ni aunque mi vida dependiese de ello. El orgullo tendría que servirme para darme de comer.

—¿Y por un título, señorita Doyle? —indagó él.

Ella se tensó. ¿La habría descubierto? Se midieron las miradas durante unos pocos segundos que se percibieron como una eternidad.

—¿Qué sucede, milord? —preguntó jocosa—. ¿Un hombre como usted solo puede reclamar la atención de una dama si muestra su dinero o su título?

—En absoluto. —Él le restó importancia a las palabras de su condesa—. Solo estoy viendo la idoneidad de lanzar una apuesta.

—¿Qué apuesta?

El conde le sonrió. Ella detestaba su perfecta y brillante sonrisa arrogante.

—Puedo tenerla comiendo de mi mano en poco menos de una semana. En dos, usted estará muerta de amor por mí.

—Solo si usted fuese un buen hombre yo lo miraría embelesada de inmediato, y si recuerda bien, antes, ya decidimos que, para mí, no lo es. Sé que trata de escandalizarme y que se está divirtiendo con la vieja solterona que ha aceptado ser la dama de compañía de su madre, pero le aconsejo que se dedique a labores más productivas.

—¿Más productivas que demostrarle que soy mucho más de lo que usted se imagina? ¡Vamos, señorita Doyle!, soy un conde con tiempo y dinero, jamás renuncio a la diversión… ni a un reto, y usted me ha lanzado uno al que no pienso renunciar. Tener bajo mi techo a la acompañante de mi madre, una dama que ha jurado que le soy indiferente y que me considera pariente de Lucifer…

—No creo haber dicho eso sobre usted —lo contradijo.

Él agitó los hombros despreocupado.

—Seguro que lo ha pensado. Lo importante es que he aceptado su apuesta, señorita Doyle.

—Yo no he apostado nada.

—Cobarde… —susurró él despectivamente—. Voy a comenzar a suponer que sus palabras sobre mí iban en otra dirección. Creo que la he impactado con solo echarme una mirada y que por ese emotivo debe estar muerta de miedo, ya sabe por si me salgo con la mía.

—¡Qué tonterías dicen los condes de hoy en día! ¿No tiene que ir al Parlamento o atender asuntos importantes que no involucren la visita a un burdel, milord?

—Vaya… ahí la confirmación de mis palabras. Está usted celosa, señorita Doyle —la acusó. Sobra decir que la aludida lo fulminó con la mirada.

En ese instante, el carruaje se detuvo y ella no esperó a que ninguno de los lacayos con librea del duque abriese la puerta. Evelyn abrió y dio un salto para salir a toda prisa del carruaje.

—Tengo la batalla ganada y no ha sido gracias a tu ayuda, maldito desgraciado —le dijo a Stone, antes de salir tras las faldas de su dama, ayudado por su bastón.

La duquesa de Stone no daba crédito a lo que había presenciado.

—¿A qué ha venido todo eso, mi amor? —Felicity necesitaba alguna indicación y parecía que su esposo sabía más de lo que parecía.

—Te lo diré si prometes que no te unirás al bando de Rochester.

—Dispara de una vez, Faran, o esta noche tendré un terrible dolor de cabeza.

—Eres malvada, duquesa. Es una gran suerte para ti que me agrades más por serlo. Te lo diré. La señorita Doyle es en realidad la condesa de Rochester.

—¿¿¿Qué??? —le salió un grito en vez de una pregunta.

—Ya me has escuchado. Es la esposa de Freddy, y ella no se llama Doyle. Es un subterfugio. ¡Ya lo recuerdo! El padre de la dama se llamaba Morton. Eso era. Así que

cuando era una mujer soltera ella era… espera a ver si recuerdo el nombre, Freddy lo dijo un par de veces… —Se estaba esforzando por rememorar el pasado—. ¡Ah, síííí! Evelyn Adelaida Morton. Sí. Ahora, lógicamente ella es Evelyn Adelaida Willbory, lady Rochester. Aunque por aquel entonces, Freddy la solía llamar ratón de biblioteca, bruja de los bosques áridos, kraken marino y novia de Lucifer.

—Pero ella no es una mujer que pase desapercibida. Es llamativa a su manera —alegó la duquesa sin comprender el motivo por el que el bueno de Freddy se habría referido así de su esposa.

—No, la dama no es fea —concordó su esposo.

—¿Y cuándo se casó Freddy? Yo no estaba al tanto de nada.

—Mi amigo nunca se llevó bien con el anterior conde. En honor a la verdad era un verdadero bastardo y no porque fuese concebido fuera del matrimonio. Era… Era un hombre terrible. Bueno, ni él ni sus hermanos lo soportaban y Agatha sufrió mucho debido a él. Cuando el padre concertó su matrimonio, digamos que ella podría ser Helena de Troya y aun así, Rochester jamás la hubiese aceptado solo porque fue la elección de su padre.

—Eso no explica nada sobre la boda.

—Se casó poco después de que tú y yo hiciésemos las paces. Me pidió ayuda para ver el contrato matrimonial que su padre firmó con el progenitor de la dama, tanto su hermano Anthony como yo mismo estuvimos echándole un ojo y estaba muy bien atado. Podrás imaginarte que Freddy no estuvo contento y que fue ella quien pagó el precio de la ira que sentía él por su padre. Me pidió discreción y no hablé con nadie del asunto.

—¿Pero ella sabe que él es su esposo? —Felicity no entendía nada.

—Estoy convencido de ello. Los golpes que le ha dado en la cabeza han sido muy acertados.

—Oh, cielos, y él salía de un burdel y luego yo he dicho que era un hombre libre…Ella debe estar furiosa.

—Rochester no estaba en la casa de citas para un interludio. La ha divisado mientras ella lo espiaba y se ha metido allí, sospecho, que para irritarla. Están jugando a que el uno no sabe que el otro es consciente de su secreto. Será divertido. Ahora, ¿entramos, Felicity? Ardo en deseos de ver cómo termina todo.

—Por supuesto que no vas a entrar. Ni tu hijo ni yo tampoco. Es un asunto

privado y les dejaremos un poco de intimidad.

—¡Ya te estás poniendo del lado de Rochester! —la acusó.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es, porque sabes que yo no pararé de incordiarlo y quieres sacarme de en medio para que él no tenga tantos problemas.

—Comienza a dolerme la cabeza, Stone —le dijo con severidad.

—Serás mi ruina, Felicity. Está bien. Como siempre cumpliré tu voluntad, aunque tienes que invitarla a tomar el té pronto y yo estaré presente. ¿Tenemos un trato?

—¡Está bien! —exclamó exasperada—. Pero serás bueno cuando ella acceda. No desprestigiarás a Freddy.

—¿Desprestigiarlo? Él solito lo está haciendo de maravilla, tanto que no siento deseos de apretar la cuerda que pesa sobre su cuello.

—¿Tan mal se portó con ella? —Felicity dedujo que había mucha información que desconocía y que para que ambos llegasen a ese punto tan extraño.

—Rochester lleva dos años casado y nadie en Londres lo sabe. El padre de la dama falleció cuando él trató de desaparecer tras la boda. El señor Morton se había enterado de que Rochester pretendía alejarse de su hija y trató de darle caza y hacerle entrar en razón. Hubo un accidente y el hombre perdió la vida. Yo estuve siete años sin hablar con Freddy, que era mi mejor amigo en aquel entonces, y solo quedé desfigurado y con muchas heridas en el cuerpo. Creo que Freddy pretende que ella le dé un heredero y que lo va a tener… imposible. Sí, iba a decir que sería complicado, pero creo que no tendrá éxito en su cometido. Ya la has visto, ella no es una dama dulce o dócil. Es una fiera, apuesto a que lo es tanto como lo era el padre. Te aseguro que Morton era un hombre al que se debía tomar muy en serio y sospecho que lady Rochester debe ser igual. Tú misma la has visto imponerse al cochero cuando ha tratado de ayudar a nuestro hijo.

—Ahora entiendo que Rochester lanzase toda esa apuesta sobre seducirla…

—Admito que mi amigo ha estado hábil ahí. Aunque ya está reformado, te aseguro que era un pícaro en toda regla y cuanto más se le resista la dama, más empeño pondrá en su causa. Voy a estar muy divertido durante las próximas semanas.

—¡Eres imposible! Aprovechar el lío en el que está metido Freddy para

divertirte…

—Como si tú no estuvieses de lo más intrigada —la acusó.

—Solo porque deseo ayudar en lo que pueda. Lady Rochester me ha gustado muchísimo y tú eres tan insociable que solo Freddy te tolera, me vendrá bien tener una amiga. Desde que Anthony se marchó con tu hermana Susan al campo, no he tenido demasiada compañía femenina.

—Nada más lleguemos envía una invitación para que ella venga a casa mañana, deseo saber qué se propone. —El duque evitó decirle a su esposa que esperaba que ella lograse ponerlo de rodillas.

—En cuanto pueda lo haré. —Felicity también sentía muchísima curiosidad. No se lo confesaría a Stone pero mandaría la nota de inmediato.

—Y, Felicity…

—¿Sí?

—Me agrada que tengas pocas amigas, te quiero solo para mí. Aunque te confieso que me ha sorprendido lady Rochester, es la clase de mujer que Freddy necesita, así que te permitiré ser su amiga.

—Tirano… —murmuró ella.

El duque miró a su hijo, quien se había dormido entre sus brazos.

—No le hagas caso a tu madre, Ashton, ella me ama por ser un autócrata. Incluso me amó cuando me apodaban el Monstruo Stone…

El niño emitió un gorgoteo. Felicity suspiró frustrada. Stone sonrió.

Capítulo 4

Evelyn Morton entró en la casa de Rochester como un torbellino. Tuvo la esperanza de ver a Agatha antes de que el conde le diese caza, puesto que como iba cojo, tenía unos minutos de ventaja. No hubo suerte, la condesa viuda no figuraba en casa, pero al menos sus pertenencias sí que habían sido entregadas. De hecho, estaba viendo los baúles colocados en un lateral.

—¿Ve cómo soy la nueva dama de compañía de su madre, milord? —preguntó altiva—. Ahí tiene la evidencia de que mis pertenencias llegaron antes que yo, están ya en su casa. Solo es necesario que me acomoden en una habitación, y puesto que como la condesa viuda de Rochester no está en casa, tendré que aguardar para poder comenzar a desempacar mis baúles.

Freddy contempló la estampa. Se quedó asombrado por la cantidad de maletas que tenía ante sus ojos.

—¿Qué dama de compañía puede tener tal despliegue de baúles, señorita Doyle?

—Una que no carece de recursos y que ha elegido hacerle un favor a su madre. Agatha y yo somos buenas amigas y es por eso por lo que acepté acompañarla durante esta temporada.

—¿Cuándo se hizo tan buena amiga de mi madre, señorita Doyle?

—Lo hemos sido a lo largo de los años, milord. ¿Cree que me atrevería a utilizar su nombre de pila si no fuese así? —rezongó ella.

—Vayamos a la salita de recibir visitas, señorita Doyle. Hablaremos delante de un té, como es lo acostumbrado en estos casos. Mandaré que suban sus pertinencias a la habitación contigua a la que ocupa mi madre, a no ser que usted disponga lo contrario.

—¿Lo contrario a qué? —Ella sabía que le estaba recriminando algo, aunque no sabía lo que sería.

—¿No preferiría hospedarse en la habitación de la condesa, señorita Doyle?

Ella lo miró con atención. ¿Él lo sabía? No lo tenía claro del todo. Parecía aburrido cuando la miraba o le hablaba. ¿Le habría preguntado eso con el fin de seguir irritándola?

—¿Por qué debería tener yo tal preferencia, milord? —Evelyn se rio con ligereza—. ¿Me ha visto con aires de grandeza? ¿O acaso está tan desesperado por casarse que su pregunta esconde un burdo intento de flirteo?

—¿Un coqueteo, dice? Ya hemos determinado que media entre usted y yo una apuesta, señorita Doyle. Le he ofrecido dicha habitación, la de la condesa, que como bien sabrá está conectada a la mía, porque creo que será más adecuada para nuestro… arreglo.

Ella se tragó un gemido. ¡Lucifer a su lado era un aprendiz! Decidió sonreírle, comenzar a caminar hacia la salita donde iban a esperar la llegada de Agatha, y cuando pasó por el lado de Rochester, ella le pisó el pie. El que tenía malo.

—¡Oh, lo siento, milord! —se excusó con falsedad—. Soy tan torpe… —No se detuvo a socorrerlo, siguió hacia adelante. Lo escuchó aullar y se sonrió. Rochester se colocó a su lado de inmediato.

—Es usted una rival más dura de lo que había calculado. —Ella simuló no escucharle.

Freddy se dio cuenta de que si no se anduviera con cuidado podría acabar tuerto, manco, o más cojo de lo que estaba. Aunque imaginaba que mientras la falsa acompañante de su madre no tuviese a su alcance una sombrilla, todo iría bien. Él tendría que anticiparse a los movimientos de la dama.

Llegaron a la salita y tomaron asiento, por descontado que él se colocó cerca de ella. Sirvieron el té que vino acompañado de unos pastelitos.

Ella no probó bocado. Él se comió tres seguidos. Estaban solos allí dentro, esperando a que se presentase Agatha.

—Cuénteme algo sobre usted, señorita Doyle —le pidió al ver que era partidaria del silencio.

—No hay demasiado. Soy lo que ve. Ni más ni menos. He venido a Londres porque su madre insistió en que necesitaba a una buena amiga para transitar por la temporada y accedí.

—¿Debo entender que es la primera vez que disfrutará de la sociedad de Londres, señorita Doyle?

—Sí —respondió.

—¿Cuántos años tiene, querida?

—No soy su querida, no me llame así.

—Parece más una institutriz que una dama de compañía —observó él.

—Entonces tendré que seguir ejerciendo como tal pese a no serlo, milord. Usted necesita corrección. Debo decirle que es de muy mal gusto que un caballero le haga esa pregunta a una mujer, pero como no tengo nada que esconder ni me avergüenza compartir ese dato, se lo diré, milord. Tengo veinticinco.

—Quedo debidamente reprendido, señorita. Sigamos hablando sobre usted, está lejos de la juventud. ¿No hay ningún caballero en su vida?

Ella le sonrió.

—Siempre lo hay, milord —dijo embelesada. El corazón de Freddy no debería haber comenzado a latir tan rápido.

—¿Puedo conocer la identidad de su misterioso caballero?

Ella se puso seria de inmediato.

—Por supuesto que no, solo debe saber que no se le parece en absoluto. —Y no mentía, estaba pensando en Lucas y el conde era lo contrario a él. No solo físicamente, sino su espíritu.

—Me siento halagado —apuntó lleno de confianza. Ella frunció el ceño.

—¿Sí? ¿Le gusta que le digan que el caballero ideal que tiene a una mujer en vela es todo lo opuesto a usted?

—Usted no ha dado a entender eso, querida mía. Lo que ha dejado claro es que

soy su estándar de belleza, como lo fue en su momento Afrodita para Botticelli. No hay mayor honor que ese.

—No me llame querida —lo reprendió una vez más.

—Oh, pero debo hacerlo. Usted y yo estaremos muy pronto compartiendo intimidades de toda índole, querida mía. Recuerde esa apuesta nuestra. ¡Estoy lleno de anticipación! Ahora que me ha confesado que hay otro hombre que la mantiene despierta por la noche, estoy más decidido que nunca a demostrarle que me adorará en breve.

Ella lo miraba con tanta seriedad, que contrastaba muchísimo con la actitud jovial de él.

—No pienso consentir que me ofenda. Sus modales son atroces, milord. Desde que me ha conocido no ha hecho nada más que incomodarme, hacerme sentir como si fuese un juguete con el que divertirse. Usted es el peor de los caballeros, lord Rochester. Si pudiese mantenerme alejada de usted, le aseguro que lo haría encantada. No puede haber otro hombre en el planeta que carezca de toda virtud. —Cuando terminó su recital, comprendió que toda la ira y la rabia que llevaba acumulada habían salido de golpe.

Hubo un silencio muy incómodo. Ella se enorgulleció por haber logrado dejarlo sin palabras. Y se felicitó solo durante un par de segundos, que fue lo que él tardó en componer una sonrisa.

—¡Pero si no hace ni una hora que nos hemos topado, querida!

No iba a quedarse callada.

—Lo he sentido como si fuese toda una eternidad.

El conde amplió todavía más la sonrisa.

—Tenemos toda una vida por delante, querida. Acabará adorándome, estoy seguro. Si juega bien sus cartas, incluso podría ofrecerle el puesto de condesa. —El bribón se atrevió a guiñarle un ojo—. Todo Londres insinúa que estoy siendo negligente, ya sabe, también estoy lejos de la juventud y no he proporcionado un heredo todavía, tal y como se espera que haga. Puedo imaginarme casado con una mujer como usted. ¡Qué digo casado! Solo de pensar que la tendré en mi lecho gimiendo, suspirando y pidiéndome que jamás me detenga… Oh, querida mía, no veo la hora…

La estaba provocando. Ella debería levantarse, salir de ahí, no sin antes dejarle claro que jamás le daría un heredero. De hecho estaba convencida de que ese era su plan,

espantarla.

—He decidido aceptar su propuesta.

Entonces tuvo la satisfacción de verlo ponerse serio. Ah, ese tonto no había esperado que ella mantuviera la templanza.

—¿A qué se refiere? ¿Está decidida a ser lady Rochester? —ahondó.

—Algo mucho mejor —apuntó con naturalidad.

—Ardo en deseos de saber qué está tramando, querida mía —volvió a su tono jocoso.

—Aceptaré su apuesta, milord.

—¿La apuesta?

—Sí. Esa en la que dijo que sería capaz de conquistarme en un pestañeo.

—No creo haber usado esas palabras en concreto.

—No importa. ¿Establecemos los términos exactos?

—Siga, me interesa mucho su idea.

—Bien. Le doy dos semanas para seducirme.

—Me sobrarán catorce días —alegó presuntuoso.

—¿Quiere que fijemos que tiene un día para seducirme? —preguntó ilusionada. Eso le vendría de perlas.

—Usted, querida mía, ya está seducida por mí. Lo que me costará esos quince días que propone, será hacer que lo reconozca —le arrojó con arrogancia.

Ella masculló algo por lo bajo. Las palabras «pretencioso estúpido» llegaron a oídos de Freddy. No le hizo caso.

—Le daré quince días para que trate de llevar su imposible hazaña a término. Cuando se cumpla el tiempo, le demandaré mi premio.

—¿Qué es lo que quiere?

—Se lo diré cuando gane.

—Y… ¿ha pensado en que yo puedo ganar? De hecho, lo haré con facilidad. ¿Qué obtendré yo a cambio, además del placer de tenerla en mi cama, querida?

—Sé exactamente lo que quieres, milord.

—¿Ah, sí? ¿Cómo puede saberlo? —indagó, sin perder el humor.

—Porque lo sé. Y usted sabe lo que yo voy a exigirle.

Ahí estaban los dos, sabiendo que uno quería un heredero y la otra… ¿mantener su libertad? Rochester no lo tenía del todo claro.

Él, sentado como estaba junto a ella, la examinó con especial atención. Ah. El juego estaba claro para los dos, razonó Freddy. Las cartas sobre la mesa.

El conde de Rochester se levantó en ese momento y se quitó los guantes.

—Creo que tenemos un acuerdo, querida. ¿Lo sellamos? —Freddy le tendió la mano. Eve comprendió que era un acuerdo de negocios y que había que darse la mano desnuda, así que se deshizo también de los guantes. Ella se puso en pie para estar a su misma altura. En cuanto su esposo la tuvo delante y sintió el roce de la piel de ella, la atrajo hasta él—. Un beso será más que apropiado para zanjar la cuestión.

Y la besó. Con la boca abierta, lleno de lascivia y hambre. Se atrevió a sacar la lengua y lamer los labios femeninos. Ella no había esperado ese asalto. Oh, sí, eso era un conquistador exigiendo. Su experiencia con los besos era limitada, como debía ser. Rochester le dio uno en la mejilla, sobre el tupido velo, cuando se casaron y Lucas fue el primero en haberse apoderado de su boca días atrás, pero su acercamiento fue tierno y suave. No tenía nada que ver con la urgencia de Rochester.

Era una aproximación picante, lasciva y excitante a la que ella no debería sucumbir. Apretó los labios cuanto pudo para soportar estoica su ataque. Se mantuvo firme incluso cuando la pegó por completo sobre su pecho, sujetándola por las posaderas y le hizo sentir su virilidad apoyada sobre el vientre. Cometió el error de abrir la boca para quejarse y entonces Freddy aprovechó la ocasión para introducir la lengua en su interior.

Ella luchaba contra él. Dos lenguas disputando una batalla. Él por conquistar y ella para pedirle tregua. Fue imposible no sentir la misma hambre de Freddy. El gesto era

demasiado íntimo, primitivo y decadente como para no darse cuenta de que su cuerpo comenzaba a arder.

No era adecuado. Nada adecuado estar compartiendo esa clase de beso. Lo que más le preocupaba a Eve era esa creciente necesidad de arrojarse a sus brazos, dejar de luchar para apoyarse en él y confiar en que su fuerza los sostendría a ambos. Ella no era una mujer débil de carácter, así que todo eso tan extraño que el maldito Rochester le producía solo respondía a la soledad, a la curiosidad de descubrir qué más había tras los besos.

Se asustó. El dolor lacerante que la atravesó su noche de bodas se coló en su mente. Dejarse llevar por Rochester era un lujo, una debilidad, que no podía consentir ¡jamás! Cuando sufrió toda la decepción que le provocó Rochester en su momento, Evelyn se juró que ningún hombre, por más que lo amase, la anularía como persona, no permitiría que la destruyese.

Decidida a levantar la rodilla a fin de defenderse de su agresor, Eve se quedó muy quieta en cuanto una dama comenzó a hablar.

—Dos años de celibato, Freddy, y decides traer a tu casa, donde tu madre duerme, a una mujerzuela precisamente ahora… —Así era. La condesa viuda de Rochester acababa de hacer acto de presencia.

Freddy se separó de Eve en ese momento, aunque no la dejó salir de su abrazo. Había escuchado muy bien la reflexión de su madre y no iba a corregirla. Además de que era verdad, le venía bien que su esposa la hubiese escuchado. Se casó y no fue capaz de echar por tierra los votos que le hizo a su esposa frente a Dios. De haberlo hecho, eso lo hubiese colocado a la altura del anterior conde y ese viejo diablo no se iba a salir con la suya. Freddy era mucho mejor que su padre.

—Agatha… —susurró Eve avergonzada.

—Madre —intervino él—, tienes el don de la oportunidad. Pudiste haberte retrasado un poco más en tus quehaceres mañaneros, me habría servido para ganar una apuesta en un tiempo muy breve. —La soltó en cuanto la escuchó gruñirle. Era desconcertante que encontrarse encantador un gesto tan poco femenino—. Bien, os dejaré a ambas para que os pongáis al día sobre las… novedades. —Ladeó el rostro para mirar a su bella y sonrojada condesa—. Comeré en mi club hoy, ya sabes, te daré cierta ventaja para rearmarte, sin embargo, en esta casa se cena a las siete y lo hacemos en el comedor principal y no toleraré que me des esquinazo, querida. —No era necesario seguir empleando la formalidad. Después de un beso semejante ningún hombre lo haría. Él menos todavía. Se había propuesto seducirla y había comenzado muy bien.

Acto seguido, Freddy pasó por el lado de su madre, a la que le hizo una breve reverencia y se marchó de allí.

—Evelyn… —aludió la condesa viuda sin saber lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

—Agatha, tu hijo es… es… ¡Un miserable arrogante! Eso lo define bien.

—Ya… y lo estabas besando, porque… —la animó a ofrecerle una explicación.

—Porque se ve que nadie puede negarle nada a Rochester.

Agatha sonrió.

—¿Entonces está todo arreglado? Deseo convertirme en abuela. Malcriaré al niño, así que no debes regañarme cuando lo colme de atenciones y regalos. Es mi deber hacerlo.

—Oh, no, Agatha. No es tan fácil. He visto a tu hijo en la calle —se abstuvo de explicarle lo referente al burdel—. El destino ha hecho que nos cruzásemos los dos, también con el duque y la duquesa de Stone. Hemos acabado aquí y te estábamos esperando.

—Eso no explica lo del beso —apuntó con suavidad la viuda.

—Me he presentado a Rochester como tu dama de compañía.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque es un arrogante, pomposo y… No importa. Es un poco largo de explicar, lo haré luego, por el momento debes saber que pretendo llevar mi farsa hasta el final. Soy una querida amiga tuya que ha venido a Londres para disfrutar de la temporada.

—Pero eres su esposa….

—Oh, sí. Yo lo sé y él también es muy consciente de ese hecho.

—No entiendo nada.

—Es un juego, más bien una apuesta y no pienso perderla.

—¿Qué?

—Oh, Agatha, te lo contaré todo después. Ahora necesito que me asignes una habitación para descansar. Me duele la cabeza. Todo gracias a tu hijo. Deja que me sosiegue y hablaremos cuando esté menos irritada, te lo suplico.

—Por supuesto —le dijo sonriente. No había entendido una sola palabra, pero ese beso lo explicaba todo muy bien.

¡Qué alegría! La condesa viuda estaba pletórica. Todo saldría a pedir de boca.

Estaba más que claro que los dos se gustaban muchísimo. En especial porque Agatha se dio cuenta de que su hijo estaba muy… ¡cielos! Una madre no debería ver a su hijo tan… excitado. Tuvo que apartar la vista de inmediato cuando comprendió lo que era ese bulto en sus pantalones. Además, la dama no había presentado un estado menos escandaloso. Sus mejillas rojas, el pelo alborotado y los ojos demasiado brillantes.

Lujuria.

Sí. Eso era un gran avance para un matrimonio que debía traer a un precioso bebé al mundo.

¡Grandioso!

Capítulo 5

Freddy sacó su reloj de oro del bolsillo de su chaleco. Pasaban cinco minutos de las siete. No estaba nervioso.

—Sí que lo estás —dijo una voz.

Tanto Freddy como la condesa viuda figuraban en el rellano, aguardando a que su reciente invitada bajase para entrar en el comedor principal, todos juntos. La gran mesa había sido dispuesta para una cena elegante. Él mismo se había vestido de modo formal, al igual que su madre. Agatha llevaba un vestido en color arena que la hacía verse muy elegante.

—Que estoy, ¿qué?, madre.

—Nervioso, Freddy. Estás como si fueses a entrar en el Parlamento para exponer una nueva ley o lo que sea que hagáis allí dentro.

—¿Acaso he hablado en alto? —preguntó extrañado.

—En absoluto. Te conozco mejor que nadie. Estás nervioso porque Evelyn ha resultado ser muy diferente a lo que esperabas. Admite que estás divertido.

—¿Qué te ha contado ella? —inquirió.

—Muy poco en verdad, pero lo suficiente para que me dé cuenta de que los dos habéis ideado un extraño juego en el que no pensáis reconocer la verdadera identidad del otro.

—Así que te lo ha explicado. —No le sorprendió saber que estaba al tanto de que él la había descubierto. De hecho, le venía mejor para sus planes. No era que hubiese sido delicado al exponer sus bruscos modales y sus perversos planes, pero si ella era consciente de todo, le restaría importancia a sus formas poco pulidas y de libertino. A fin de cuentas estaba

ansioso por llevársela a la cama y demostrarle que no se había marcado ningún farol cuando dijo que ella acabaría suplicándole más atenciones.

—Has conseguido que venga a Londres, madre. Debo reconocer que has logrado un imposible. No sé qué pudiste decirle para apelar a su sentido del honor, deber o lo que hayas dicho, pero… Gracias.

—No me las des, Freddy. Fuiste un bárbaro. La dejaste a la mañana siguiente de vuestra boda, hiciste que su padre corriese tras de ti y luego no te apiadaste de ella mientras lloraba la pérdida de Morton. Yo misma hubiese podido retorcerte el pescuezo.

—Y por eso mismo me mantuve al margen. Ella me culpará toda la vida por lo que ocurrió, la dejé sola porque era lo que debía hacer. Me odiaba en ese momento.

—Oh, no, hijo mío. Ella te sigue odiando, aunque has estado hábil con ese jueguito que te traes entre manos, pues estás evitando que se centre en todo lo que debería exigirte.

—Sabes bien que ella solo fue un daño secundario. Nunca llevé bien las imposiciones del viejo diablo.

—No te tomaste la molestia de conocerla. Solo tenías que haberle dado unos pocos días para comprender que Evelyn era buena para ti. El matrimonio estaba hecho. Ninguno de los dos puede escapar. Todavía no entiendo el milagro que se produjo para que te levantases un día y me pidieses ayuda para convencerla de que viniese hasta ti. Has tardado demasiado, Freddy. El daño causado puede ser mayor del que te imaginas. —No tenía corazón para decirle a su hijo lo que vio cuando llegó a Watford. Era mejor así. Tampoco se iba a arrepentir de haber exagerado la caída del caballo de su hijo, de hecho, Freddy no estaba usando su bastón en esos momentos.

—He sido un marido horrible, debo reconocerlo. Soy el responsable de que su padre tuviese un accidente, eso no puedo cambiarlo, pero nadie me acusará de no haberme preocupado por ella, madre. Si crees que Evelyn ha estado viviendo sin mi supervisión, es que no me conoces en absoluto.

—¿A qué te refieres? ¿La has estado espiando? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tengo a gente en su círculo más cercano que lo hace por mí —desveló al fin. Su madre se quedó asombrada.

—Explícate —le exigió al conde.

—Ya me has oído. Es mi esposa, mi responsabilidad, y aunque no estuviese cerca de mí, siempre la he cuidado.

—¿Cómo exactamente has hecho eso, Freddy?

—Ya te lo he dicho. Sabiendo en todo momento lo que hacía, decía, comía y con quién se relacionaba.

—¿Con quién se relacionaba? —inquirió con suavidad su madre, pues en su aseveración él había emitido un tono diferente con respecto a esa última cuestión.

—Sí. No es fruto de la casualidad que yo decidiese que era hora de que viniese a ocupar el lugar que se merece a mi lado. No hay ningún milagro como tú lo has llamado. Le he dado dos años de libertad, de luto, por así decirlo. Un tiempo necesario para que se enfriase una ira que sé que no dejará de albergar, aunque confío que pueda suavizarse con el tiempo.

—Eres optimista.

—¿Recuperé la amistad de Stone o no, madre?

—Está bien. Te concederé esa victoria que parecía imposible. Puesto que has confesado que todo esto es fruto de un plan que imagino que has estado urdiendo durante un tiempo, te ruego que me pongas al corriente de los detalles.

—¿Vas a sabotearme o a ayudarme, madre? Evelyn no es la única que estuvo resentida conmigo por lo que le ocurrió al señor Morton.

—Es verdad, Freddy. Te odié y no fui sutil al ocultártelo. Morton era el primer hombre con el que sentí una emoción desconocida y me duró tan poco que… —Agatha suspiró.

—Me escupiste a la cara que me odiabas, fue imposible no comenzar a atar cabos y averiguar que había mucho más entre vosotros de lo que me figuré.

—Pues ya sabes que la idea de emparejarte con la dama no fue de tu padre.

Él miró con fijación a su madre. Pasaron unos segundos de silencio en los que el conde estaba dándole sentido a lo que acababa de escuchar.

—¿Fuiste tú, madre? ¿Decidiste que me casaría con ella y no contaste para nada con mi opinión?

—Lo hice por tu bien. No había un chelín en las arcas y tu padre te hubiese

emparejado con la hija de Lucifer de haber podido. Evelyn era la opción más sensata que tuve a mi alcance.

—Durante mucho tiempo yo mismo creí que estuve prometido a la hija de Lucifer. ¿No se te ocurrió avisarme, madre? —le reprochó.

—Imposible. Cuando discutías con tu padre no podías contenerte, le hubieses dicho que todo fue obra mía y de nada hubiera servido buscar a una muchacha de la que estaba segura que te enorgullecerías. Tu padre me despreciaba tanto que hubiese cambiado a tu prometida de haber sabido que yo lo tenía todo previsto.

—Ya… Puedo entender eso. Y cuando padre murió ¿qué? ¿No viste el momento de compartir ese dato conmigo, con tu hijo al que deseabas ver felizmente casado?

—No pude contarte nada. Hubieras decidido que propuse a la dama porque me enamoré locamente de su padre y no porque ella sería una pareja excepcional para ti.

Freddy levantó una ceja de modo muy ducal, pese a que él era solo un conde.

—¿Y no fue así?

—No. ¿Ves cómo lo estás pensando ahora mismo? Eres muy bueno, hijo mío. Estoy orgullosa de ti, pero a veces podría zarandearte hasta que entrases en razón.

—Tengo serios problemas, madre —le dijo en tono serio.

—Dime que no se trata de dinero.

—No. No he arruinado a esta familia, posiblemente sea el primer Rochester que deje este mundo con más riqueza de la que haya tenido alguno de mis antepasados. —No mentía. Se había ocupado de que muchos de los comerciantes más destacados hicieran tratos con su esposa. Era una mujer brillante, tan dura como lo fue su padre. Los últimos amigos a los que les recomendó hacer negocios con la fábrica de cristal eran los hermanos propietarios de los almacenes Greendown. Habían rubricado un contrato con el que Evelyn ganaría mucho dinero, al igual que sus nuevos socios, y eso también lo beneficiaba a él, puesto que al ser su esposo, todo lo que ella manejaba era suyo por ley.

—¿Cuál es el asunto que te quita el sueño?

—Tiene que ver con Evelyn.

—Eso ya me lo imaginaba. ¿Te preocupa no poder conquistarla? Porque déjame

decirte que la próxima vez que trates de seducir a tu esposa deberías encerrarte bajo llave para que nadie te interrumpa.

Freddy le sonrió.

—Mi padre siempre me acusaba de ser idéntico a él. Estaba tan ciego y absorto en sí mismo, que no se dio cuenta de que soy tu vivo retrato.

—Gracias por reconocerme el mérito. Gracias también por admitir que hice una buena elección cuando determiné que Evelyn sería la próxima lady Rochester.

—Deja de vanagloriarte, madre, y atiéndeme. No me preocupa seducir y enamorar a Evelyn. Puedo lograrlo con facilidad. Será más fácil lograr lo primero, aunque lo segundo llegará con el tiempo. —No era mentira, la dama, por algún extraño milagro, respondía muy bien a su toque y exigencia.

—Por lo que dices no veo ningún inconveniente.

—Sí lo hay, uno muy grande.

—Te escucho —lo animó. Lo veía muy nervioso y aunque esa conversación no era para mantenerla en el rellano de la escalera mientras esperaban a su invitada, las ocasiones había que aprovecharlas. Su hijo había comenzado a confesarse en ese instante y no iba a cortar la conversación. Cuando le pidió ayuda para que fuese a visitar a Evelyn y la trajese a casa, solo se limitó a decirle que necesitaba un hijo. Agatha tuvo ganas de censurarlo por darle ese motivo que, aunque era de vital importancia cumplir, no era el más importante, y si no lo censuró, fue porque siempre todo debe tener un principio. Freddy había dado el primer paso y la condesa viuda le prometió que haría lo imposible para cumplir con el cometido implorado. Lo había logrado y era lo que importaba.

—Hay otro jugador al que nunca había tenido en cuenta. He pecado de confiado y de ahí la urgencia que tengo para que mi esposa me acepte.

—No te sigo.

—Su primo, madre.

—Lo sabes… —susurró su madre. Él frunció el ceño.

—¿Qué es lo que sé?

Ella suspiró.

—Lucas Doyle dejó muy claro, durante la entrevista que mantuve con Evelyn que está *muy* interesado en ella. Te referías a él, ¿verdad?

—Sí. Fui avisado de inmediato cuando él tuvo la audacia de venir a Londres y entrevistarse con un abogado al que conozco bien.

—¿De qué habló con el letrado?

—Divorcio.

—¡Dios! No puede ser tan iluso como para suponer que ella podría pasar por todo ese calvario y continuar con su vida. Sería el fin de Evelyn. —La cosa era más seria de lo que Agatha había previsto en un primer momento. Creía que Lucas Doyle solo trataba de seducirla.

—No ha sido el único que ha estado haciendo averiguaciones a este respecto. Ella misma se reunió con otro abogado del norte y el espía que mantengo infiltrado y al que pago escandalosamente bien, me informó de las palabras que logró escuchar.

—Así que estás en serios problemas.

—Sí, ya te lo había dicho. No puedo quedarme de brazos cruzados durante más tiempo. Necesito reclutarte para mi causa, madre. Cuando Morton falleció, tú la cuidaste, estuviste a su lado, hiciste todo lo que yo no podía haber hecho por ella. Mi condesa te valora y por eso tu ayuda decidirá nuestro futuro.

—Te haré una única pregunta, Freddy.

—Sí, madre. Sé cuál va a ser. No, no lo sé todavía.

—A ver, Rochester, recita a viva voz la presunta cuestión que iba a hacer.

—Si la amo. Ibas a preguntar si estoy enamorado. Es demasiado pronto para que sienta algo tan fuerte por ella, aunque te diré que la conozco muy bien. Los reportes sobre Evelyn llegaban constantes y ha sido como si fuese testigo de su vida, desde lejos es verdad, pero durante dos años la he estado conociendo. Me mantuve apartado, pues no sabía cómo enfrentarla. Ahora la providencia ha hecho que podamos olvidar quién soy yo en verdad y quién es ella en realidad cuando estamos juntos. Ese juego nuestro evita que hablemos sin velos y que el pasado, que pesa mucho, pueda ser ligeramente apartado. Tengo una oportunidad. Lucas Doyle es su primo y jamás se me pasó por la cabeza que él pudiese estar enamorado de ella.

—Morton lo intuía —le confesó Agatha.

—¿Crees que ella le corresponde? —preguntó angustiado.

—Creo que debe sentir algo por él. Llevan mucho tiempo juntos.

—¿Por qué Morton se empeñó en convertirla en condesa?

—Eso se lo tendrías que preguntar a él. No sé la respuesta, de lo que sí estoy al tanto es de que no habría permitido que su hija se casase con su primo debido a la sangre.

—¿Qué quieres decir?

—Morton tenía varios primos que se habían casados entre ellos para proteger el legado de sus tierras, la proliferación no salió como debería. Niños con problemas y retrasos mentales. Deseaba que su hija se casase con alguien lejano a su familia. No obstante, cuando el señor Doyle se quedó a su cuidado, nadie pudo alejarlo. Debiste haber ido mucho antes a reclamar lo que te pertenece, Freddy. Ella es tu condesa —lo regañó.

—Me doy perfecta cuenta, madre. Y más porque ella se ha presentado ante mí como la señorita Adelaida Doyle. Me retorció las entrañas escuchar ese apellido precisamente. Aunque le concederé el mérito por haber utilizado su segundo nombre. Tenías que haberla visto, muy desafiante ante mí, y cuando dijo que era tu dama de compañía… Es una tunanta de primera. No vaciló ni un instante. ¿Te he dicho que alzó su sombrilla, paraguas o lo que fuese ese cachivache que sostenía en la mano, porque me vio salir de un burdel? El maldito Stone, con quien nos cruzamos cuando yo salía de esa casa de pecado, estaba complacido mientras la veía atizarme. Y no entré a buscar nada ilícito en la casa del placer —se apresuró a clarificar—. Solo quise ver si ella, que me estaba siguiendo, se atrevería a entrar. Se disgustó mucho porque cree que soy un libertino. Cosa que tú dejaste claro que no soy cuando dijiste que llevo dos años practicando el celibato. No quiero ni preguntarte cómo sabes que yo no he… ya sabes.

—Lo sé porque soy tu madre y he tratado de hacerlo bien contigo. Estás tan empeñado en no ser como tu padre que sabía que no quebrantarías tus votos pese a casarte enfadado. Ahora bien, dime qué hacía Stone en medio de tu historia.

—Evelyn tuvo que rescatar al pequeño pícaro. Ashton se desentendió de la mano de su madre y Evelyn salió de inmediato a su rescate. Ella es muchísimo más de lo que yo creía. Tiene la fuerza de su padre, el mismo olfato para los negocios, y afortunadamente no se le parece tanto físicamente. Ella es hermosa, madre.

—La admiras. —La condesa viuda no se había dado cuenta.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Evelyn es una mujer brillante. Tenías que haber leído las cartas que me llegaban sobre cómo ella dirigía la fábrica, cómo solucionaba los problemas. Es una luchadora y quiero pelear por ella, que no con ella, pero sobre todo necesito

que no se haya dado por vencida, necesito que también luche por mí, por nuestro futuro.

La condesa viuda se acercó a su hijo y le apretó el brazo para reconfortarlo.

—No va a venir a cenar con nosotros, Freddy. Yo estaba dispuesta a hacerte sufrir un poco porque te mereces que Evelyn te dé una lección, en cambio te he avisado.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No hacía falta que lo hiciese. Es lo que yo misma hubiera hecho en su caso. Ya sabes, encerrarme en mi habitación y pedir que me subiesen una bandeja para no estar en tu presencia, más porque le has dado una orden directa.

—¿Y qué hago? No puedo hacer que me conozca si no pasa tiempo conmigo.

—Bueno… El ama de llaves debe tener las llaves de todas las cerraduras, ¿no te parece, hijo mío?

—¿Estás insinuando que asalte su habitación? —No daba crédito a las palabras de su progenitora.

—Por supuesto que no. Digo que he dado orden en la cocina de que no le sirviesen nada a Evelyn todavía. Ve a la cocina, coge lo que le hayan preparado y ve a su habitación. Eso sí, que te acompañe nuestra ama de llaves, tu esposa no te abrirá la puerta. Cuando estés dentro, preséntate como su mayordomo o lo que se te ocurra. Espero que todavía sepas cómo deslumbrar a una dama. Stone no quiso crucificarte por nada, le robaste a la novia en sus propias narices cuando el duque tuvo aquel desgraciado accidente.

—¿Estabas al tanto de ese suceso, madre? —preguntó asombrado y lleno de vergüenza. Ese capítulo de su vida le costó la gran amistad que tenía con Stone. Cabe recordar que la prometida de Faran, después de que su amigo quedase desfigurado, decidió que le iría mejor siendo condesa. Gracias a Dios, su padre no aprobó el enlace porque la dama no era rica como Creso.

—Claro que sí. Tu padre se enorgulleció de ti porque tenías lo que había que tener para coger lo que deseabas sin tener que rendir lealtad a nadie. El anterior Rochester no comprendió nunca que tú estabas devastado por lo sucedido y que esa arpía se aprovechó de tu vulnerabilidad. Te pilló desprevenido y por eso la intrigante tuvo suerte.

—Nunca dejas de sorprenderme, madre.

—Y no creo que deje de suceder jamás. Ahora ve a conquistar a Evelyn. Me he

propuesto ser abuela la próxima temporada, me cansa el tedio de Londres y estaremos los tres, cuatro si contamos al niño que nacerá, felices en el campo sin la frivolidad de la ciudad. Seremos una familia de nuevo, Freddy. Esta es tu oportunidad. No la desperdicies, por favor.

—No lo haré. No sé bien cómo lo conseguiré, pero haré que ella me acepte.

—Me despido pues, hijo mío.

La condesa viuda se acercó a Freddy, le deseó suerte y le dio un beso en la mejilla antes de recluirse en su habitación.

Mientras tanto, el conde se presentó con una bandeja de comida y una baraja de cartas en su bolsillo a fin de entretenerla y romper el hielo. El ama de llaves abrió la puerta, así que entró cerró y Evelyn no pudo hacer nada para impedirle su aparición.

No había estado preparado para verla desnuda.

¡Cielos! ¿Cuándo pensó que esa maravilla era un kraken? Deberían azotarlo. Ella era un sueño para cualquier hombre. Y era suya. Solo suya. El bastardo de Doyle tendría que buscarse otra mujer, porque Evelyn era su esposa y pronto lo tendría que aceptar.

Freddy se juró que pondría todo su empeño en lograr su objetivo. A fin de cuentas, tenía que resarcirla por todo el mal que le había causado. Comenzar a idolatrarla y terminar por amarla le parecía lo apropiado.

Tendría toda la vida para recompensarla por su extrema estupidez.

Capítulo 6

Evelyn estaba asombrada. Era un truhan. Uno despiadado que se había colado en su habitación, a traición, justo cuando estaba cambiándose. ¡La había sorprendida desnuda! ¿La habría estado espiando? ¿La habitación tendría agujeros secretos o habría acercado el ojo a la cerradura de la puerta?

—¿Se ha vuelto loco, Rochester? —preguntó, al tiempo que buscaba algo con lo que tapar su desnudez. Cogió la bata de algodón blanca y se la puso de inmediato.

Por descontado que el conde llevaba la bandeja en las manos y estaba parado delante de ella sin poder quitarle los ojos de encima. ¡Era pelirroja también *ahí abajo*! Parecía lógico, pues las rubias lo eran, pero ver ese fuego en un lugar tan excitante. Su virilidad estaba más revolucionada que un francés admirando una guillotina.

Le había dicho al ama de llaves que abriese con discreción, sin hacer ruido, y luego la despachó. Así que nada más entró y vio esa obra de arte… Cerró la puerta con una patada y se deleitó con la visión.

¡Qué mujer! La habitación estaba maravillosamente iluminada, un espectáculo divino.

—¿Me está escuchando? —La dama se había colocado delante de él, su cuerpo de pecado ya cubierto por la bata, pero sus pezones se marcaban con facilidad.

—¿Qué? —No. Sería imposible seguir una conversación después de haber contemplado a la mujer más tentadora que jamás vería en su vida, pero al menos estaba dispuesto a intentarlo.

—¿Es así como van a ir las cosas? ¿Un conquistador que no da tregua, lord Rochester?, ¿que se impone y al que no le importa lo que diga su contrincante?

Él le sonrió.

—No te he declarado la guerra todavía, querida. Y si estoy aquí, ejerciendo como un leal mayordomo es tan solo porque eres tan testaruda como aparentas. Te has negado a bajar a cenar en mi compañía, pues sé que estás muerta de miedo.

Evelyn colocó las manos sobre la cintura.

—¿Perdón? —No daba crédito a su arrogancia.

—Te veo radiante, señorita Doyle. Si nos hubiésemos podido conocer en otras circunstancias, te habría cortejado, agasajado con presentes que te hiciesen suspirar y luego me habría declarado, de rodillas, con un ramo de flores en una mano y un anillo en la otra. Al fin y al cabo, eres una mujer y os gustan esas cosas.

Evelyn estaba a punto de explotar.

—¿Sabe lo que hubiese ocurrido si lo hubiese visto arrodillado ante mí?

—¿Qué hubieses abierto más las piernas para que yo pudiese lamerte mejor entre ellas y que…?

—¡Por amor de Dios! —lo interrumpió la dama, indignada—. Debería irse, tengo ganas de arrojarle el objeto más pesado que encuentre en esta habitación.

—No seas ridícula, querida. Te he traído la cena. —El conde se acercó hasta la mesa más próxima y dejó allí la bandeja. Luego se giró para enfrentarla. Tuvo que agacharse raudo y veloz, dado que ella le acababa de lanzar una figurita de cristal que a buen seguro sería carísima. Lejos de desanimarse se sintió juguetón. En dos zancadas, y justo antes de que ella pudiese empuñar un candelabro sin velas, la agarró y se la pegó al cuerpo—. Uhm, así que estamos en guerra después de todo. Muy bien. Puesto que he sido catalogado como un conquistador sin alma ni corazón —tal vez esas no fueron las palabras que ella empleó, pero a él le daba lo mismo—, voy a cumplir con tus expectativas. Voy a besarte, querida, y te juro por mi honor que vas a disfrutarlo como lo hiciste justo antes de que mi madre nos interrumpiese.

—No se atreverá a…

Demasiado tarde. Los labios de él estaban sobre los suyos. El grito de sorpresa de Eve se transformó en un gemido suave y ronco porque él estaba exigiendo su rendición.

No. No debía caer en la mentira. No iba a ponérselo tan fácil. Era su marido, la ley le amparaba, podía hacer lo que desease con ella, incluso venderla si así lo decidiese, pero

tenía que pararle los pies. Los dos jugaban a un juego muy peligroso. Ella solo había pensado en presentarse ante él y dejar las cosas claras. Nada de eso. Todo se había descontrolado. ¡Todo estaba saliendo mal!

No era correcto que la besase así, haciéndola temblar con fuerza. ¿Por qué era tan débil? ¿Por qué no podía apartarlo, darle un pisotón y luego huir hasta el norte y refugiarse en un lugar seguro? ¿Era porque su padre la adoctrinó tanto como para que Eve desease lograr el cometido del señor Morton? ¿Quería ella ser condesa? ¡No! Freddy, como todos lo llamaban, merecía su ira, su desprecio. Así que no debería estar devolviéndole el beso con la misma intensidad que él ofrecía.

Pero así era. Estaban compartiendo un beso, intenso, contundente e irreverente. Tan inadecuado y escandaloso que el mismo hombre que la estaba obligando a olvidarse de todo y a concentrarse en lo que sentían estando juntos, pegados y tocándose, estaba asustado. La situación era sublime, tal vez perfecta, pues ella no había experimentado nada así en toda su vida. De hecho, ni Lucas mismo sería capaz de igualar lo que él pretendía transmitirle. ¿Cómo un completo desconocido podía hacer tambalear su mundo de semejante modo?

No se dio cuenta del gesto cuando lo hizo, pero Evelyn le había agarrado las solapas de la camisa, mientras gemía, y lo estaba acercando todavía más hacia ella. Y fue cuando Freddy supo que tenía su completa cooperación, cuando le pasó un brazo alrededor de la cintura para sostenerla con fuerza.

Eve percibía que su boca era dura, la forma de sus labios se adaptaba a las mil maravillas a la suya y reclamaba sin darle tregua. Su esposo, el muy tirano, inclinó la cabeza y su lengua penetró más allá de sus dientes, feroz y posesivo. Era una lucha, no obstante, no había más que deseo mientras se sucedía el apasionado baile entre ambos.

La condesa no podía respirar. Su cuerpo se sentía pesado y muy caliente, una necesidad se apoderaba de su ser.

Era su esposo quien la estaba derritiendo. Eve quería concentrarse en ese hecho, pero resultaba imposible recordar que era el enemigo. En su mente, él era un hombre que le estaba demostrando cuánto la deseaba, cuánto la necesitaba, porque las palabras se podían recitar aunque no fuesen verdad, pero la reacción de su cuerpo masculino no mentía. Sentía su dura cresta presionando con fuerza en su vientre y eso la hacía sentirse demasiado bien como para abofetearlo, tal y como se merecía que hiciera.

No pudo más. Se rindió por completo ante un experto caballero que sabía cómo domarla, cómo adormecerla y hacerle admitir lo que anhelaba.

Mientras suspiraba, y tras un gemido suave que indicaba la aceptación de lo que estaba ocurriendo entre ambos, Evelyn deslizó sus brazos alrededor del cuello de Freddy, se

relajó, echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole su boca sin reparos. Ofreciéndose a él.

Algo debió suceder que el conde no aprobó en su gesto, pues la mano masculina agarró en un puño la larga melena pelirroja de su esposa y la hizo retroceder, dejando libre la boca de Eve.

Gracias al cielo, no la soltó por completo porque cuando la dama abrió los ojos y observó su expresión tan tierna, tan amorosa y radiante, perdió toda la fuerza de su cuerpo y pudo acabar tendida en el suelo.

Su brazo se apretó alrededor de ella, y Eve comprendió que no tenía intención de dejarla libre en absoluto.

—¿Vas a insultarme por lo que te acabo de hacer? —exigió él. Evelyn no se atrevió a hablar y negó con la cabeza sutilmente—. Dímelo —la apremió.

—No puedo —susurró ella con la verdad en la mano. Su honestidad fue recompensada con un beso suave.

—Y no debes —le recomendó el conde.

Estaba fuera de sí, no comprendía lo que le sucedía. ¿Por qué tenía tanto poder sobre ella? Eve no se reconocía. Su debilidad la hacía sentirse mal, pero también bien al mismo tiempo. No tenía sentido. No podía tratarla de ese modo tan cariñoso, como si se preocupase por ella, como si él…

—Tú no me quieres —apuntó la condesa, sin poder evitar que la observación saliese de su boca.

Rochester se limitó a ofrecerle una sonrisa. No dijo nada al respecto. Bajó su cabeza con la finalidad de besarle el lado derecho del cuello.

La hizo estremecerse. Eve podría jurar que él estaba muy satisfecho consigo mismo porque ella había vuelto a temblar como una hoja en medio de una tormenta.

—¿Quieres que te bese así otra vez, mi pequeña guerrera? —Ella asintió. Freddy no aceptó su afirmación silenciosa. —Dilo, amor —ronroneó sobre la cálida y húmeda piel que la lengua masculina mantenía bajo su superficie.

—Necesito que me beses —admitió algo sofocada.

—¿Cuánto me necesitas, amor? — preguntó mientras le lamía con descaro el

borde de su boca.

—Bésame —le rogó.

—Dime quién soy, querida. Dime quién te está besando, dime de quién son los besos que ansías.

—Son los tuyos, solo los tuyos. —No le importaba nada. Esta noche no se preocuparía por lo débil que estaba siendo frente a un hombre al que juró que no le debía ni le daría nada.

—No, amor. Quiero que digas mi nombre. Porque soy yo quien te hace suspirar, es a mí a quien necesitas. Dilo, dímelo —la volvió a urgir.

—Frederick… Freddy… por favor…

—No, no soy Freddy para ti. Seré Frederick siempre. Y vas a besarme como si yo te perteneciese, porque tú eres mía —alegó satisfecho, para luego besarla sin compasión.

Antes de cerrar los párpados para abandonarse a lo que deseaba, vio en la mirada de su esposo algo aterrador y maravilloso, algo desconocido que brilló en sus ojos azules, parecía que él la amaba, pero no podía ser, él no podía amarla, no podía quererla con la intensidad que Eve percibía.

Eran imaginaciones suyas. Sí. Eso era. Solo su gran imaginación en un momento de abandono y pasión.

La besó con una ferocidad que la mantenía anclada. Emitió un pequeño gemido femenino que se mezcló con el masculino cuando la levantó en sus brazos para llevarla a la cama, lugar en el que cayeron juntos sobre en la colcha de cálido terciopelo. Freddy era un hombre grande, musculoso y viril, y Eve no quería dejar de sentirlo sobre sí misma.

Lo necesitaba.

Más de eso.

Más de él.

Todo de él.

Dejó a un lado la sensatez y la precaución, para reclamar a Frederick del mismo modo en el que él demandaba su calor, sus besos y su toque.

No había resistencia por parte de ninguno de los dos. Una vez más, el beso de su marido pasó de ser duro y posesivo a algo más suave, aunque también decidido. El conde se las arregló para meter uno de sus duros muslos entre las piernas de su dama y entonces ella gritó, porque esa presión, la que ejerció *allí*, contra ese punto palpitante que demandaba atención, desencadenó una serie de sensaciones jamás vividas. Sin lugar a duda, parecía un sueño maravilloso, la idealización de cómo tuvo que haberse iniciado su noche de bodas.

Evelyn arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, pues necesitaba recuperar el aliento. Frederick resultaba ser demasiado exigente y ella no tenía ni voluntad ni corazón para resistirse. Al día siguiente ya se arrepentiría de permitir que él avanzase hasta esos límites tan inapropiados en su situación. Aunque por el momento lo disfrutaría sin temor ni vergüenza.

El asalto cambió el rumbo, la boca de Freddy estaba sobre su garganta, por todas partes sobre su cuello, lamiendo, succionando y mordisqueando con los dientes.

La violencia tan sensual la dejó sin sentido y volvió a gritar llena de placer.

—Eso es, amor. Así, al fin estás aquí. Dámelo todo, sin reservas. Yo te tengo —la animaba, al tiempo que su lengua se deslizaba justo por donde el pulso le latía con fuerza en el cuello.

Evelyn ya no era ella misma. La neblina del deseo la tenía ciega. No lograba ni darle sentido a las palabras espetadas por él, solo era consciente de que nunca se había sentido así. Ansiaba sus besos, sentir el peso de él completamente encima de ella.

Las manos de la dama viajaban por la espalda de él. ¿Cuándo se había quitado la chaqueta y la camisa? Su piel era sedosa, firme y sentía los músculos bajo las yemas de los dedos. Lo arañó cuando él succionó un pedazo de carne de su cuello y Frederick respondió encendido con un gemido.

Eve arqueó todavía más la espalda. Se estaba ofreciendo, sus caderas buscando fricción, sus senos presionando sobre el pecho de él. La bata ya no estaba entre él y ella. Se había abierto por completo y eran uno.

Piel con piel.

Corazón contra corazón.

Se sintió morir cuando Freddy levantó la rodilla e hizo una presión muy concreta sobre su nudo de nervios. Su centro del placer había tomado el control por completo. Había aparecido en ella una sensación deliciosa, mitad dolor, mitad placer puro.

—Uhm… amor, ¿te gusta lo que te hago?

—Dios… Dios… de los apóstoles…

Deslizó su mano debajo de sus delicadas nalgas y la obligó a mecerse contra él con la finalidad de desquiciarla todavía más.

Frederick era muy consciente de que tenía muchos pecados que expiar, pero un comienzo semejante haría que ambos se concentrasen en lo bueno que podían compartir. Estaba decidido a entregarse sin reversas a su condesa. No había planeado acabar tumbado sobre la cama con ella debajo, pero que Dios lo fulminase de inmediato si no aprovechaba la situación en su beneficio propio. Al diablo con la partida de cartas que había previsto.

Evelyn era un mar de gemidos, de necesidad. Su cuerpo sintiendo el placer más maravilloso que por primera vez la recorría de cabeza a los pies. Estaba encendida, sintiendo cosas que no sabía que existían, y ¡ooooh!, eran tan formidables que quería sentirlas hasta desfallecer.

—Dímelo, amor, dime lo que te hago sentir. Cuéntamelo para que pueda saber que te gusta esto, que me necesitas —susurró tierno, con la voz ronca cargada por el deseo más crudo.

—Estoy… Oh, cielos… Yo… Estoy desesperada, Freddy, no puedo…

—Ah, ah, amor. Frederick, soy Frederick, recuérdalo, porque de otro modo tendré que castigarte debidamente.

—Frederick… por favor… Tengo que… Yo necesito… Cálmame, por amor del cielo —suplicó.

El sonido que emitió el conde resultó tan brusco que ella no sabía si él se había enfadado o…

—¡Frederick! —chilló, en el momento en que se dio cuenta de que tenía a su esposo entre sus piernas desnudas con la mano colocada sobre la parte interna de su muslo.

La mirada de Eve lo buscó de inmediato, así que tuvo que reincorporarse un poco sobre el colchón. Él también la estaba observando. Una mirada tan oscura y brillante que la asustó. Frederick estaba hambriento.

La mirada de uno sobre la de la otra, ambas respiraciones entrecortadas, con los labios entreabiertos, y el deseo reflejado en sus ojos. Encajaban bien.

Ella se había quedado muda, pero volvió a gemir en el momento en el que su esposo se relamió los labios con lascivia. A continuación lo observó sonreírle para luego llevar la boca hacia su muslo y darle un suave bocado de amor allí.

—Esta vez lo haré bien. Te quiero resbaladiza y llena de necesidad —susurró.

Le dolía todo el cuerpo. Evelyn no entendía la enfermedad que la estaba atravesando, aunque intuía que solo Frederick podría curarla. Estaba desesperada por ser poseída por él. Su cuerpo le gritaba que debía entrar en ella para poder ayudarla a tranquilizarse. Lo cual era preocupante, puesto que la primera vez que su marido reclamó su virginidad solo hubo dolor. No sabía si quería pasar por aquello otra vez. Iba a decirle a Frederick que no se atreviese a…

—¡Dios! —gritó Eve.

Su boca estaba sobre su sexo.

—Ya estás mojada para mí y tan deliciosa que eres ambrosía, amor. Vas a volverme loco, sí esa será tu venganza sobre mí. Puedo verlo. Me reducirás a cenizas y luego te vanagloriarás de haberlo hecho. No importa. Haré lo que sea con tal de tenerte así.

Las manos de Frederick estaban palpando sus senos. Ambos pezones, inhiestos, punzaban bajo la áspera palma de la mano del conde, mientras la lengua de él trabajaba sus delicados y resbaladizos pliegues. Ella se había vuelto a tumbar, dispuesta a seguir descubriendo las novedades y promesas que él le ofrecía.

¿Qué le estaba haciendo? ¡Lamiéndola! Eso era. Y lejos de sentirse escandalizada, solo podía pensar en encontrar la fórmula secreta para que no se detuviese jamás.

Una de las manos de Frederick abandonó su seno y la llevó hasta su humedad, esa que se fabricaba sin descanso entre sus piernas. Nada más sintió los dedos en su entrada, ella movió las caderas, buscando instintivamente que recorrieran su profundidad.

El malvado conde no siguió la orden silenciosa de ella. Se quedó quieto, con los dedos tanteando la obertura que necesitaba ser sellada.

—¿Qué quieres, amor? —preguntó jocoso, pero lleno de lujuria.

Evelyn era incapaz de hablar. La necesidad la tenía al borde de un alto y largo precipicio.

—Por favor… —rogó, sin saber qué más podría hacer para ser atendida como correspondiese en dicha situación.

El libertino experto se rio. Ella iba a protestar. No pudo hacerlo, Frederick deslizó el primero de sus dedos para frotar su núcleo, ese pequeño capullo que estaba inflamado. Comenzó a hacer círculos *ahí*. Cuando ella cerró los ojos otra vez, él se detuvo. ¿La estaba castigando?

—Vamos, amor, quiero escucharte. ¿Qué necesitas de mí? —le preguntó. El conde no podía creer la suerte que había tenido esa noche. El mejor modo de explicarle todo lo que ansiaba de ella era hacer que Evelyn lo viese, lo sintiese y lo aceptase. Iba a dárselo todo. Todo él. Sin reservas.

—Frederick… —Sus dedos la urgían, la hacían sentirse como una depravada, como si necesitara sus caricias para vivir, para poder respirar.

—Si no me explicas lo que necesitas, me veré obligado a hacer lo que yo deseo y no cumplir con tus demandas, amor. Así que dime lo que sabes que quiero escuchar —la instó sin compasión.

Al ver que ella no decía nada, dejó de jugar con su sexo y trepó por su cuerpo para deleitarse con sus senos. Succionó la primera punta erguida y mamó de ella como si fuese un recién nacido que necesitaba alimento.

—Oh, Dios mío —suspiró Eve. Lo que le había hecho *allí abajo* fue fantástico, lo que le hacía en ese momento no era menos satisfactorio.

No obstante, cuando su boca buscó a su hermano gemelo y succionó el segundo seno, los dedos de él ya estaban de nuevo en su sexo.

—Sí, sí. Necesito que me lamas, que tus dedos estén ahí. Sí, por favor…

—Sí, por favor, Frederick. Dilo amor, no queremos olvidar que soy yo quien te hace el amor.

—Frederick, por favor… Frederick… —rogaba sin descanso, siendo esclava de su dolor y placer. Esos dos que él, su esposo, le estaba proporcionando.

En un momento, él se detuvo y dejó de chuparle los senos.

—¿Te gusta tener mi boca en tus hermosos pechos? ¿Te agrada saber que me alimentas?

—¡Sí, sí, sí! —pidió desquiciada.

—¿Dónde más quieres que coloque mi lengua, amor? ¿Aquí? —presionó toda la palma de la mano sobre su sexo.

—¡Sí, sí, sí!

—Pídemelo, amor.

—Frederick… quiero… necesito que me…

—Vamos, amor —la alentó, al ver que se había quedado callada.

—Por favor, lámeme entre las piernas, por favor… —suplicó entre gemidos, puesto que él había colocado sus dedos en su núcleo y la estaba volviendo todavía más loca.

De inmediato, Frederick dejó libre su pecho y bajó la cabeza. Sus rizos pelirrojos eran maravillosos. Fuego puro.

Comenzó a lamerla mientras ella movía las caderas al ritmo de sus caricias, abandonándose a la necesidad. Y cuando dos dedos entraron en su interior… La gloria bendita.

La combinación de su lengua y esos dedos…

—¡Oh, Frederick! Yo creo que… oh, Frederick… ¡Frederiiiick!

—Condenadamente maravillosa —murmuró contra su sexo justo cuando ella comenzó a llegar hasta la cima del placer.

El conde se tragó todo el éxtasis que ella fabricó.

Delicioso.

Natural.

Divino.

Así debió haberla atendido la primera vez que la llevó a su cama. No importaba, tenía el resto de la vida para resarcirla por haberla despreciado por culpa de su padre y de su propio orgullo.

Evelyn Adelaida Willbory, condesa de Rochester, era suya y en breve iba a marcarla a fuego con su semilla. Lo haría bien esa noche, no como la primera.

La poseería hasta que ninguno de los supiera dónde empezaba uno y donde terminaba el otro.

Capítulo 7

Trepó sobre su cuerpo y se colocó sobre ella para asegurarse de que estaba bien. La besó con ardor, todavía con los restos de su liberación sobre los labios. No era nada desagradable. Eran dos personas encontrándose y aceptándose. Un matrimonio que después de dos largos años tenían la oportunidad de comenzar de nuevo. Todo estaba permitido si ella lo aceptaba. Y sí, por supuesto que Eve le devolvió el beso con anhelo.

—Esta noche la recordaré toda la vida… —musitó ella, al tiempo que lo abrazaba.

—Todavía no hemos acabado, amor. Esto es solo el principio.

—Bien.

Ella figuraba con los ojos cerrados, se veía tranquila, satisfecha y tenerla así en la cama lo llenaba de plenitud.

Rochester quería que la noche fuese larga, retener su placer le parecía buena idea, siempre y cuando ella recibiera gran parte de lo que le debía. Antes de ir a buscarla había tenido que aliviarse, pues de otro modo no hubiese aguantado sin derramarse. Hizo bien al liberar un poco de su deseo. Le gustaba tenerla suplicante, jadeante y llena de necesidad. Saber que su esposa estaba en ese estado porque él era hábil, le confería más satisfacción que la que podría darle la obtención de su propio gozo.

No había hecho más que empezar. Pretendía tenerla de nuevo retorciéndose debajo de él, jadeando, quería verla deshacerse mientras explotaba una segunda vez.

Estaba besándola, tenía que volver a despertar su ansiedad por él. No le costó demasiado resucitar su pasión. Poco a poco, percibió que su mujer comenzaba a balancear las caderas hasta alcanzar un movimiento desesperado, lo cual hizo que se pusiera todavía más duro de lo que ya estaba. Resistirse a la tentación de profanarla, de esperar hasta el momento

oportuno, no iba a ser nada fácil para Frederick. Se obligaría a seguir con lo previsto. La recompensa valía la pena. Llevó la mano derecha hasta el sexo de Eve y comenzó a acariciar sus sensuales pliegos íntimos.

Ella estaba llegando al paraíso, él lo sabía, y justo cuando la respiración de su condesa se cortó con brusquedad decidió introducirle dos dedos en su interior, todo ello sin dejar de hacer círculos con el dedo pulgar sobre su perla secreta.

Evelyn gimió suavemente y luego inclinó la espalda, sus senos chocaron con el pecho de Freddy. Echó la cabeza hacia un lado, y afianzó su posición, sujetándose de la espalda de él, donde le clavó las uñas. Verla deshecha era más de lo que podía soportar. La lujuria de su interior era tan intensa que lo asustaba, pero mientras observaba con descaro las reacciones de su condesa, mientras veía las facciones de ella, aceptando lo que él ofrecía y exigía, algo en su interior le apretó el corazón. Quería una vida con esa mujer a la que había admirado durante los dos últimos años desde las sombras, era preciso que la dama lo aceptase y lo perdonase.

En ese momento, justo cuando Evelyn sabía que volvería a descargar toda la necesidad para sentirse libre, abrió los ojos y se topó con los de Frederick. Era incapaz de dejar de gemir o suspirar.

En esa ocasión fue el estómago de Frederick el que se contrajo, y su virilidad latía con tal intensidad que estaba dolorido. El conde reconoció de inmediato la mirada de su esposa, era la de una mujer a punto de alcanzar el clímax.

—Es tuyo, amor, tanto como yo. Siente el placer tan magnífico que te proporciono, entrégate a él, a mí, vamos, alcánzalo… —murmuró, al tiempo que observaba los hermosos ojos de una mujer a punto de saciarse.

Apenas terminó de hablar cuando sus pestañas se juntaron, el cuerpo de Evelyn se tensó y su respiración se convirtió en un sollozo revelador. Una plenitud sublime la volvió a embargar y cuando terminó de sacudirse, una sonrisa cruzó su semblante.

Era maravilloso. Parecía más una ensoñación que la realidad. No podía creer estar viviendo esa pasión entre los dos. Era imposible que Rochester la tratara así, que se preocupara por colmarla con tantas nuevas y fantásticas atenciones.

—Es como un sueño del que no quiero despertarme nunca —ronroneó la condesa.

—Esta vez será diferente, te lo juro, amor —le dijo él—. Ahora quiero poseerte Evelyn —usó su nombre por primera vez desde que se iniciase su encuentro. Si ella se dio cuenta o no, él nunca lo sabría.

Frederick gimió y luego se colocó sobre la cama de rodillas para luchar contra el pantalón y la tela de los calzones. Logró liberar su palpitante erección y tuvo que usar toda su disciplina para vencer el impulso de sujetar su órgano y acariciarse con brusquedad para liberarse del dolor que lo consumía.

Fue imposible resistirse. El puño estaba ya sosteniendo su pesada virilidad, el pulgar rozó la hendidura de la punta y estaba húmedo. Sin dejar de observarla un instante y mientras ella le devolvía la mirada, comenzó a acariciarse, de arriba hacia abajo, con fuerza. La fuerza de su deseo lo tenía al borde, pero lo que más le sorprendió fue ver que su esposa estaba absorta mientras lo veía dándose placer. Los ojos de Evelyn volvían a brillar mientras lo veía a él gimiendo y retorciendo su pene con fuerza.

¿Le gustaba observarlo llevando a cabo una actividad tan decadente y privada?

Probablemente estuviese sorprendida por su necesidad de darse placer a sí mismo, aunque veía mucha curiosidad en ella.

—¿Sabes lo que necesito, amor?

—Sí.

—Entonces abre las piernas para mí.

Ella no se movió, tampoco dijo nada. Esa parte ya no le agradaba nada en absoluto.

Frederick no veía nada más allá de su propia lujuria, así que se colocó sobre ella y solo se dio cuenta de que su condesa estaba tensa cuando colocó su virilidad en su abertura y ella gritó:

—¡No, no! —se negó Eve.

Frederick se levantó un poco para verla con atención. Había pánico en su rostro. Comprendió de inmediato su inquietud y se maldijo.

—No tengas miedo, Evelyn, te juro por mi honor, ese que sé que crees que no tengo pero que te aseguro que está ahí, que no va a ser como la primera vez. Tienes que confiar en mí pese a que no te he dado motivos para hacerlo. Te he dado placer dos veces esta noche y tienes mi palabra de que habrá una tercera.

La besó tiernamente, dándole tiempo a que se negara. Trató de dominar sus impulsos, pero la deseaba demasiado. En cuanto vio que asentía tímidamente y la sintió más

relajada volvió al ataque. Entró en su interior poco a poco. Ella se tensó de inmediato y él apuró el acto hasta el final. Terminó enterrado hasta lo más profundo de su ser pero no quería moverse hasta ver la tranquilidad y la confianza en sus ojos. No podía dolerle, se había ocupado de que estuviese empapada y resbaladiza esa vez.

No.

No era momento de pensar en lo que le hizo en su noche de bodas. Fue un bruto, un desalmado que tendría que vivir con la culpa el resto de su vida, pero en esos instantes su deber era hacer que su esposa volviese a alcanzar el placer cuando él culminase y se juró que lo lograría costase lo que costase.

Movió la mano para llevar hasta el centro de placer de Evelyn. Ella lo había aceptado en su interior.

—¿Estás bien? —se obligó a preguntarle.

—Me siento… llena, muy llena, pero no duele.

—Vayamos juntos ahora.

Sin explicarse más, se preparó para mecerse contra ella al tiempo que su dedo la acariciaba sobre la perla. Dentro, fuera, llegando al borde exterior para quedarse allí sin salir por completo.

No tardó demasiado en hacer que su esposa olvidase el miedo y se concentrase en lo que hacían juntos.

El placer superó el temor de la dama, proporcionándole una gloriosa oleada que la hizo arquearse y jadear sin contención. Él estaba haciendo lo mismo. Suspirar, gruñir, jadear y derretirse, perderse en ella.

—Frederick… No puedo…

—Sí, si puedes volver a dármelo todo, lo soportarás y gritarás mi nombre tal y como yo pienso gritar el tuyo. ¿Me oyes, amor?

—Por Dios de todos los apóstoles, esto es demasiado, no puedo… soportarlo… por favor… —El placer era desquiciante, hasta el punto de necesitar descansar. Su cuerpo no podía tolerar más lo que él le daba.

—Eres mía, Evelyn. Dilo. Dilo ahora —le exigió.

—No quiero… no quiero ser tuya… —logró decir.

—Dilo, Evelyn. Me perteneces, y me lo dirás, se lo repetirás a todos lo que te pregunten si eres una mujer libre. ¿Me oyes, mi amor? —le ordenó—. Mía, mía, mía y solo mía. ¡Dilo! —gruñó sobre su boca. Mientras se balanceaba con certeza y firmeza a un ritmo trepidante sobre ella. Someterla mediante el placer no había estado sobre la mesa, pero, por Dios, que haría lo necesario para corregir los errores del pasado. Si tenían que iniciar su nueva vida bajo el manto de la lujuria que así fuese. Era un comienzo fascinante que haría que ambos se aceptasen y el amor comenzase a surgir entre ellos.

¿¡Amor!? El pensamiento lo dejó asombrado. Sí, quería que ella lo amase, era crucial que Evelyn lo perdonase y le diese una nueva oportunidad, pero más allá de eso, era necesario que ella entendiese que la amaba.

—Sí, sí. Soy tuya, Frederick. Solo tuya…

Los dos navegaron por el mar de la lujuria con destino a la culminación.

Evelyn se estremeció y sintió el chorro caliente derramándose en su interior. La semilla de su esposo marcándola, esta vez a fuego.

Se dejó caer sobre ella. Su espalda había sido rasgada por las uñas de su condesa. Esa pequeña mezcla de dolor y placer que Frederick sintió fue maravillosa. Su mujer lo había marcado a su modo también.

—Y yo soy tuyo. Te amo, Evelyn Adelaida Willbory, condesa de Rochester, y ocuparás tu lugar a mi lado como mi amante esposa.

Ella sonrió, no se podía creer lo que había pasado entre los dos, parecía un sueño del que pronto tendría que despertar.

—Hacía mucho tiempo que deseaba esto más que cualquier otra cosa en el mundo, tu amor, tu pasión... Aunque sé que mañana todo volverá a la normalidad, nunca podré olvidar esta noche —apuntó, cuando él se levantó para quitarse los pantalones y los calzones que tenía arremolinados en las pantorrillas.

Evelyn se ladeo dispuesta a dormir pensando que él se marcharía como la última vez. No se dio cuenta de que él regresó a su lado y la envolvió con sus brazos.

Tenía que dejarla descansar durante unas horas por lo menos. Frederick también se ocuparía de recuperar las fuerzas.

Aquella misma noche, cuando Frederick se dio cuenta de que su virilidad volvía a palpitar sobre las posaderas de su mujer, pues la tenía abrazada de tal modo que la espalda de Eve recaía sobre su pecho, tuvo la necesidad de volver a hacerle el amor.

Fue una noche memorable.

Un reencuentro esperanzador.

Sí. Eso era lo que parecía.

Capítulo 8

Alguien la estaba besando. Le molestaba que lo hiciera porque tenía demasiado sueño como para levantarse.

—No hay reuniones hoy. Quiero dormir.

—Y lo harás, Evelyn, solo quería que supieras que tengo que atender un asunto urgente y que espero que podamos comer juntos.

—Uhm… —La dama se dio la vuelta, al tiempo que el conde de Rochester se reía.

—Te dejaré descansar, amor, te lo mereces. —Si le hubiesen dicho que ella sería un volcán en sus manos… ¡Qué mujer! Y era suya. Toda ella le pertenecía por ley, después de la noche anterior, también su cuerpo y su alma eran suyos.

Esa mañana el conde lo veía todo muy diferente.

Más brillante.

Mejor.

Así que mientras Rochester se marchaba de la habitación, ella continuó acostada en la cama hasta que se dio cuenta de que había dormido lo suficiente.

Evelyn se levantó. Se sentía fatigada y cansada, pero casualmente había algo en su interior que parecía diferente. Se sentía satisfecha.

Cerró los ojos y se dio cuenta de todo lo que había pasado la noche anterior con él. Frederick. Él le había ordenado que lo llamase así mientras le hacía el amor. El hombre con el

que accedió a casarse, el que no se tomó ni un instante para conocerla y huyó despavorido a la mañana siguiente del enlace. Ese hombre la había amado como nunca creyó posible y le había dado la mejor noche de su vida. Tantas veces había soñado con que él se arrepentía de su decisión y se esforzaba por amarla.

Salió de la cama y sintió que su zona íntima estaba…

—¡Cielos!

Cerró los ojos y se llevó una mano hasta allí y descubrió que estaba húmeda, pringosa más bien. No había pensado en ello pero…habían yacido juntos. Él la sometió con caricias, besos y una gran cantidad de placer.

Separó los párpados y se dijo que no iba a preocuparse por lo sucedido. A fin de cuentas había sido convocada para fabricar un heredero y era muy posible que ya lo hubieran hecho ¿verdad? Tendría que hablar con él para comenzar con la negociación de un acuerdo satisfactorio para los dos.

Se llevó una mano al vientre y se descubrió sonriendo como una tonta. Un hijo. No solo un heredero.

—No podré hacerlo. Esto es… Por amor de Dios, Eve, ¿en qué estabas pensando cuando creíste que sería un acuerdo sin importancia? Habrá un bebé, un niño nacido de nuestra unión. Esto no puede salir bien…

Le prepararon un baño y le trajeron una bandeja, por lo visto el conde había ordenado ambas cosas y había apostado a una sirvienta en la puerta para que estuviese pendiente de cualquier movimiento y lo tuviese todo arreglado nada más ella se despertase.

La doncella le informó de que lord Rochester había dado orden de que trasladasen todas sus cosas a la habitación de la condesa. Claro que lo había dispuesto así, eso le confería mayor acceso a su cuerpo para poder reproducirse con rapidez.

El juego había terminado y era momento de planificar la negociación. Cuando bajó para enfrentarse a su verdugo, descubrió que no estaba en casa. Por descontado que Rochester había informado a todo su personal del trato que ella debía recibir como su esposa.

La duquesa de Stone le había mandado una invitación y como la condesa viuda no estaba tampoco cerca. Evelyn consideró que tendría que ir a disculparse con los duques y explicarles que no era la señorita Doyle.

Las humillaciones con Rochester no terminarían nunca.

Bien. Tenía algo que hacer esa mañana, porque no deseaba quedarse pensando en lo que había sucedido durante la noche en la cama con su marido.

—No es nada importante. Soy su esposa y es obligación de ambos yacer para traer un heredero. Sí, un bebé al que amaré hasta mi último aliento, pero que tiene que servir a los intereses de su malvado padre —se decía una y otra vez lady Rochester.

Cuando llegó a la puerta de los duques de Stone, descubrió que los anfitriones, ambos, la estaban esperando en la salita de recibir visitas. Esa vez no contaban con la presencia del marqués de Weberly. Se apenó por no ver al niño, desde que era consciente de que pronto sería madre, si Dios lo permitía, todo parecía haber cambiado en su interior. Los niños le daban alegría, pensar en ellos le producía felicidad.

—¿Azúcar? —le preguntó la duquesa, mientras servía el té.

—Una cucharada, gracias.

Felicity le tendió la taza y se dio cuenta de que ella ni su marido se había servido un té. La estaban mirando con muchísima fijación. Tomó un sorbo y dejó la taza sobre la mesa más próxima.

—¿Estaba envenenado el té y esperan que acabe tendida sobre el suelo? —preguntó con humor para romper la tensión que había en el ambiente.

—No hay una manera fácil de decir esto —comenzó a explicar Felicity—, así que lo diré sin preámbulos.

—Adelante —le dijo Evelyn sin saber lo que estaba a punto de escuchar.

—Rochester sabe que eres su esposa y no entró al burdel porque pensase hacer algo descabellado, sino porque te pescó mientras lo espiabas y quería ver si lo seguirías hasta allí dentro.

—¡Felicity! —saltó el duque—. Me dijiste que no te pondrías de parte de Freddy y a la menor oportunidad te lanzas a salvarlo —le recriminó su esposo.

—Por amor de Dios, Faran. Su mujer creerá que no eres el mejor amigo de Freddy, más bien estará pensando que eres su mayor enemigo. Estamos hablando de su esposa, si yo te hubiese visto entrar en un lugar de pecado…

—¡Pero no es de mí de quién estamos hablando! —se quejó el duque—. Deja que Rochester sufra un poco por su esposa.

—¡No puedo hacerlo, mi amor! Sencillamente no puedo consentir que ella piense que Freddy es un mal tipo cuando no lo es en absoluto. Me ayudó muchísimo cuando tú fuiste un demonio conmigo. Devolverle el favor es lo mínimo que puedo hacer.

Stone masculló algo por lo bajo lleno de irritación, pero no rebatió lo que su duquesa había dicho.

Cuando hubo silencio. Evelyn se dio cuenta de que ambos estaban esperando algún tipo de explicación por su parte.

La dama carraspeó antes de hablar.

—Venía precisamente hacia aquí para disculparme por el engaño. Como ya saben, soy la…

—No uses la formalidad, Evelyn —la interrumpió Felicity. No pasó desapercibido el uso de su nombre real—. Ya te siento como una amiga, por favor sigue.

—Sí. Te lo agradezco, Felicity —le correspondió a su generosidad en el trato cercano—. Bueno, yo creo que estáis al tanto de todo lo que tiene que ver en nuestra relación. Pero antes de todo, me disculpo por haber mentido sobre mi identidad.

—Oh, no, no. —La interrumpió la duquesa de Stone—. Entendemos que Rochester debe ser castigado de algún modo por… bueno… —Felicity suspiró—. No tiene caso andarse por las ramas. Como has comprobado, mi marido y el tuyo tienen una relación un tanto peculiar, y quiero pensar que detrás de ese sentimiento de irritación que existe entre los dos, se quieren y respetan… Aunque a veces no lo parezca —dijo por lo bajo—. Así que sabemos que Freddy se casó contigo forzado por su padre, y que como Rochester y el anterior conde nunca se llevaron bien, él no te aceptó y que te dejó de lado durante dos años. Y luego está el asunto del accidente de tu padre, del que yo misma responsabilizaría a Freddy, aunque los accidentes… Por favor, no te enfades conmigo por ser tan directa, solo quiero ayudar y me parece que necesitas una amiga con la que hablar, o con la que urdir algún plan o sencillamente puedes mandarme a Jericó y no me meteré en nada si no lo deseas.

—Felicity —la llamó su esposo—, lady Rochester debe saber que tú estás en el bando de Freddy y que estás dispuesta a luchar por el amor y la reconciliación.

—Por supuesto que sí, mi amor. Evelyn ya debe haberlo supuesto y sigue aquí sentada escuchando mis tonterías. ¿Quieres irte, querida amiga? —le preguntó directamente a la condesa—. Porque lo entenderé si lo haces y no te culparé. Stone y yo solo queríamos asegurarnos de que estabas bien y recordarte que si precisas nuestra ayuda, con lo que sea, te la ofreceremos sin dudar.

—Ahora es cuando a mí me toca alegar que puede unirse a mí —terció el duque— y darle un merecido escarmiento a Rochester. Soy capaz urdir un plan de lo más agradable que lo hará ponerse de rodillas.

—¿A qué te refieres, mi amor?

—Pensaba ofrecerle una invitación a la condesa para que acepte ser nuestra invitada. A Freddy no le agradará saber que su esposa se ha establecido precisamente en mi casa, pero sería muy agradable…

No pudo contenerse. Mientras el duque hablaba sobre ofrecerle cobijo y apoyo contra su esposo, Evelyn se encontró derramando lágrimas y no tardó ni un segundo en comenzar a sollozar.

—¡Ya has hecho llorar a mi nueva amiga, Stone! —lo acusó Felicity, usando el título de su marido para indicarle que estaba muy enfadada con él.

—No era mi intención. —Faran se había puesto ya de pie y estaba dándole un pañuelo blanco con su inicial bordada para que se secase las lágrimas—. Le pido mis más sinceras disculpas si la he ofendido, lady Rochester. No le mentí cuando le aseguré que cuenta en mí con un gran y devoto amigo. Sea lo que sea que la disguste, haré lo que esté en mi mano para ayudarla.

—Lo siento —les dijo a ambos tratando de controlar su llanto—. Es que… yo… Frederick… y Agatha… Y luego está lo de anoche y esta mañana…

Los duques de Stone no entendían ni una palabra. Felicity se hizo cargo de la situación.

—Mi amor, creo que las damas tenemos que mantener una conversación privada. —Felicity ladeó el rostro para buscar el de Evelyn—. A no ser que prefieras que te dejemos sola y puedas tranquilizarte. —Lady Rochester negó con la cabeza—. Bien, entonces mi esposo nos dejará tener un poco de intimidad y charlaremos.

—¿Seguro que no es necesaria mi presencia? Nunca me ha gustado ver llorar a una mujer, si la hace feliz, podría ir a buscar a Rochester y darle un par de puñetazos en su nombre, o algo similar.

Evelyn sonrió, pero negó con la cabeza.

El duque se despidió de las dos y se fue de allí, dejando la puerta cerrada para que pudiesen hablar.

—Lo siento, Evelyn. Yo antes era de naturaleza tímida, desde que me casé con Stone… Digamos que él me hace sentir tan segura que he vencido todos mis miedos y tiendo a hablar más de la cuenta aunque las personas no me hayan pedido ni mi opinión ni mi ayuda.

—No importa. Es culpa mía. Yo… Lo siento por este arrebato —se volvió a disculpar.

—¿Te apetece hablar sobre lo que te preocupa? Soy muy consciente de que nos acabamos de conocer, pero si no quieres compartir conmigo tus problemas, te recomendaría que hablases con alguna amiga. Es evidente que sufres. No lo digo solo por el llanto tan desconsolado que acabo de presenciar. Son tus ojos, Evelyn, desde que has entrado he visto que no eres la misma de ayer. Ya sabes, algo ha cambiado, no sé bien lo que puede haber sido, pero ayer mismo tenías en tu mirada una fuerza y tenacidad que parecen haber desaparecido. Si puedo ayudarte, aquí estoy —se ofreció.

—No tengo a nadie en Londres con quien podría sincerarme sin hacer un espectáculo. Solo confesaría mis miserias ante la madre de Frederick y no puedo hacerlo porque es precisamente su hijo el que… —No supo cómo continuar la frase y se silenció. Suspiró. Ya se había calmado y no estaba llorando—. Las cosas son muy complicadas. Estoy aquí porque soy su esposa, aunque comienzo a pensar que no habrá nadie en la ciudad que esté al tanto de que contrajimos matrimonios años atrás.

—Lo siento. Stone sí que lo sabía, yo no tenía la menor idea.

—A eso me refiero. No tuve que haber llegado tan lejos. Debí decirle a mi padre que… —Estaba superada por la situación.

—Te entiendo. Yo también tuve un padre al que jamás me atreví a cuestionar y una madre que se atrevió a venderme y trató de hacer lo mismo con mi hermana más pequeña. Por fortuna, acabé ligada a Stone y todo se solucionó. Si te confío estos asuntos sobre mí, es para que veas que confío en ti y en que tú puedes hacer lo mismo.

—Tu historia parece fascinante.

—Oh, ahora que lo veo con perspectiva no me arrepiento de nada de lo que tuvo que suceder para llegar hasta Stone, pero el camino no fue sencillo en absoluto. Mejor veamos si podemos ver alguna solución a tu caso. Las mujeres juntas, unidas me refiero, seríamos capaces de dirigir el mundo si los hombres no se empeñasen en hacernos creer que somos criaturas tan débiles que necesitamos ser protegidas y cuidadas por ellos.

Evelyn se sonrió.

—Dirijo la fábrica de mi padre en Watford.

—Lo sé, por eso es por lo que te considero tan fascinante.

—Bien. El mayor problema al que me enfrento ahora mismo es que soy… yo… resulta que…

Felicity, quien estaba ya sentada a su lado, le tomó la mano y se la apretó en señal de apoyo.

—Todo está bien, querida amiga mía. No tienes que contarme nada que no desees.

—No, no es eso es que es un poco complejo de explicar sin sonrojarme —admitió.

—¿Es un asunto de cama? —preguntó con suavidad Felicity. Evelyn asintió.

—Estoy aquí porque debo darle un heredero y no sé cómo ocurrió, pero anoche él… Yo…

—Comprendo. —Así que Evelyn se había jurado que Rochester siempre sería su enemigo pero a buen seguro nada más la besó todo lo demás careció de sentido—. No serás la primera mujer que se olvida de sus pensamientos cuando un hombre hace su magia. Tampoco la última. Yo misma soy la prueba de que pese a que Stone fue un monstruo en su momento, y me propuse odiarlo con todas mis fuerzas, solo le bastó con darme una larga mirada y mis rodillas comenzaron a temblar.

—Es todavía más complicado de lo que supones, porque cuando nos casamos y él consumó nuestro matrimonio… Digamos que fue algo horroroso que yo esperaba no tener que repetir. Luego nos separamos, has hecho antes un buen resumen de cómo han sido las cosas entre Rochester y yo, incluido el accidente de mi padre. Así que dejé atrás a Frederick sin complicaciones, pero después de lo que sucedió entre ambos anoche… Yo… —Era horrible estar así. Se sentía como si se estuviese traicionando a sí misma.

No podía dejar de pensar en que no fue un sueño. Fue una realidad y era tan… tan… tan… tan ¡maravillosa! Sí, eso, era tan maravillosa que solo quería volver a repetirlo. ¡No debía!

—Uhm… Así que debo suponer que fue un patán la primera vez, y en cambio se transformó en un amante experto anoche mismo. —Evelyn afirmó con la cabeza.

—Yo… No sé lo que pasó. Entró a mi habitación a traición y al minuto siguiente estaba besándolo y un poco después estábamos en… la cama. Y hoy… hoy todo parece

diferente y no sé ni quién soy. Me ha despojado de mi voluntad. No me siento yo misma. Llevo dos años sin pensar en mi matrimonio, lo cual no era difícil porque no se ha acordado de mí hasta que un día se despertó y decidió que era momento de fabricar un bebé. Yo era feliz, estando lejos. Sabía quién era yo. Unas pocas horas aquí y… —Suspiró—. Es la soledad. Tiene que serlo. Me ha pillado desprevenida, con la guardia baja y… Dios —susurró—. Besa demasiado bien, y luego está el hecho de que es un tirano al que no se le puede negar nada, y por supuesto tiene derecho a exigir que yo… ya sabes, soy su esposa y… pero, por otro lado, ¿debo dejarle conseguir todo con tanta facilidad? ¡Soy tan tonta!

—No, en absoluto eres lo que acabas de decir. Sé lo que es. Entiendo por lo que estás pasando. Te sorprendería saber cuánto me identifico contigo. No mentía cuando dije que Stone fue un diablo conmigo y que tuve que recurrir a Freddy para que me ayudase en el pasado hasta que mi esposo decidió entrar en razón. Creo que nacen así, sintiendo que las mujeres que aman tienen que demostrar que son capaces de soportar lo que ellos decidan arrojarnos. No puedo justificar lo que Rochester te hizo, y no lo haría ni aunque pudiese. Él deberá lidiar con las consecuencias de sus actos, tal y como Stone tuvo que hacer.

—¿Te hizo daño tu marido? —inquirió con suavidad.

—Muchísimo. Creía que no podría perdonarlo jamás. Ahí está el asunto. Se esforzó y yo decidí que tan malo como había sido, también era posible que fuese lo mejor que me sucediera en la vida. Lo conocía desde hacía años y creo que siempre estuve medio enamorada de él aunque yo no quisiera admitirlo. Stone estaba comprometido con mi hermana, la cual pudo ser envidiada por Afrodita mismo debido a su belleza. Luego mi esposo tuvo aquel accidente y se quedó desfigurado. Te agradezco que no hayas sacado a colación nada ni que te estremecieras al verlo la primera vez. Es lo que suelen hacer, y ha aprendido a convivir con eso, pero nunca volverá a ser el mismo.

—Tu historia tiene pinta de ser muy interesante —observó Evelyn.

—Lo es, pero es la tuya es lo que nos preocupa ahora.

—Conocí a Frederick cuando era una jovencita. Estuvimos juntos en una fiesta campestre durante una semana creo recordar. Nuestros padres contaban con amigos en común. Yo tendría unos catorce años y él cuatro más que yo. No me prestó atención, por supuesto. Tan solo era una mocosa admirando a un muchacho que por aquel entonces ya era apuesto y… bueno. Creo que nunca ha tenido problemas para llamar la atención de una mujer. Mi padre, Edward Morton, se dio cuenta de inmediato de que yo estaba embelesada con él. El hombre que me dio la vida hubiera sido capaz de darme la luna si yo se la hubiese pedido. Ya supondrás que a Morton le gustaban los desafíos. Acabé comprometida con Frederick y… Nada ha salido bien desde que puse los ojos en el conde siendo una jovencita consentida de catorce años. Él no me quería entonces y desde luego no lo hace ahora. Así que lo que más me molesta de todo esto es que juegue conmigo.

—¿A qué te refieres? ¿Es por el hecho de que no reconociese que sabía que eras su esposa en cuanto te vio?

—Oh, no. Yo ya me imaginaba que él estaba al tanto de mi identidad, del mismo modo que yo era consciente de que Rochester estaba jugando también al despiste. Lo que digo es que hubiese preferido que lo que sucedió anoche hubiera sido como la primera vez, porque así ahora yo no tendría dudas sobre mis propios sentimientos.

—¿Tanto se esforzó? —preguntó con mucha suavidad.

—Más que eso. Por un instante creí que…

—¿Qué? —La curiosidad la estaba matando y sabía que estaba siendo demasiado exigente al presionarla. Ay, pero ¿y si triunfase el amor?

—Me hizo creer que me amaba, incluso creo que lo dijo en algún momento y estoy furiosa con él.

—Te dice que te ama, se acuesta contigo y te hace el amor como un esposo debería hacérselo siempre a su mujer, y tú… ¿estás enfadada?

Evelyn se masajeó las sienes.

—Sé que es extraño, pero es así. Frederick no tenía derecho a desestabilizar todo mi mundo. Yo no confío en él. No cuando Lucas me acaba de decir que él… —se calló de repente y cerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas y tuvo que volver a hacer uso del pañuelo de Stone.

—Uhm… Hay un Lucas… —observó con cierta sutilidad.

—Sí. Es mi primo y me ha confesado hace apenas unos días que está enamorado de mí. Y él es un buen hombre, se ha preocupado por mí desde que lo conozco y mi padre no lo tuvo en cuenta, supongo que porque yo ya me había fijado en Frederick, y… Lucas es todo lo que una mujer podría pedirle a su pretendiente —se confesó con el corazón en la mano.

—Te entiendo. Así que ahora mismo cuentas con la atención de dos hombres.

—Sí.

—Pero eres la esposa de uno de ellos y eres consciente de que como condesa debes traer al mundo al futuro conde.

—Tenía un plan. Cuando llegué iba a proponerle a Frederick un arreglo. Comprendo que estamos unidos hasta que la muerte nos separe y que el futuro de todo su linaje, título y fortuna, la que proveyó mi padre al aportar mi escandalosa dote al matrimonio, tienen que ir a su hijo, a nuestro hijo —se corrigió de inmediato—, así que como yo era una molestia que él no toleraba, creía que sería pan comido convencerlo para que siguiese alejado de mí y que yo…

—Lucas —dijo en voz baja.

—Sí. Yo… Nadie me quería, Felicity. Estaba muy sola y cuando Lucas habló…

—¿Amas a ese otro hombre?

—Yo… Ahora mismo no sé lo que hay en mi cabeza y mucho menos en mi corazón. Una noche, una sola noche le ha bastado para que me derrumbase. Es injusto. Yo tenía un plan y ahora todo se ha complicado.

—¿Por qué no puedes dejar de pensar en lo que hizo, lo bien que lo hizo y en cuánto te gustaría volver a repetirlo? —Evelyn asintió, un golpe de cabeza firme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado en tus zapatos antes.

—Esto es una locura.

—Tal vez no debería decirte esto, creo que estoy violando la confianza de Freddy y la de mi esposo, pero a mí me gustaría saberlo si estuviese en tu caso.

—¿El qué?

—No has estado lejos de Freddy nunca.

—¿Qué? —No la había entendido.

—Tu esposo puede haber estado viviendo en Londres mientras que tú lo hacías en Watford, aunque te aseguro que él sabía en todo momento lo que hacías y lo que no. Incluso te ha mandado a la fábrica varios comerciantes a los que recomendó invertir en el cristal que fabricas.

—No. Lo que dices es imposible. Frederick me sacrificaría como un peón si pudiese, es por eso por lo que no entiendo este juego que ha puesto en marcha. Tiene que ser un

juego, una broma. Está simulando que me ama para darme algún tipo de lección. Debo haber hecho algo que lo…

—Atiéndeme —la interrumpió Felicity—. Stone me confesó que Freddy tenía un espía.

—¿Un qué?

—Alguien cercano a ti le escribía con mucha frecuencia para explicarle todos tus movimientos. Ahora que lo pienso con detenimiento, ¿no crees que resulta sospechoso que Lucas hablase sobre tus sentimientos y fueses convocada a toda prisa en Londres para cumplir con tu obligación?

—¿Qué insinúas?

Felicity comenzó a cabecear. Veía el rompecabezas con claridad.

—Lo que oyes. Frederick te ha traído aquí precisamente porque no le eres tan indiferente como crees. Ha debido enterarse de que has despertado el interés de otro caballero y está dispuesto a reclamar lo que es suyo.

—No puede ser.

—¿No? —preguntó con una ceja alzada.

—Sí, entiendo que ha estado espiándome, no sé quién habrá podido contarle mis asuntos, sin embargo… Orgullo. Es por orgullo. No me quiere, pero tampoco está dispuesto a que pueda amarme otro —cayó en la cuenta de ese hecho y se enfureció.

—No, no creo que sea eso. Conozco a Freddy un poco, no es tan retorcido. Considero que no ha sabido cómo actuar, por el accidente de tu padre y todo eso, y que ha decidido mover ficha porque es consciente de que o lo hace ahora o no podrá recuperarte después.

—Estoy segura de que te equivocas.

Evelyn se levantó de inmediato.

—¿A dónde vas? —inquirió Felicity sorprendida por la violencia del gesto.

—A su casa, porque voy a averiguar de inmediato lo que él se propone.

No iba dejar que se saliese con la suya. No era un juguete para que él la reclamase solo porque otro estaba interesado en *jugar* con ella.

Si tan solo pudiese olvidar lo que fueron sus besos, sus exigencias, sus caricias, y todo lo demás durante un rato, podría concentrarse en regañarlo como se merecía.

Rezó a Dios para ser fuerte y no acabar echada a sus pies.

¡No! No volvería a ser débil.

La noche anterior ocurrió porque ella estaba cansada por el viaje, se había enfriado por el clima y sufrió algún tipo de enfermedad que la hizo…

¡Oh, Dios de los apóstoles!

¡Qué calamidad!

Capítulo 9

Eran las doce y media y ella no aparecía por ningún lugar. Estaba en su despacho, preocupado por su esposa. Lord Rochester se había levantado por la mañana con la idea de ir a visitar al joyero. Ella no llevaba su alianza de boda. Él tampoco, pero eso iba a cambiar.

Le había comprado un anillo con un rubí y dos diamantes a cada lado. Era el anillo de compromiso que nunca recibió.

Al regresar a casa con el estuche en el bolsillo interior de la chaqueta, preguntó de inmediato si su condesa se había despertado y cuando le dijeron que ella había salido… Rochester subió de dos en dos los escalones para ver si lo había abandonado. Sus cosas estaban siendo trasladadas a la habitación de la condesa, a donde ella pertenecía. Esa noche le haría el amor en su cama. De hecho, iba a despertarse cada día a su lado y cuando la necesitase le haría el amor, no importaba qué hora del día o de la noche fuese. Le ofrecería la misma cortesía, si ella tenía ganas de retozar, él lo haría cuando su esposa lo necesitase. Les iría bien.

Un hombre y una mujer no hacían el amor del modo en el que lo habían hecho sin que hubiese algo poderoso entre ellos. Evelyn se había deshecho en sus brazos. Él no se quedó atrás. La necesitaba.

Escuchó la puerta principal y salió de inmediato al recibidor. La vio entonces. Tan triste que le conmovió el corazón. Todo era culpa de él.

—¿Dónde has estado? —le preguntó más brusco de lo que pretendió.

—Tenemos que hablar.

—Sí, ya lo supongo. ¿De dónde vienes? —insistió.

—De dar un paseo.

—¿Dónde?

—Por la calle.

—¿Con quién?

—No es de tu incumbencia —lo frenó.

—Yo creo que sí. Eres mi esposa, Evelyn. No la señorita Doyle, y por descontado que jamás podrás convertirte en la señora Doyle. —Oh, sí. Los celos lo tenían al borde. Incluso sabiendo que ella se veía muy triste y quería borrarle la tristeza de un plumazo, los amargos celos le imposibilitaban comportarse mejor. Se imaginaba que Lucas habría ido corriendo tras sus pasos y que seguramente se habían citado esa misma mañana. Tenía que ser eso. Ella no tenía conocidos en Londres y su madre se había ido temprano de casa y no había estado en compañía de su condesa.

Eve, que había escuchado con atención lo que había dicho su esposo se cuadró.

—Así que es verdad. Estás al tanto de mi vida. Tienes un espía trabajando para ti.

—¿Eso es lo que te ha contado tu adorado Lucas Doyle, Evelyn?

—¿Qué te importará a ti mi vida?

—Entra en mi despacho. Ya hemos dado mucho de qué hablar. Hagamos esto un poco privado —alegó, sospechando que los sirvientes los habrían estado escuchando.

Lady Rochester no tuvo más remedio que seguir su mandato. Cuando entró, él cerró la puerta. Lo sintió a su espalda. De pronto las manos del conde estaban sobre sus hombros. Le dio la vuelta y la acercó para darle un beso en la boca. Evelyn ladeó el rostro justo cuando él estaba punto de llegar a su objetivo y los labios de Freddy terminaron en su mejilla.

—¿Por qué me niegas ahora lo que anoche me ofrecías tan desinteresadamente, Evelyn?

—¿Cuándo vas a dejar de jugar conmigo, Rochester? —lo desafió.

Estaban todavía muy juntos. Ella no osaba moverse y él la tenía sujeta por la cintura.

—¿Jugar, yo? ¿Contigo? Creo que fuiste tú la que se presentó con un nombre falso.

—Fuiste tú el que se marchó a la mañana siguiente de nuestra boda.

—Sí. Eso hice y tu padre murió por seguirme.

—Exacto.

—No quería hacer esto ahora mismo, Evelyn. No después de lo que compartimos anoche. Todavía puedo sentirte temblar bajo mi cuerpo, incluso tengo grabado en mi lengua el dulce sabor almizclado de tu sexo.

—¿Así es cómo lo vas a hacer? ¿Usando mi debilidad para someterme?

—¿Debilidad? —se tensó—. Creo que no fue debilidad. Me deseabas tanto como yo a ti. Soy tu esposo y eres mi mujer, no hicimos más que cumplir con nuestro deber.

—Entonces negociemos las condiciones de nuestro deber.

—¿Qué condiciones?

—Tú quieres un hijo y yo deseo la libertad. No tiene caso que nos andemos con subterfugios innecesarios.

—¿Qué parte de estar casada conmigo no has entendido, Evelyn? No puedes ser una mujer libre.

—Yo creo que sí. Llevo siéndolo dos años.

—No. Yo llevo dos años permitiendo que creyeses que eras libre. Son dos cosas muy diferentes.

—Entonces quiero volver a estar como antes. Tú aquí, yo en mi casa y sin que…

Lo vio todo rojo. Frederick, tan comedido como solía ser, perdió los nervios. En un pestañeo la tenía apoyada contra la pared más cercana, su pecho sobre los senos de Evelyn. Ella no se asustó. No iba a darle ese poder.

—Hace un par de horas me suplicabas para que no me detuviera, hace un par de horas mi lengua estaba en tu boca, saboreándote entre las piernas, hace un par de horas mi

virilidad te daba tanto placer como para rogar que jamás me detuviese. —No le dio opción a responder. Bajó el rostro y reclamó la boca de Evelyn.

Ella trató de luchar. Comenzó a aporrearle el pecho con sus puños, eso duró hasta que pasó la lengua por sus labios.

Se rindió a su exigencia tan pronto, que se avergonzó de sí misma. No importaba. Era culpa de él. De sus besos. Era un maestro y ella no podía competir con alguien con su experiencia. La estaba seduciendo. Cada vez que tuviesen algún desacuerdo, Frederick usaría el poder que había descubierto que tenía sobre ella para obligarla a claudicar. Y pese a saber ese hecho, ahí estaba Evelyn, echándole las manos al cuello y devolviéndole el beso con la misma intensidad.

—Dilo. Dilo y no vuelvas a olvidarlo.

La mano derecha de su marido le había levantado la falda y sorteaba las enaguas para buscar su sexo. La encontró húmeda y se fascinó con lo rápido y bien que respondía a su toque.

—Frederick… —suspiró, cuando él introdujo el primero de sus dedos en su interior.

—Ahora di a quién perteneces, Evelyn. —Incrementó el ritmo de la penetración y su pulgar estaba rodando sobre ese pedacito de carne que la volvía loca.

—Por favor… No puedo…

—Dilo, amor. Solo di que eres mía y me tendrás dentro. Sé que con mis dedos no te basta. Reconoce que eres mía y solo mía y ambos tendremos lo que necesitamos. Vamos, Evelyn, sé honesta contigo misma porque yo sé exactamente que me deseas con una intensidad que te hace sentir pánico.

—Frederick… por favor.

—¿Por favor qué, amor? ¿Necesitas que pare o quieres que te llene con mi carne?

—Sí, sí.

—Dilo, Evelyn.

—¡Tuya, maldita sea! Soy tuya —gritó ella.

—Muy bien.

Sin despegarse de ella, se apresuró a bajarse los pantalones y al siguiente segundo la tenía contra la pared, bien sujeta por las nalgas mientras la penetraba con fuerza. Estaba hundido hasta la empuñadura. Ella había gemido cuando se metió en su interior de una sola estocada. Él también. Placer en su punto álgido.

Comenzó a moverse sin delicadeza. Con fuerza, con rudeza. Ella tenía que entender que le pertenecía a él, que ningún otro le daría lo que él podría ofrecerle.

—Soy yo, Evelyn. Ni Lucas, ni ningún otro, más vale que lo recuerdes, porque nadie te hará el amor con esta pasión, como si fueses el aire que necesito para respirar, como si fuese a morirme si no te tengo así. ¿Lo entiendes? Eres mi esposa. He tardado dos años en tenerte así, pero no pensarás ni por un momento en otro hombre, no mientras soy yo quien te hace olvidarte de la venganza y logra que te concentres solo en mí.

—Oh, Dios, oh, Dios… Ahí viene, no puedo más… Sí, sí, sí ¡síííií!

—Síííííí. ¡Míííiaaaaa!

Los dos se unieron en la cúspide del placer. Algo hermoso que los unía pero que cuando finalizaba los dejaba paralizados ante a realidad, al menos a ella le ocurría así.

Freddy no parecía dispuesto a soltarla, la seguía manteniendo sujeta por las posaderas y su virilidad estaba enterrada todavía en su interior. Evelyn mantenía apoyada la cabeza sobre su hombro. Ambos estaban recuperando el aliento después de un asalto tan excitante y rápido.

—Esto es una locura… —susurró la condesa.

—Una deliciosa. Ahora dime dónde has estado esta mañana, Evelyn.

—¿Vas a hacerme otro interrogatorio? —dijo desafiante.

—Estoy más tranquilo después de… —No se atrevió a reconocer que era un hombre demasiado exigente y con un apetito voraz. Aunque ella toleraba muy bien sus excesos. Otra prueba más de que era la indicada para vivir a su lado.

—¿Lo estás? —Ella estaba muy nerviosa.

—Sí. Por lo tanto no voy a levantarte la voz. Me comportaré, tienes mi palabra.

—¿Y piensas soltarme en algún momento, Frederick?

—Por ahora no —le confesó.

—¿Cuándo comenzaste a pensar que me querías atada a ti? Debo de ser muy espectacular para que haya provocado tal efecto en ti con tanta rapidez.

—¿Estamos manteniendo una nueva discusión, Evelyn?

—¿Cuándo no lo hacemos? —rebatió ella cantarina.

—Pues, cuando te beso o te hago el amor, por ejemplo. Cosa que te agrada tanto o más que a mí hacer.

—¿Voy a ser acusada de libertina, Frederick?

—¿Es necesario que peleemos después de lo que acabamos de compartir?

—No lo hagas sonar como si fuese algo especial —le dijo con rabia—. Los dos somos muy conscientes de que estoy aquí porque es hora de que alumbre a tu hijo. Lo que hacemos es solo eso.

Ahí el conde supo que era necesario separarse de ella porque estaba comenzando a irritarse muchísimo con lo que estaba insinuando. No. No era solo fornicar para procrear. Era mucho más. Muchísimo más y lo asustaba sentirse de ese modo tan inesperado. Dos años sin estar con una mujer lo habían dejado vulnerable. O en verdad ella sí era tan espectacular como la sentía…

La dejó en el suelo con cuidado, se adecentó con un pañuelo que luego dobló y le pasó a ella. Evelyn comenzó también a recomponer su vestido.

Ambos se miraron el uno al otro entonces. Él se veía muy fiero, mientras que su esposa estaba adorable, con el pelo revuelto y las mejillas encendidas. Su miembro viril se removió inquieto. Él maldijo en silencio. ¿Alguna vez se cansaría de hacerle el amor? Lo dudaba mucho. Y si ella seguía pensando que la finalidad de su acoplamiento era solo para procrear, iba a tener que aclararle las cosas.

—Hablemos claro —propuso el conde.

—Estoy deseándolo. Te confieso que también me sorprende tu propuesta, pues llevas más de dos años sin atreverte a hacerlo.

Rochester sonrió de lado.

—Tienes el espíritu de tu padre, no hay duda de eso. No hay ni una pizca de docilidad en ti. Eres valiente, y si yo fuese otra clase de hombre estarías en peligro, Evelyn. No todos admiran a una mujer por su fortaleza, hay a quienes les gusta aplacarlas. Mi madre misma podría explicarte un par de cosas.

—¿Qué tiene que ver Agatha con esto ahora? Y te aconsejo que no hables de mi padre, Frederick. Es un asunto que no te conviene tratar conmigo.

—Es necesario que te explique un par de cosas, y me temo que traer a colación a tu padre y al mío va a ser necesario. Lo primero es que Edward Morton te entregó a mí y se aseguró de que yo no tuviese escapatoria. A mí, Evelyn, no a tu primo, al que Morton tenía cerca o a ningún otro. A mí —recalcó con locuacidad.

Evelyn sentía que la cabeza estaba comenzando a dolerle.

—Estoy cansada, Frederick. Subiré y…

—Siéntate, Evelyn —le dijo con una mordacidad que ella se quedó helada. Él se dio cuenta de cómo había sonado su orden—. Por favor, toma asiento —se enmendó de inmediato.

Ella le hizo caso. Se acomodó en un sofá y él se sentó a su lado.

—¿Quieres que pida un…?

—No —lo cortó sabiendo que iba a ofrecerle un refrigerio.

—Bien. Empezaré por el principio. Mi padre y yo…

—No hace falta, conozco esa historia. Tú lo odiabas y él quería que fueses su vivo retrato. Así que cuando me eligió para ser la próxima condesa de Rochester te enfadaste y yo resulté ser un daño colateral en vuestros asuntos. Nos casamos, te levantaste a la mañana siguiente y decidiste que habías cumplido con lo que mi padre te ordeno, así que te marchaste. Morton, que jamás se rendía, fue tras de ti y murió. Y aquí estamos. Tú y yo, atrapados en un matrimonio del que no podemos escapar y que exige un vástago. Ya está.

—Lo has resumido bastante bien, Evelyn, pero te faltan detalles. No odiaba a mi padre porque no me hacía caso o no me compró el poni que yo quería siendo pequeño. Sigo odiando a mi padre porque él representaba el mal y trató de destruir a mi madre y a mis dos hermanos porque yo no era lo suficientemente fuerte. Le gustaba usar la fusta, y no solo con los

pobres caballos que montaba. Yo era el único que no sufría ese tipo de tortura pero sí el resto. Todo lo que me imponía el anterior conde estaba envenenado y por lo tanto yo lo rechazaba.

—Incluida yo. —Le dolía el corazón. No se imaginaba a Agatha en una situación así, sometida a la fustigación de un loco, o sabiendo que sus otros dos hijos también tenían su propia cuota.

—Incluida tú, sí. Y tú, Evelyn has sido mi mayor error.

—Muchas gracias —bufó.

Rochester le cogió la mano y se la colocó entre las suyas. La obligó a dejarla ahí cuando ella pretendió quitarla.

—No me estás entendiendo. Tuve que haber confiado en mi instinto cuando…

—¿Cuándo, Frederick? ¿Cuando te metiste en la cama conmigo la primera vez y me hiciste creer que yacer con un hombre era un acto de verdadero sacrificio para una mujer?

—Lo siento.

—No me sirven de nada las disculpas.

—¿No vas a poder perdonarme, Evelyn? Ya has visto que podemos hacerlo bien. Solo es necesario olvidar el pasado.

Ella lo miró con una frialdad que hasta el momento Freddy no había visto jamás.

—Trae a mi padre de regreso a mi lado y entonces, y solo entonces, valoraré la conveniencia de pensar en si podría o no perdonarte.

—Hablas como él. Eres igual que él. Así que no hace falta que te lo traiga, porque además de que me es imposible obrar un milagro como el que el Mesías hizo con Lázaro, Morton vive en ti.

—Entonces esto sigue siendo un matrimonio de conveniencia, Frederick.

—¿Y si lo es, por qué me doy cuenta de que sigues llamándome tal y como te pedí que lo hicieras mientras te hacía el amor anoche, Evelyn? Acepta que me deseas como jamás podrás desear y ver a otro hombre. No te hace ser débil reconocer que estás bien conmigo, y que con el tiempo…

—¿Con el tiempo? —Ella se rio sin gracia—. ¿Acaso vas a insinuar que con el tiempo seremos una feliz pareja enamorada, Rochester? —usó su título con toda la intencionalidad del mundo.

—Me castigas porque sientes que así estás siendo más leal a lo que deberías sentir por el hombre que fue responsable de arrebatarte a tu padre. No hace falta que lo hagas, Morton estaba destinado a ser el gran amor de mi madre y se lo quité. No solo te lo hurté todo a ti, se lo arrebaté a la mujer que más merecía en el mundo una segunda oportunidad en el amor. Esa culpa no podré vencerla jamás. La he aceptado, sin embargo, contigo no estoy dispuesto a rendirme, Evelyn. Me fui a la mañana siguiente porque tenía que hacerlo. Sé bien cómo me comporté contigo durante el día, y muy especialmente, durante la noche de nuestra boda. Irme me pareció que era la mejor solución para calmarme y no hacerte pagar por mi rabia.

—Enhorabuena, Rochester. Has tenido más de dos años para poder… calmarte —ironizó ella.

—Debes ser formidable cuando te enfrentas a un hombre de negocios que te subestima.

—Una sutil forma de llamarme arpía.

Él suspiró. No le estaba poniendo las cosas fáciles y no podía culparla por ello.

—Estuve con tu padre cuando falleció. Morton tenía sus propios espías también y dio con mi paradero de inmediato. —Ahí él tuvo su completa atención—. Acababa de llegar a una posada. Quería encerrarme en un lugar sin que hubiese nadie, analizar lo que estaba ocurriendo en mi vida. Stone se acababa de unir a Felicity y se aman. Yo quería eso, en cambio me acababa de casar con la mujer que había elegido mi padre, aunque en realidad he descubierto no hace mucho que mi madre fue más responsable que el viejo diablo de nuestro matrimonio. En fin, a la posada llegó un lacayo ensangrentado advirtiendo que había habido un accidente junto a un puente. Cuando llegué, tu padre estaba atrapado pero consciente. Sabía que el accidente había resultado mortal pese a que él estaba regañándome sin pensar en el gran dolor que debía estar sufriendo. Te evitaré los detalles más escabrosos, solo debes saber que me quedé a su lado y que antes de marcharse me hizo jurarle que siempre cuidaría de ti y de mi madre.

Rochester la observó sacarse de la manga un pañuelo. Ella estaba llorando. No pudo evitarlo y cuando terminó de usarlo se lo arrebató de las manos. Vio que llevaba una «S» bordada.

—¿De quién es, Evelyn?

—He estado en casa de los duques de Stone.

—¿Y por qué el duque te ha dado uno de su pañuelos? —Ella levantó la mirada, sus ojos empapados en lágrimas. Se lo había dado porque ella había llorado también durante la visita—. Comprendo. ¿Tu tristeza estaba relacionada con algo que te haya podido decir Stone o ha sido por mí?

—¿Tú que crees?

—De acuerdo. —Así que había sido por él—. Ahora ya sabes que no podré desentenderme de ti mientras viva porque se lo juré a tu padre. Me he mantenido lejos de ti con la esperanza de que el tiempo suavizase toda esta maldita situación. Yo… —lo vio tragar saliva—. Yo soy una persona que atrae el mal, Evelyn, de igual modo que lo hacía mi padre. Los que están a mi lado sufren accidentes porque yo… Stone casi pierde la vida porque lancé una apuesta, luego tu padre… Así que no solo te dejé apartada de mí porque era muy consciente de que tu ira no se desvanecería por arte de magia, sino porque además quería que estuvieses a salvo. Todo lo que quiero acaba pudriéndose y no quería que tú…

—Detente. —Levantó una mano para hacerle callar—. No. No me quieres. No lo digas ni te atrevas a insinuarlo.

—Te amo, Evelyn, y no es la primera vez que te lo digo. —La noche anterior se lo había confesado.

—Lo espetado al amparo de la intimidad que surte efecto entre dos amantes no tiene importancia.

—No digo nada que no sea verdad. Yo te amo, Evelyn —repitió.

—No. No lo haces. Solo eres consciente de que hay otro que podría hacerme feliz y por eso…

Le tocó a él levantar la mano para hacerla callar.

—Te amo porque llevo más de dos años conociéndote.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo no me habré dado cuenta de que estabas ahí? ¿Llevabas alguna capa de invisibilidad? ¿O era algún tipo de brebaje mágico que te hacía ocultarte a mi vista?

—Lo sé todo de ti. Tengo una detallada relación de cartas que me han narrado tus dos años. Y cuando más leía sobre ti, más interés me generabas. Una persona es lo que sus actos reflejan. Me has dicho que yo no era bueno, no lo soy, pero tú sí y he decidido que si quiero alejar la oscuridad que me acecha tengo que rodearme de luz. Tú eres mi salvación y

puedes convertirte en mi perdición si no luchas conmigo a mi lado, Evelyn.

—No lo había creído, pero sí que es verdad. Dime quién ha sido tu espía. —Ese asunto le parecía más seguro que hablar sobre sentimientos.

Frederick, al ver que ella no se había sorprendido ante la revelación, se dio cuenta de que ya sabía lo que él le acababa de confesar.

—Stone te ha hablado de eso, ¿verdad?

—No. Él no ha violado tu confianza y la dama que me lo ha confesado lo ha hecho con la mejor de las intenciones, para convencerme de que te has estado preocupando por mí.

Él sonrió.

—Felicity es una mujer muy dulce. ¿Me crees cuando te digo que me he preocupado por ti, Evelyn, todo este tiempo que has estado separada de mí?

—No. Considero que eres un hombre egoísta y un cobarde —le escupió a la cara.

—Tal vez lo sea.

—Todavía no he terminado —le advirtió—. Has preferido poner a alguien a espiarme que venir tú y dar la cara. Y me has traído aquí cuando Lucas confesó lo que sentía por mí.

Rochester trató de contener su rabia por las palabras de ella.

—Bien. Abordemos el segundo asunto importante de nuestra conversación. Hablemos de Lucas Doyle.

—¿Qué tendrías tú que decir del hombre que ha estado a mi lado en los momentos más duros de mi vida?

—¿Hubieses aceptado que te sostuviese entre mis brazos para darte consuelo cuando yo resulté ser el culpable de la muerte de tu padre, Evelyn? No. Me quedé atrás y te dejé libre porque debía hacerlo.

—No, libre no. Me tenías bien controlada y cuando te contaron que yo, que soy de tu propiedad al igual que esa mesa de ahí —señaló su escritorio—, estaba siendo cortejada por

otro hombre, uno que vale cien veces más que tú, decidiste…

—¿Eso crees? —la interrumpió—. ¿Que Doyle es mejor que yo?

—Sí —aseguró sin titubear.

—¿Y crees que Doyle no tenía aquí a alguien pasándole información sobre mí? Sé bien que se te declaró cuando mi madre llegó. Los dos hemos estado vigilando los movimientos del otro porque lo que está en juego es algo precioso que no queremos perder. Pero tú, al igual que esa mesa de ahí —señaló él el escritorio— me perteneces y no importa a cuantos malditos abogados consultéis Doyle y tú, porque al igual que yo no puedo deshacer la muerte de tu padre, tú no puedes deshacer nuestro matrimonio. Eres mi condesa, Evelyn, te guste o no. Y no permitiré que me conviertas en un cornudo. Me darás un hijo y un repuesto como exige el título, y luego buscaremos a la niña, y después aceptaré lo que venga, porque si crees que pienso renunciar a ti, es que no has estado prestando la debida atención desde que llegaste y nos encontramos. Puedo ser muy bueno cuando me lo propongo, pero soy hijo de mi padre, así que no te conviene probar cuán oscuro puedo llegar a tornarme, milady.

No había levantado la voz. Sí que había hablado con tensión, con rapidez y la precisión de un cirujano dispuesto a cortar lo que hiciera falta para salvar a su paciente. Estaba enfadado, ella lo sabía bien.

—¿Has terminado ya? —Evelyn no iba a amedrentarse. Si él estaba furioso, ella no se quedaba atrás.

—Esto no ha hecho más que empezar.

—Lo sé y estás perdiendo el tiempo.

—Yo creo que no. Solo tengo que acercarme a ti y te derretirás en mis brazos.

—No seré hipócrita, Rochester. Así que no negaré que sí que te deseo. Y que cuando me besas pierdo el control de mis pensamientos y de mis actos.

Él sabía que debería mostrarse más humilde, pero no pudo. Sacó pecho y se llenó de orgullo.

—Una admisión sincera. Al fin estamos avanzando.

—Aunque si Lucas hubiese sido tan persistente como tú…

—Estás jugando con fuego, Evelyn —le dijo con los dientes apretados.

—¿Has estado tú todo este tiempo sin una mujer?

—Escuchaste muy bien a mi madre decirlo cuando nos sorprendió en la biblioteca —le recordó.

—Hacer que tu madre mienta por ti… —alegó despectivamente.

—No es ninguna mentira, Evelyn y he castigado a muchos por insultarme menos.

—¡Vamos, Rochester! —exclamó burlona.

Él se envaró. La mirada que le dio le dejó muy claro que estaba a punto de explotar.

—Sabes que quiero ser Frederick para ti, no Rochester—la interrumpió.

—¿Eso es lo único que te molesta de toda esta situación?

—En una de las cosas, sí. Y si me obligas a recordarte cómo consigo que me obedezcas, no pienso tener compasión, Evelyn, lo haré sin remordimientos de nuevo. Estás debidamente advertida.

—¿Usarás la seducción cada vez que quieras someterme?

—Me parece un buen plan. Uno excelente.

—No tengo tiempo para esto. Solo te diré que cumpliré con mi papel, te daré un hijo y luego regresaré a mi casa, lejos de ti. —Se abstuvo de decir que estaría con Lucas, porque no deseaba presionarlo más. Aunque en honor a la verdad, el maldito Frederick Willbory la había arruinado para el resto y no podría acostarse con nadie más.

Evelyn se puso de pie, y al siguiente momento estaba colocada a horcajadas sobre su marido. La boca de Freddy saqueando la suya. La dama trató de luchar, no le sirvió de nada, era un hombre hábil y ella una pobre aprendiz a la que la necesidad de su cuerpo la mantenía sometida.

Volvieron a hacer el amor de modo rápido, hambriento y muy pasional. Los dos llegaron una vez más juntos a la liberación, aunque en esa ocasión, cuando terminaron, Evelyn no pudo contener las lágrimas.

Al verla llorando, él se sintió como un maldito demonio.

—Soy demasiado rudo. Mis formas no son las correctas. Lo siento. —Era consciente de que le había hecho el amor con demasiado frenesí esa última vez y se lamentaba por no tener más atención—. No era mentira, Evelyn, llevo sin estar con una mujer desde que me casé contigo y…

Su esposa se había levantado dispuesta a marcharse. Él no trató de seguirla, pero cuando llegó a la puerta y se dispuso a sujetar el pomo se dio la vuelta para mirarlo. Él seguía sentado en el sofá, con la ropa hecha un desastre, se había colocado bien los pantalones para cubrirse.

—No son tus formas actuales lo que me preocupa, Frederick —usó su nombre porque no pudo ni obligarse a mantener las distancias al emplear su título para referirse a él—. El problema no es ni tan siquiera que yo te desee con la misma intensidad que tú me deseas a mí. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Solo tenía catorce años cuando te conocí y supe que te quería. —Él abrió los ojos de par en par sorprendido. Ella no iba a contarle ese pasaje en esos momentos—. Tenemos un pasado que nos pesa mucho a los dos y aunque tal vez pueda llegar a perdonarte, no sé si eso es lo que quiero hacer.

Luego se marchó de allí.

Frederick se quedó en el despacho pensando en cómo iba a arreglar todo el desastre. Lo primero que haría sería despedir al lacayo que sabía que le pasaba la información a Lucas Doyle, lo había descubierto hacía tiempo, aunque lo mantuvo por su propio interés. Era momento de cortar por lo sano y que los brotes verdes resurgieran con fuerza.

Cuando, horas más tarde, Frederick se dio cuenta de que su esposa se había marchado de casa, llevándose sus cosas con ella, destrozó todos los muebles de su despacho.

¡No podía acabar así!

¡Evelyn no tenía derecho a rendirse!

¡Él la merecía menos que nadie, pero Lucas Doyle no podría hacerla feliz!

Morton se la había confiado a él.

A él y solo a él…

Ella era suya, entonces ¿cómo podía recuperarla?

Esa tarde, y durante toda la noche, Frederick se refugió en el whisky.

No logró olvidarla ni un solo segundo pese a estar ebrio.

Capítulo 10

La condesa viuda tenía sus propias fuentes de información. Agatha había averiguado que el señor Lucas Doyle había llegado a la ciudad.

Su hijo se estaba volviendo loco porque no encontraba a Evelyn por ningún lugar, y antes de que Rochester se enterase de que su rival estaba en Londres, ella decidió ver si lady Rochester se había refugiado en casa de su primo.

Había pasado una semana y lo cierto era que tanto Freddy como ella misma estaban preocupados por el paradero de Evelyn. Parecía que se la había tragado la tierra.

Cuando Lucas Doyle la recibió en la imponente casa que había alquilado, Agatha, ya con la cabeza más fría, pudo observar al caballero con mayor detenimiento que en su encuentro anterior en la fábrica. Ahora entendía por qué Evelyn se sentía tan atraída por él.

Era un hombre apuesto. Había algo en él que le recordaba mucho a Morton. Esa fuerza y orgullo que caracterizaba a los irlandeses que se atrevían a desafiar las normas y salían siempre victoriosos.

—¿Estoy siendo evaluado, lady Rochester? —le preguntó bravucón.

Ella tomó un sorbo del té antes de dejar la taza que él mismo le había servido. Ambos estaban en una pequeña salita decorada bellamente por la anterior señora de la casa.

—Un error muy común, señor Doyle.

—¿Cuál?

—El trato que me dispensa.

—¿A qué se refiere? —Él se había perdido.

—Es natural que no esté familiarizado con los títulos de la aristocracia y por eso no se lo tomaré a mal. Hace más de dos años que no soy lady Rochester, soy la condesa viuda de Rochester. Evelyn es quien ostenta el título que yo llevé antes de que ella aceptase casarse con mi hijo.

—Sé perfectamente cómo se maneja un título, milady. Y si bien Eve se casó con Rochester, presionada por su padre, al que ella jamás hubiera defraudado, no puede esperar que la considere la condesa de su hijo, pues Rochester la dejó a un lado sin pestañear. Ergo usted es lady Rochester.

Agatha le sonrió de lado. Debería estar ofendida, aunque no era eso lo que sentía por ese joven que no tenía la menor idea del tipo de hombre con el que había tenido que aprender a convivir durante el tormento que supuso estar casada con el anterior conde.

—Se parece usted mucho a Morton.

—¿Es una ofensa o una virtud?

—Un hecho —respondió ella—. Los tres, Morton, lady Rochester —presionó— y usted son muy similares. Me pregunto si hay más de lo que se ve a simple vista.

—¿A qué se refiere?

—Usted siempre fue más un hijo para Morton que su sobrino.

—¿Va a jugar esa carta, milady?

—¿Cuál?

—Reconozco a una dama avispada y audaz en cuanto la veo. Usted lo es.

—Gracias.

—Puesto que yo no tengo intención de subestimarla, tenga la deferencia de no hacerlo conmigo —le recomendó.

—No se parece a Morton, es igual que él.

—Ahí vamos de nuevo. ¿Es ahora cuando dirá que mi tío, que sé que se había enamorado de usted hasta los huesos, le confesó que una noche yació con mi madre y que por

eso me acogió bajo su ala?

—¿Por qué? ¿Acaso lo ha pensado usted, señor Doyle? —preguntó con arrojo.

—Cuando la vi en la fábrica, en Watford, consideré que Rochester era un miserable por haber enviado a su madre a hacer su trabajo. De nuevo lo he pensado cuando mi mayordomo me ha indicado que la había acomodado en esta salita, donde me estaba esperando.

—¿Y ahora qué cree?

—Pienso que Rochester no es el que maneja los hilos. Mi tío no se fijó en usted por ser una dama que todavía conserva gran parte de su belleza y elegancia. Debe haber mucho más de lo que se ve a simple vista, no me cabe la menor duda.

—Gracias. —Le agradó el cumplido.

—¿Qué puedo hacer por usted, milady?

—Varias cosas.

—La escucho.

—La primera es olvidarse de lady Rochester. Ella está casada con mi hijo.

—Sí, esa ya me la había supuesto. ¿Algo más?

—No lo hará. —No era una pregunta.

—¿Por qué debería, cuando sé que voy ganando?

—¿Ganando dice?

—Sí. Su hijo la ha perdido, y no me refiero solo al hecho de que no sepa dónde está.

—Ah, pero usted tampoco es conocedor de esa información. —Lo vio fruncir los labios y supo que había dado en la diana con su farol.

—En cuanto los periódicos se hagan eco de mi llegada, Eve sabrá donde encontrarme. Estoy aquí porque vengo a rescatarla.

—¿Y esa es la vida que va a llevar? ¿Acaso cree que alguien como usted, tan parecido a Morton, va a tolerar ser el amante de una mujer casada, señor Doyle? Eso sin mencionar que más que su prima podría estar enamorado de su propia hermana.

—Buena estrategia, se lo reconozco, milady. Eso de decir que es mi hermana… Saque un documento que apoye su hipótesis y quedaré fascinado. ¡Ah, no! No hay nada que atestigüe su conjetura porque es un intento desesperado para que me aleje de la mujer de la que llevo enamorado desde que puedo recordar. Le recomiendo que use otra táctica. Sé bien quienes fueron mis padres. Morton no se hubiese acostado jamás con su propia hermana, porque conocí bien a mi madre antes de que falleciese.

—Lástima. Me hubiese ido mucho mejor si usted hubiese sido hijo del hermano de Morton y su madre no hubiera tenido lazos de sangre con Edward.

—¿Así que confiesa que su mentira no tiene fundamento?

—En absoluto. Solo lamento que mi memoria haya olvidado que su madre era la familia directa de Morton. Eso ya no se sostiene.

Él le sonrió.

—Entiendo muy bien los motivos por lo que mi tío se fijó en usted, milady.

—¿Está coqueteando conmigo, señor Doyle?

—¿Le gustaría que así fuese?

—Por supuesto que sí. Le iría mucho mejor siendo mi amante que el de una mujer que ha tenido que huir de su esposo porque se ha dado cuenta de que está profundamente enamorada de él y tiene miedo de su propia reacción.

—¿Otro nuevo juego, milady?

—¿Y si fuese un acuerdo, señor Doyle? Usted acaba de decir que Morton vio en mí muchas cosas.

—Uhm… Interesante esta táctica suya de ahora. Seducirme… confieso que resulta inesperado, pero me siento halagado, se lo garantizo.

—Retomemos lo que he dicho sobre que lady Rochester está enamorada.

—Y ahí otra piedra que pretende arrojarme. Muy bien, la escucho.

—¿Qué haría si descubriese que la mujer a que tanto dice amar, estuviese enamorada de otro caballero? ¿Le permitiría escapar de sus garras?

—¿Debo suponer que considera que Eve tiene la cabeza hecha un lío porque su hijo y yo estamos en su corazón?

—Es una posibilidad, y esta vez no estoy mintiendo. Sabe que Rochester necesita un hijo.

—Por supuesto que comprendo que ese es el motivo por el que la necesita y por eso la envió a usted a la fábrica para convencerla.

—¿Y sabe usted cómo se produce un heredero, señor Doyle?

—Debo confesar que en eso tiene usted más experiencia, milady, puesto que fabricó uno más dos repuestos —razonó con suavidad y con gran ingenio.

—Mi esposo era un desgraciado. Freddy, lord Rochester —precisó por si él no sabía que se estaba refiriendo a Frederick al usar ese apelativo— lo llama, no sin un buen motivo, el viejo diablo. Pues verá, mi esposo era un desalmado, pero debo reconocer que cuando yacía conmigo podía llegar a confundirme y como, tanto usted como yo, hemos traspasado hace ya rato los límites de una conversación civilizada, le diré que aunque no era ni la mitad de experto que Morton en cuestiones carnales, mi difunto esposo sí que despertaba en mí algo que jamás supo alentar del modo en que su tío lo lograba. Y le hago partícipe de estas intimidades mías, para que comprenda que mi hijo que sí está enamorado de su mujer no la dejaría escapar tan fácilmente, y puesto que ella vino con el objetivo de darle un precioso bebé, ambos ya se pusieron a trabajar en ello.

—¿Otra mentira, milady?

—Oh, no, en absoluto. Cuando vea a su Eve podrá comprobarlo por usted mismo. A lo que me refería era que si el anterior conde era un patán y le di tres hijos, ¿qué cree que habrá sentido Evelyn cuando mi hijo se propuso seducirla en el lecho y mostrarle las bondades del matrimonio? Ya sabe, besos, caricias, lametones en lugares indecentes y luego… la posesión.

—Creo que de verdad trata de seducirme, más que de ponerme celoso.

—Tal vez, señor Doyle —le dijo con coquetería— pretenda ambas cosas.

—Entonces siga, me tiene intrigado, lady Rochester. —Ella sabía que usaba el título para irritarla. No lo regañó porque se imaginaba que bajo esa fachada había un hombre

hirviendo en un verdoso caldo lleno de terribles celos.

—Yo no amaba a mi esposo, pero cada vez que él usaba mi cuerpo… Una mujer no es indiferente a algo así. Más cuando hay amor entre ambos. Mi difunto esposo, que se pudra sin paz en el infierno, me hacía dudar por la noche, aunque por la mañana volvía a ser el de antes. Morton… su tío era un sueño y le aseguro que mi hijo cuenta con la experiencia necesaria como para dejar completamente maravillada a su esposa, tanto como para que ella haya huido despavorida llena de amor y lujuria. Ambas cosas nuevas, que no sabe cómo afrontar.

—¿Ha eso ha venido? ¿A presumir de la destreza en la cama de su hijo?

—¿No le preocupa ni un poco, señor Doyle?

—¿El qué, milady?

—Que Eve se haya enamorado de Freddy y que los dos ya hayan compartido la cama. —Usó ambos apelativos para desquiciarlo y a juzgar por el modo en el que él estaba apretando los dientes había funcionado.

—Eso es lo que dice usted.

—Es lo que está pasando, y cuanto antes asuma que no podrá estar con una mujer casada que disfruta del toque de su esposo y que acabará aceptando su amor, mejor le irá.

—Olvida una cosa fundamental, milady.

—Ilústreme —lo invitó.

—Su hijo es el responsable de la muerte del hombre más importante de mi Eve, como usted la ha llamado antes. Rochester no tiene la menor oportunidad y si ella acaba valorando la posibilidad de un costoso y escandaloso divorcio, yo estaré a su lado, porque… lady Rochester, yo seré el caballero que haga que su hijo pueda acusarla de adulterio.

—¡Todo un gran logro! —ironizó—. Ser el hombre que la pudo tener aunque no la consiguió, y que necesita que ella se sacrifique por completo para cumplir su sueño. Muy considerado de su parte, ahí demuestra cuánto le importa la mujer a la que asegura amar tanto. No quedará nada de Evelyn cuando la sociedad la destroce. ¿Es así cómo quiere ganarla? ¿Dejándola rota y hundida, señor Doyle? Sé el carácter que esa dama tiene y no podrá soportar el escarnio público. ¿La ve prestando testimonio ante el Parlamento? Eso es lo que ocurrirá. Será bestial y desastroso. Irreparable. Rochester seguirá con su vida, pero ella jamás se repondrá, se lo garantizo.

—Si en verdad está tan enamorada de su hijo, no tiene usted razones para preocuparse, ¿no es cierto?

—No juegue conmigo, Doyle. Yo tuve muchas y mejores razones que Evelyn para pensar en el divorcio.

—Tal vez no fue lo suficientemente fuerte para pasar por tal proceso, milady —opinó él.

—Después de haber convivido con el viejo diablo, estaba preparada para todo y consideré que los beneficios de obtener mi libertad eran muy inferiores a las desventajas. Y créame cuando le digo, porque le estoy hablando con el corazón y la verdad en la mano, que viví un infierno al lado de mi esposo y ni así me atreví tan siquiera a visitar a un abogado.

—Comprendo.

—No, no lo entiende porque usted no es el mismo tipo de hombre que fue el anterior Rochester.

—¿Era por tener tantas amantes? —tanteó él.

—No. Era porque le gustaba la violencia —le desveló. Ahí Lucas supo que a él le gustaba levantarle la mano a esa mujer. Hirvió de furia.

—¿Mi tío lo sabía?

—No —volvió a negar—. Solo mis hijos y yo conocíamos este hecho. Ahora usted también está al tanto y confío en que aunque somos rivales, tenga la decencia…

—Usted no me ha dicho nada, milady —le dijo, para que ella supiera que no hablaría sobre nada de lo que ella le acababa de confesar.

—Hágame caso, señor Doyle. Evelyn es un caso perdido para usted. Busque una buena mujer que sea libre y esté en disposición de darle todo lo que se merece.

Él le sonrió con picardía.

—¿Es una oferta, milady?

Ella se puso de pie y le devolvió la sonrisa con la misma intencionalidad que la de él.

—¿Si lo fuese dejaría en paz de inmediato a lady Rochester?

—No.

—Entonces creo que no se la haré.

—Puede que la busque a usted milady, si ella decide quedarse con Rochester.

—Uhm… No lo haga, perderá el tiempo. A una mujer no le agrada ser la sustituta de otra y a mí menos que al resto —flirteó con descaro.

—Ah, pero no olvide que usted está segura de que ella va a quedarse con Rochester, así que no sería mi segunda elección.

Ella se rio con ligereza.

—Si Morton hubiese sido hermano de su padre y no de su madre, hubiese podido engañarlo con facilidad al decirle que Evelyn era su propia hermana. Usted y su tío son como dos gotas de agua. Lo echo muchísimo de menos —le confesó. La condesa viuda se acercó al joven Doyle, sabía que bien podría ser su hijo, pues no tendría una edad muy alejada de la de Freddy. Le tocó la mejilla y se la acarició. Luego se quedó mirando fijamente sus bonitos ojos azulados.

No, no se atrevió a moverse, era muy consciente de lo que ella estaba viendo en él.

—A un hombre tampoco le agrada que lo elijan porque se parece a otro, milady.

Ella dejó de tocarlo y suspiró.

—Lo tuve todo en la palma de mi mano un día y al otro la felicidad se esfumó. Lo amaba como jamás creí poder amar y confiar en un hombre. Su tío iba a mostrarme la plenitud… —Se dio cuenta de que una lágrima estaba resbalándole por la mejilla. Se la limpió con rabia—. Estoy aquí por mi hijo, señor Doyle, porque Evelyn y él están destinados a estar juntos. Ella se enamoró de Frederick cuando apenas tenía catorce años, yo estuve allí para verlo, y no lo ha olvidado desde entonces. Rochester ha reavivado aquel inocente encaprichamiento juvenil con suma facilidad ahora. Busque a una mujer que se lo dé todo —repitió—. Usted es como Morton, no se conformará con las sobras y sabe bien que no las habrá. Haga lo que le recomiendo con humildad, no llegue a mis años y se dé cuenta de que ha desperdiciado su vida. Que tenga buenos días —se despidió justo cuando se dio cuenta de que él iba a replicarle.

La condesa viuda se marchó de allí con paso veloz. No pudo contener el

torrente de lágrimas que le sobrevino al entrar en la intimidad de su carruaje.

Cuando fue a ver a Evelyn a la fábrica ya se había dado cuenta de que el sobrino se parecía en demasía al tío. Verlo de cerca y sin la tensión de que la esposa de su hijo estuviese, fue demoledor. El recuerdo de Morton se hizo demasiado vívido.

¡Por amor de Dios, había coqueteado con él solo porque le recordaba a su gran amor perdido!

La soledad dolía tanto…

Capítulo 11

Cuando llamó a la puerta frente a la que estaba, no sabía a qué iba a enfrentarse. Evelyn no había rehuido una pelea nunca. Cierto que se había mantenido apartada de su marido durante una buena temporada, pero eso ocurrió porque consideró que él la despreciaba.

Las revelaciones que le había hecho Frederick resultaron sorprendentes y la condesa de Rochester necesitaba su tiempo para poder digerir todo lo nuevo que estaba aconteciendo en su vida.

Le abrió un mayordomo, iba a presentarse por si él no la recordaba de su visita anterior, aunque no hizo falta, escuchó una exclamación llena de alegría y acto seguido se vio rodeada por unos brazos que eran más que bienvenidos.

—Mi querida, quedísima amiga, estás bien. —Era la voz de Felicity, estaba llena de alegría—. Stone se ha vuelto loco buscándote, aunque no tanto como Freddy. Nadie sabía dónde estabas y nos temimos lo peor, pero estás sana y salva y has regresado. Ven conmigo, no pienso soltarte ahora que te he encontrado —la avisó, al tiempo que dejaba de abrazarla y le agarraba la mano—. Evelyn se dio cuenta de que no la llevaba a ninguna salita, estaban saliendo por las puertas francesas en dirección al jardín. No obstante, antes de eso la duquesa le había dejado el tiempo necesario para que Eve se pudiese quitar su chaqueta de lana y el bonete.

—¿Felicity?

—¿Sí?

—¿A dónde vamos?

—A pasear, quiero que veas mis rosales, estoy muy satisfecha con ellos. Estaremos allí en buena compañía, a no ser que estés cansada y prefieras…

—No, no. Quiero ver tu jardín —le dijo Evelyn agradecida por la pequeña tregua que tendrían mientras daban un agradable paseo.

Hablaron un ratito sobre las plantas, sobre cómo le alegraba el día trabajar en la poda y ver las flores. Felicity también invitó a Evelyn a visitar su finca campestre cuando terminase la temporada, pues allí los jardines sí que eran dignos de admirar, debido a su gran tamaño.

Cuando la conversación sobre el pasatiempo de la duquesa terminó, Evelyn se dio cuenta de que le debía una explicación, pues se había fugado durante una semana y había regresado precisamente a las puertas de la casa de los duques de Stone.

—Necesitaba pensar. Me fui porque quería estar sola.

—Cuando Stone y yo tuvimos nuestra primera disputa seria, también me marché de su lado —le confió.

—¿La primera?

—Oh, sí. Vendrán más discusiones entre Freddy y tú, al igual que las tuvimos el duque y yo, pero una vez que ambos comprendimos que todo se podía arreglar porque nuestro amor es lo suficientemente fuerte para soportar lo que llegue, bueno o malo, ahí fue cuando entendí que pasase lo que pasase, no querría dejar de discutir con él jamás. Quiero estar a su lado y siempre pienso que nos sobrepondremos a todo. Sea lo que sea, porque juntos somos más fuertes y desde que llegó nuestro hijo… A veces me siento invencible, lucharé por mi familia con todas mis fuerzas y lo que me hace tener esa visión es que sé que Stone luchará conmigo, aunque a veces nos peleemos entre nosotros. Las reconciliaciones tras una pelea son muy satisfactorias. —Felicity le guiñó un ojo y ella entendió lo que le había querido decir con la última valoración. En general comprendió todo lo que la otra dama le había dicho.

—¿Puedo quedarme unos días aquí con vosotros?

—Todo el tiempo que precises —le ofreció, con amabilidad—. ¿Necesitas pensar más, Evelyn?

—No, ya he decidido lo que voy a hacer. —La duquesa asintió. Hubo un silencio entre las dos—. ¿No me preguntas lo que he pensado?

—Estás aquí, en Londres. Intuyo que vas a darle una oportunidad a tu esposo, aunque no quieres tenerlo cerca y por eso prefieres estar con nosotros.

—¿Te sucedió lo mismo con Stone?

—Algo parecido.

—Quiero que nos conozcamos mejor. Lo hemos hecho todo al revés desde el inicio. Se nos dijo que nos casaríamos, lo hicimos y mi ilusión no fue suficiente para que él quisiera estar a mi lado. Luego llegó la desgracia y cuando nos reencontramos de nuevo… No hace falta que te diga cómo fue aquello, tú lo viste —apuntó, recordando aquel encuentro en la calle, frente a un burdel nada más y nada menos.

—Saltaron chispas entre los dos. No solo cuando le atizaste con la sombrilla. Sabes que ahí conquistaste el corazón de Stone, ¿verdad?

—¿No te molesta que haya esa rivalidad entre ellos?

—Tienen un pasado juntos y mi esposo, desde que sufrió el accidente, se endureció. Ha perdonado a Freddy, estoy segura, aunque sospecho que le agrada mucho sacarlo de sus casillas. Mantienen una relación extraña. Entre ellos pueden decirse lo que sea, incluso llegar a los puños, pero se protegerán el uno al otro de un tercero que les pueda hacer daño.

—Su Gracia —una voz masculina interrumpió la charla. Se trataba del mayordomo de los duques.

—Oh, señor Pike, le veo fatigado, ¿qué contratiempo le ha causado el duque ahora? —preguntó Felicity sabiendo que el estado de agitación de su sirviente provendría de Faran.

—Todavía ninguno, Su Gracia, no obstante, lord Rochester ha llegado bastante inquieto y se han encerrado en el despacho del duque. La última vez que los dos caballeros mantuvieron una reunión a solas…

—Llegaron a los puños —terminó Felicity cuando el mayordomo se quedó en silencio.

—¿Podrían pelearse? —saltó Evelyn asustada.

—No sería la primera vez —razonó Felicity. La duquesa se fijó en que el señor Pike, era el hombre que mejor conocía a su esposo después de ella, o tal vez incluso mejor que ella misma. Faran y ella valoraban las siempre acertadas opiniones del mayordomo sobre cualquier cuestión—. Intuyo que Stone ha avisado a Freddy de que su esposa estaba aquí.

—Así ha sido, Su Gracia. Apostaría mi salario de un año a que el duque habrá visto a la dama —el mayordomo le hizo una reverencia con la cabeza a Eve— desde la ventana de su despacho, pues no han pasado más que unos pocos segundos cuando ha salido del estudio

pavoneándose como un pavo real con una nota en la mano.

—¿Le ha mandado al nuevo lacayo que se la llevase a Rochester? —indagó la duquesa.

—Así ha sido, Su Gracia.

Cabe señalar que Evelyn estaba fascinada por la confianza que tenían la duquesa de Stone y el denominado señor Pike, ella intuía que formaban un equipo cuando se tenían que alinear contra Stone. Interesante. La relación entre el mayordomo y la duquesa le parecía algo la mar de asombrosa, casi parecían un padre, tal vez un abuelo por los años del sirviente, y su nieta. Había mucha complicidad.

—Muy bien. —La duquesa de Stone miró entonces a Evelyn—. ¿Estás lista?

—Sí, por supuesto… pero ¿para qué debo estarlo?

—Iremos al despacho antes de que Stone termine con la paciencia de Freddy, ¿cuánto hace que llegó el conde, señor Pike? —le preguntó a su mayordomo.

—Recomiendo que tanto Su Gracia como lady Rochester no se demoren y vayan lo antes posible hacia el despacho.

—Sí. Eso me temía.

La duquesa le agarró la mano y ambas salieron a toda prisa de allí, con Pike siguiéndolas de cerca.

Por descontado, cuando la puerta del despacho fue abierta por la duquesa, el panorama que se presentó fue desolador. Stone y Freddy figuraban de pie, en medio de la estancia y uno y otro se sostenían por el cuello.

—Como niños… —susurró la duquesa antes de prepararse para levantar la voz —: ¡Caballeros! ¿No hemos vivido ya esta situación?

Los dos dejaron de azuzarse y de gruñir en cuanto se dieron cuenta de que ya no estaban solos en la estancia. Cuando Freddy divisó al lado de Felicity a su esposa, por fin, pudo respirar tranquilo.

Tanto el duque como el conde se soltaron y trataron de recomponer su vestimenta como buenamente pudieron.

—Ha empezado él —lo acusó el duque.

—Tú has hecho que yo lo empezase —rebatió el otro.

—¿Por qué estabais peleándoos esta vez? —intervino la duquesa.

—Tu adorado Freddy —comenzó a decirle Faran con retintín a su duquesa—, me ha acusado de haber tenido a su esposa oculta en mi casa durante todo este tiempo. Y luego ha tenido la desfachatez de decir que le he enviado la nota para avisarlo de que ella había venido, solo porque me sentía culpable por la jugarreta.

—¿No ha sido así? —inquirió lord Rochester, mirando con fijación a su condesa.

—Creo que debemos retirarnos, Stone —apuntó Felicity—. Nuestros amigos tienen que debatir algunas cosas. —Stone asintió.

—Deberías haberme besado los pies nada más entrar en mi casa —acusó el duque a su amigo—. En cambio he recibido de ti…

—¡Suficiente! —lo cortó Felicity. Luego miró a Evelyn y le dijo—: ¿Te parece bien que Stone y yo os dejemos el despacho para la reunión? —la aludida afirmó con la cabeza —. Muy bien, entonces iré a decirle al señor Pike que te prepare una habitación. Será la que está decorada con motivos orientales.

—Se hará de inmediato —dijo el mayordomo por detrás.

Rochester se colocó rápidamente ante Evelyn.

—¿Pretendes quedarte aquí? —inquirió con dureza.

—Por el momento sí. Me parece lo más razonable, al menos hasta que arreglemos nuestros asuntos —le dijo con suavidad la condesa.

—No. Tu lugar está a mi lado, bajo mi techo.

—Está decidido, me quedaré aquí por el momento —le dijo Evelyn, sin parecer autoritaria, usó la humildad para no crear más problemas.

Freddy buscó la mirada de Stone. El maldito duque se veía muy divertido con la situación. Antaño ellos estuvieron así también, porque Felicity se cobijó en su casa y Stone tuvo que ir a su hogar a buscar a la mujer que amaba.

—Asígname una habitación —le exigió a su amigo—. Seré tu invitado.

—No —le ladró el duque.

—¿Felicity? —Freddy decidió buscar un aliado.

La duquesa suspiró.

—¿Por qué no habláis y decidimos después lo que hacemos? —propuso la esposa de Faran.

Freddy, con los dientes apretados, asintió. Evelyn también estuvo de acuerdo.

Los duques, junto con el señor Pike, los dejaron a solas.

El conde le cedió el paso para que ella se sentase en un sillón y él se quedó de pie. Frederick se desplazó hasta la ventana y contempló el paisaje. Se había puesto a lloviznar, un filtro de agua muy fina se veía caer. El día estaba gris, tanto como él mismo se sentía.

—El señor Doyle ha llegado a la ciudad —dijo sin darse la vuelta.

—No lo sabía.

—¿Has estado estos días con él, Evelyn?

—No. —A ella le pareció oír un suspiro de alivio.

—Te creo. ¿Puedo saber dónde estuviste? Te he estado buscando. No por un afán de control, sino porque estaba preocupado por tu seguridad —le aclaró de inmediato.

—Fui al lugar donde mi padre perdió la vida. Me quedé en esa posada. He estado pensando en el presente, y en lo que será mi futuro.

—¿Estoy incluido en tu presente, en tu futuro, Evelyn? —inquirió con suavidad.

—¿Quieres estarlo? —Rochester se giró tan rápido que fue un milagro que no se rompiese el cuello.

—¿Tiene dudas todavía? —rebatió con otra pregunta.

—No, creo que de verdad pretendes que sea tu esposa.

—Por descontado que sí y estoy dispuesto a todo. —Él se acercó hasta ella y se acuclilló frente a la dama para luego cogerle las manos. Un destello llamó su atención. Frederick rozó con las yemas la sencilla banda de oro que ella llevaba puesta. Era su alianza de boda—. Has decidido ponértelo, ¿puedo tener esperanza, Evelyn? —Ella no lo había llevado puesto hasta el momento.

—Es pronto para decirlo, aunque debes saber que estoy dispuesta a ponerlo todo de mi parte.

—¿Me aceptas entonces?

Ella no le respondió, movió las manos para sacar de un bolsillo oculto una joya.

—Es mi anillo. Creía que lo había perdido —dijo él.

Le tendió la mano y ella se lo colocó en el dedo.

—Lo encontré sobre una de las mesillas de noche al día siguiente de casarnos. No sé bien por qué lo guardé. Supongo que estaba tan acostumbrada a que todo el mundo accediese a los deseos de mi padre, que supuse que lo necesitarías cuando te trajese de vuelta. Morton iba a llevarnos a los cuatro por Europa como regalo de bodas.

—Lo sé —le dijo él. Ella lo miró con una pregunta muda en los ojos—. Me dijo sus planes cuando estuve con él, después de que ocurriese el accidente. Decía que mi madre y tú queríais ver Francia, España e Italia. Me dijo que ese viaje serviría para que limásemos, todos, asperezas. ¿Vas a poder perdóname? Es decir, ¿quieres perdonarme, Evelyn? —Él había estado muy atento en una de sus últimas conversaciones, justo antes de que ella lo abandonase.

—Fui a la posada como si allí pudiese encontrar el espíritu de mi padre o algo así.

—Lo entiendo.

—Los lugareños recuerdan el accidente todavía. Uno de los ejes de la rueda se partió porque estaba suelto. He llegado a la conclusión que no tienes la culpa de lo que ocurrió. No obligaste a mi padre a salir tras tus pasos, además, creo que el accidente hubiese podido ocurrir cuando tu madre o yo hubiésemos estado con Morton transitando para ir a la ciudad por ejemplo.

—¿Quieres que nos demos una oportunidad entonces? —tanteó, mientras contenía el aliento.

—Sí —le dijo con sinceridad.

—Ven a casa conmigo. Mañana saldremos en dirección a mi casa solariega, al campo, allí todo será más favorable para que los dos podamos comenzar desde cero.

—No. Necesito saber si lo que hay entre nosotros transciende el deseo. Quiero conocerte, debes conocerme. Avancemos poco a poco.

—¿Debo entender que no quieres estar bajo mi mismo techo porque sabes que acabaremos haciendo el amor?

—Sí —le contestó con sinceridad.

—Bien. Así que es por eso por lo que has venido a ver a los duques de Stone. Quieres estar aquí y que yo te corteje.

—Creo que sí. Me parece una buena idea empezar por ahí.

—Puedo hacerlo. Stone estará pletórico cuando sepa que sufro porque no te tengo cerca, pero lo soportaré. —Freddy suspiró—. Ahora, cuando superemos todo esto, necesito saber si te ofenden mis formas, mis apetitos. Puedo ser un amante delicado contigo, espero que sí, al menos cuento con que cuando cubra toda el hambre que arrastro por dos años de celibato, pueda serlo —se sinceró por completo—. Lo que quiero saber es si tengo que ser menos…

—No me gustó la primera vez que estuvimos juntos—le precisó—, pero sobre las otras ocasiones, yo… todo está bien —dijo algo cohibida.

—Me alegra oírlo. Y creo que tengo que volver a disculparme por nuestra noche de…

—No —lo frenó de inmediato—. No más disculpas ni recriminaciones, Frederick. Los dos somos conscientes de nuestros errores, dejemos de una vez el pasado atrás. Aunque hay una cuestión que quiero puntualizar, quiero que sepas que mi padre siempre creyó que yo estaba destinada a ser una mujer excepcional, a dirigir su patrimonio.

—Y lo haces muy bien —aportó el conde. Ella afirmó con la cabeza.

—Lo intento. Verás, no se trataba solo de tu título, Frederick. Morton estaba convencido de que un título era una forma de protección. Me habría convertido en duquesa en caso de haber podido. —Tragó saliva un momento para prepararse para su confesión—: Para mi padre, conseguirme un título, ser una duquesa, representaba una mayor seguridad para una mujer en un mundo dominado por hombres, como el de los negocios. Más, después de que él se

marchase y yo tuviese que ocuparme de todo. —Evitó sacar a colación que Lucas la había ayudado a cada paso.

—Pero quiso que fueses condesa, *mi* condesa —le recordó.

—Soy condesa porque tú, Frederick, eras en aquel entonces vizconde y tu título máximo sería el de conde.

—¿Qué quieres decir?

—Un día, en una fiesta a la que invitaron a nuestros padres, yo… solo te vi y le dije a mi padre que me casaría contigo. —Había tenido tantas esperanzas siempre con él, tantas ilusiones con Frederick…

—Es aquello sobre lo que hablaste, cuando tenías catorce años.

—Sí. Eras el chico más apuesto que había visto jamás. Y recuerdo que alguna de las chicas estaba llorando porque otro muchacho la había agraviado y te alzaste como su paladín. No recuerdo ni quiénes eran, solo que fuiste hacia quien había molestado a la niña y estuviste magnífico. Éramos un grupo de unas seis chicas, yo era la más joven de todas, pero recuerdo que suspiramos al unísono cuando te vimos así de valiente. —Evelyn le sonrió—. Son los recuerdos de una niña que quedó tan impresionada como para hablarle de ti a su padre. Él solía darme siempre lo que yo deseaba.

—Incluido yo.

—Sí. Sobre todo tú.

Freddy le sonrió y, como seguía acuclillado frente a ella le tocó la mejilla.

—Entonces hagamos que todo esto valga la pena, Evelyn. Soy el culpable de tu desdicha, lo sé bien, pero deja que pueda cumplir mi penitencia… —le rogó.

—¿No me guardas rencor por haberte colocado una soga al cuello siendo tan joven? —se atrevió a preguntar.

—Antes sí. Ahora ya no. Tú no me crees, pero me he ido enamorando de ti a través de las cartas que recibía, esas que me dejaban sonriendo con tus hazañas.

—¿De verdad has estado cuidándome desde la distancia desde que nos casamos?

—Sí. Y fui a buscarte dos veces a tu casa.

—¿Y qué te detuvo?

—La primera fue durante el sepelio de tu padre. Estuve allí, me faltó poco para ir a abrazarte y decirte que todo saldría bien. Tu mirada era tan triste que… Tenía ganas de borrar la tristeza de tu rostro en especial porque sabía que yo era el culpable de tu desdicha. No pude. Me quedé apartado porque sabía que era demasiado pronto para pedirte clemencia.

Ella asintió. Lo entendía.

—¿La segunda?

—Hace un año, tal vez un poco más. Me crucé con Lucas Doyle en Watford, en la fábrica. Tú no habías llegado todavía.

—No me dijo nada al respecto.

—Por supuesto que no lo hizo —apuntó bufando el conde—. Me dejó bien clara la opinión que yo le merecía. Digamos que comprendo mejor los motivos por los que Morton lo admiraba. Es un hombre que sabe jugar bien sus cartas. Me convenció de que lo mejor era marcharme. Supo enredarme con la culpa que yo sentía y… me ganó sin que yo me atreviese a jugar.

—Te rendiste.

—Doyle es muy convincente cuando le conviene.

Ella le sonrió.

—Lo sé.

—¿Debo preocuparme por él, Evelyn?

—No. Ahora mismo no. Estamos casados y es a ti a quien primero debo dar una oportunidad.

—Suena muy poco alentador, como si te estuvieses conformando conmigo porque a él no lo puedes tener.

—Nunca ha sucedido nada indebido entre Lucas y yo —le aclaró—. De hecho, como bien sabes, no me confesó lo que sentía hasta que se presentó Agatha ante mí. Y bueno…

ya has visto que solo te bastó besarme para que yo cayese rendida a tus brazos.

—Fue así, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí —apuntó avergonzada.

—Uhm… y si quisiera besarte ahora… —dijo, al tiempo que se acercaba con cuidado hacia ella.

Evelyn se movió hacia atrás de inmediato. Él se frustró. Suspiró con fuerza.

—No te enfades —le pidió.

—No. No te preocupes, es solo que disfruto muchísimo cuando te beso y cuando hacemos lo que le sigue a los besos, Evelyn.

—Me sucede lo mismo, por ese motivo encuentro prudente que nos contengamos por el momento —le explicó.

—Esperaré hasta que estés preparada. No te seduciré, ni por supuesto, tampoco te forzaré a que me aceptes. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Gracias. Así pues, ¿me permitirás quedarme aquí con los duques de Stone?

—Sí. Respetaré tus deseos, mi amor. ¿Me está permitido usar apelativos cariñosos para hablar contigo? —indagó con cautela.

Ella le sonrió.

—Si es lo que sientes, sí. Me gustaría que fuésemos sinceros el uno con el otro.

—Lo seré. Tienes mi palabra.

—¿Hay algo más que debería saber, Frederick?

Vio que su marido tragaba saliva y luego dijo:

—No.

—Bien.

Frederick se puso de pie en ese instante y ella le siguió. Se quedaron el uno frente a la otra. Estaba más que claro que ambos se morían por comerse a besos.

—Evelyn, tengo muchas ganas de…

—Lo sé —le dijo ella, porque también estaba ardiendo—. ¿Por qué no hacemos planes?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué tal si tomamos un helado en Gunter's? Hace mucho tiempo que no he ido.

—Sí. Podríamos salir a comer a un restaurante, si te apetece y luego pasear por Hyde Park. Mañana, podría venir a por ti y salir a montar.

—No me gustan los caballos.

—Mejor, desde que Stone se cayó de uno, no me siento demasiado cómodo cuando alguien que me importa muchísimo se sube a uno. Yo mismo me caí no hace demasiado.

—Lo recuerdo. Tu madre lo mencionó.

—Fue una caída menor. Nada serio.

—Pero sirvió para que yo me preocupase por ti.

—Viniste y es lo que importa, Evelyn. En cuanto a nuestros planes haremos todo lo que has dicho hoy. ¿Nos veremos todos los días, Evelyn?

—Me gustaría, si a ti te parece bien.

—Mucho. Esto es extraño. Hace unos días estabas en mi casa y ahora te siento tan lejos, Evelyn.

—Estoy aquí. He vuelto porque creo en nosotros. Juntos como un matrimonio feliz.

—Bien.

—Frederick… Yo… —No supo qué más decirle.

Se miraron a los ojos y cuando ella se lamió los labios, él se puso frenético.

—¡Tengo que irme! —exclamó demasiado chillón. Si se quedaba acabaría saboreando esos jugosos y tiernos labios y luego pasaría a lamer otra parte de su cuerpo que le apetecía mucho degustar.

—Sí, yo iré a… Bueno, lo que sea que Felicity diga que podemos hacer. Primero a instalarme, supongo.

Freddy se acercó a ella, le pasó una mano por la mejilla derecha.

—No supe la suerte que tenía contigo entonces, pero ahora no lo desaprovecharé. —Le dio un beso rápido en los labios, casi sin tocarla, pues no se fiaba de sí mismo, y se despidió de inmediato.

Ella se quedó mirando su estela con una sonrisa de lo más tonta en el rostro.

Evelyn tenía veinticinco años y era como si volviese a ser aquella muchachita de catorce que lo miraba embelesada.

Todo podría salir muy bien si ambos ponían de su parte.

Capítulo 12

Esa mañana, Frederick y Evelyn estaban paseando por Hyde Park. Era uno de los tantos paseos que habían llevado a cabo durante los últimos días.

Había muchas especulaciones sobre la relación que unía al conde de Rochester a la hija de un comerciante. No resultó inesperado el hecho de que los rumores comenzasen a surgir.

Frederick atajó el asunto de inmediato, envió una nota a The Times explicando que la señorita Morton, se había convertido en su esposa. A partir de ahí las especulaciones siguieron, pero ya estaban casados oficialmente ante la sociedad, pese a que no se decía nada sobre la fecha o cómo fue el enlace.

—Todo el mundo nos mira —susurró Eve, quien iba cogida del brazo de su esposo.

—Por supuesto que sí. Somos ahora mismo el centro de atención de la sociedad.

—Creo que no dejo de trastocar tu vida a cada paso.

—Nada de eso. Llenas mi soledad, Evelyn, me haces feliz.

—¿Y qué pasará si se enteran de que estoy viviendo en casa de Stone? Será…

—No —la cortó—. La sociedad no va a dirigir nuestras vidas. Aunque sabes que tienes las puertas de nuestra casa abiertas, me prometí no presionarte para que vinieses a mí, así que no permitiré que el resto pueda influenciar en ti.

—Admito que has sido paciente, atento y…

—¿Te gustaron las flores?

—¿Gustarme? —Le había regalado hacía dos días el jardín del Edén, porque todos aquellos ramos de flores que llegaron a casa de los duques fueron… ¡increíbles!

—¿No te agradaron? —preguntó un poco inseguro. Frederick era muy nuevo en eso de cortejar a una dama.

—¡Casi me desmayo! Fue un gesto precioso. No había recibido flores nunca, Frederick. Me encantaron. Y puedo decirte algo que intuyo que te agradará saber, aunque no debes traicionar mi confianza y delatarme.

—¿El qué?

—Felicity confesó sentirse un poco celosa, pues al parecer Stone no la ha agasajado nunca con flores…

—¡Dime que ella se enfadó con él y que Stone me maldijo por ser más atento que él! —le rogó.

Evelyn se rio y comenzó a negar con la cabeza.

—Todo el mundo sostiene que sois los mejores amigos, pero cualquiera que os viese, diría todo lo contrario.

—No has respondido a mi pregunta.

La dama rodó los ojos.

—No se enfadaron, pero es cierto que el duque te maldijo por sembrar la discordia incluso cuando no hacías nada malo.

—Me siento orgulloso.

—Stone esa misma tarde hizo entregar varias docenas de flores y le regaló un precioso anillo a su duquesa.

—¿Y cómo se lo tomó Felicity?

—Uhm… ¿Cómo crees tú que fue el asunto? —apuntó algo avergonzada.

Freddy sonrió.

—Me hago una idea de cómo habrá sido, porque sé lo que hubiese hecho yo contigo si te hubieses mostrado… agradecida.

—Ah, ¿sí? —coqueteó ella.

Rochester subió su condal ceja.

—¿Cuánto tiempo estuvieron encerrados los duques de Stone disfrutando de la intimidad?

—Bastante tiempo. —Cuando observó que Felicity se le echaba en los brazos a Stone y al ver el gesto de su esposo, Evelyn no tuvo suficientes piernas para desaparecer. Entre otras cosas porque el duque se la cargó en brazos y puso rumbo a su habitación.

—Yo no te habría permitido salir de la cama hasta la mañana siguiente.

Ella lo miró en ese momento y se dio cuenta de que la estaba mirando de un modo que… ¡Vaya! Evelyn se sentía como si fuese una gota de chocolate a punto de ser engullida.

—Me haces sentir muy deseada.

—Lo eres, y en cuanto me lo permitas, te lo demostraré. Regresemos pues a lo mucho que te agradaron las flores y los bombones del día siguiente.

—Fueron deliciosos, Felicity y yo te culparemos si tenemos que ensanchar los vestidos.

—Ya… ¿y si te entregase algo ahora mismo que te pudiese agradar mucho… y me atreviese a pedir una recompensa?

—Tienes esa mirada de picardía que me vuelve loca. ¿Qué tienes en mente?

Frederick, en medio del parque, tal y como estaban, colocó la rodilla derecha en el suelo. Ella se quedó muy quieta, no se atrevió a moverse, el resto de los viandantes los estaban mirando.

—¿Qué estás…?

Felicity no terminó la pregunta porque su esposo se acababa de sacar un anillo,

aquel que había comprado después de haber yacido con ella y que no le llegó a entregar. Un rubí con dos diamantes. Cuando ella vio la joya se quedó con la boca abierta.

—Es así tal y como tuve que haberme declarado, amor mío.

—¡Pero si ya estamos casados! —Evelyn tenía miedo de que se avivasen más los rumores.

—Eres mi condesa, mi esposa y confío en que pronto llegues a ser la madre de mis hijos, pero ante todo eres Evelyn. La mujer que me ha devuelto la ilusión, la esperanza. Te amo con todo mi corazón. —Frederick le cogió la mano y le colocó el anillo justo encima de la alianza de boda. Luego la volvió a mirar a los ojos al tiempo que tocaba la alianza de bodas y le dijo—: Este anillo nos encadenó, este otro —rozó el que él le había dado— quiero que te recuerde que te amo. ¿Me amas, lady Rochester?

Ella estaba con lágrimas en los ojos. Esa vez eran de pura dicha. Había sido un gesto tan… tan… tan… ¡Dios! El corazón se le iba a salir del pecho.

—Levántate, Frederick y abrázame —le ordenó. Él lo hizo y se fundieron en un abrazo de lo más sentido. Sellaron el gesto con un ligero beso en los labios. Ya habían escandalizado a gran parte de los demás congéneres que transitaban por el concurrido parque, ya habría tiempo después para darse un beso en condiciones—. Te amo —le confesó ella cuando se quedaron mirándose a los ojos.

—Te haré feliz.

—Y yo también a ti.

Acababan de intercambiar las promesas que tuvieron que haberse dicho en el pasado.

Evelyn no había sido nunca tan feliz, sonreía como una niña entusiasmada. Frederick también lo hacía. Ambos irradiaban felicidad. Se fundieron en un último abrazo antes de proseguir con el camino, pero cuando Evelyn lo tuvo sujeto, cometió el error de no cerrar los ojos.

Ahí frente a ella, sin que su esposo pudiese verlo, estaba Lucas Morton. Desde el otro lado del parque, su primo la miraba con seriedad. Y de pronto, toda esa luz, ese cosquilleo de su estómago se transformó en inquietud.

Frederick se separó de ella, y le ofreció el brazo, aunque nada más se fijó en el rostro de su condesa, supo que algo había sucedido. No se veía… feliz. Era la expresión de sus

ojos, había ¿oscuridad? Algo muy extraño acababa de suceder y no sabía qué podía haber sido.

—¿Estás bien, Evelyn?

—Sí, sí. Desde luego que sí. —Trató de sonreír, pero seguro que no se veía natural—. ¿Podemos regresar a casa de los duques?

—Evelyn, ¿qué ocurre? —preguntó alarmado.

—Es solo que… No sé, la cabeza ha comenzado a dolerme —improvisó.

Él se relajó ante la explicación y le sonrió.

—Vayamos. Puedes comparar tu anillo con el que le ha regalado Stone a su esposa, estoy seguro de que el mío es más ostentoso.

—¡Frederick! —lo regañó. Aunque Evelyn creía que su esposo tenía razón. El de Felicity era bonito, pero no tan grande como el de ella. También era verdad que Frederick tenía más pecados que expiar que Stone… ¿o no?

***

El carruaje de la duquesa de Stone avanzaba hacia su destino. En su interior, además de Felicity, iba sentada Evelyn, quien le había facilitado la dirección al cochero en el último momento.

Se sentía como si estuviese haciendo algo malo, pero era necesario dar la cara y eso era lo que iba a hacer.

—Tengo que darte las gracias, Felicity, por no descubrirme ante tu esposo. —Eve le había dicho a la duquesa que era necesario que la acompañase a un lugar, aunque no le había dado más información y le pidió que confiase en ella. No se fiaba de que Stone no fuese a chivarse a Rochester.

—¿A dónde vamos, amiga mía? —le preguntó la duquesa, dado que había escuchado la dirección pero no tuvo la menor idea de dónde acabarían.

—Esta mañana, cuando estuvimos paseando en Hyde Park, Frederick llevó a cabo un numerito de lo más…

—¿Qué ha hecho?

—Oh, no. Nada malo, te lo aseguro. Se está comportando como un verdadero príncipe azul.

—¡Ooooh! —exclamó satisfecha Felicity.

—Él se ha arrodillado ante mí, ha sacado el bonito anillo que te enseñé y ha hecho una declaración preciosa pese a que ya estamos casados.

—Aprende rápido —alegó contenta su amiga.

—Ha sido todo perfecto hasta que… —se silenció.

—Así que tu esposo sí que ha hecho algo malo después de todo.

—No —negó con la cabeza con convicción—. Lucas.

—¿Qué pasa con tu primo?

—Él estaba allí, en Hyde Park, nos vio desde lejos y… ¡Cielos, Felicity! Tuviste que haber visto la expresión tan desolada de su rostro, me dolió el corazón. Es injusto que yo esté encontrando la felicidad y eso signifique que él se sienta miserable. Es horrible. Lucas ha estado a mi lado, apoyándome, dándome ánimos y ahora yo…

—Sientes que lo estás traicionando.

—Sí —reconoció—. Sé que es una tontería, dado que estoy casada con Frederick y por lo tanto no estoy haciendo nada malo, aunque…

—Es complicado, puedo verlo.

—¡Muchísimo! —corroboró Evelyn.

—Supongo que es ahora cuando tengo que preguntarte si amas a tu primo.

—Siempre lo querré, pero jamás del modo en el que amo a Frederick. Él me completa del todo, me hace sentir amada y deseada, es del todo natural besarlo. Cuando Lucas

me dio un beso…

—¿¡Doyle te beso!? —inquirió asombrada la duquesa.

—Nada sórdido, te lo aseguro. Fue un beso dado en un momento de vulnerabilidad y te aseguro que no se pareció en nada al modo en que exige Rochester —usó el título porque cuando la besaba era el conde tirano el que lo hacía, y no el hombre atento que estaba descubriendo.

—Pues ahí tienes tu respuesta, Evelyn. Si el que te hace sentir el corazón tibio y pone todo tu mundo patas arriba es tu marido, no tiene sentido darle esperanzas a Doyle.

—Lo sé y por eso te necesito esta tarde.

La duquesa afirmó con la cabeza.

—¿Debo suponer que estamos yendo a una cita con el señor Doyle?

—Sí. No te he pedido que vengas conmigo porque precise de una especie de refuerzo porque crea que al tener a Lucas delante me vaya a sentir débil, sino porque he imaginado a Frederick teniendo que despedirse de una mujer que le ha confesado su amor más profundo, y aunque comprendería que él debería ir a explicarle que ama a su esposa, creo que me sentiría mejor si él fuese a verla con Stone.

—Así que ahora mismo yo soy el duque de Stone y tú eres el conde de Rochester.

—Dime que me has entendido, porque estoy tan nerviosa que me hago un lío incluso explicando mi razonamiento.

—Sí, Evelyn, comprendo que te ves en la obligación de ir a explicarle tú misma a Lucas Doyle que estás locamente enamorada de Freddy, y que, por respeto a tu esposo, quieres que yo sea testigo de todo lo que pueda suceder para que el encuentro sea decente.

—No es como si yo fuese a desmayarme a los pies de Doyle en cuanto lo viese. Sería imposible hacerlo, cuando es Frederick el que está todo el tiempo en mi cabeza y en mi corazón, solo quiero que estés a mi lado porque si mi esposo se entera de que he ido a encontrarme con mi primo…

—Lo sé. Es un hombre, sus instintos primarios… Y eso son los puros celos, lo harían pensar en que estás siendo deshonesta y por eso quieres que te acompañe.

—¡Exacto!

—Os daré toda la intimidad que pueda. Me retiraré a un lado, como una excelente carabina para que puedas despedirte de él.

—Gracias, Felicity. No sé qué hubiese hecho si al llegar a la ciudad no hubiese dado contigo.

—¿Puedes creerte que en cuanto te vi, supe que seríamos unas amigas de lo más cercanas?

—¿Sí?

—Sí. Y eso que no sabía todavía que eras la esposa de Freddy. Nos irá bien juntas, separando a los *niños* —arrastró la palabra y Evelyn supo que se refería a Stone y a Rochester— cuando se peleen.

—Felicity…

—¿Qué?

—Llevo algo más de un mes en la ciudad.

—Lo sé. Y de ese mes, llevas mucho tiempo residiendo en mi casa. No me estoy quejando, me encanta tenerte a mi lado, lo que me sorprende es que tu marido esté aguantando tanto para no llevarte a su cama.

—Lo estaba probando.

—¿Qué?

—A Frederick. No me juzgues ni me digas que soy malvada, solo quería saber si él estaba dispuesto a cumplir su palabra y aunque yo me muero por ir a vivir con él, he querido probar la fuerza de voluntad que tiene. Ha sido un tiempo mágico, como si de verdad estuviésemos cortejándonos. Estuvimos en ese sitio donde venden caballos, Tattersalls, creo que se llama.

—¿Y te gustó ir allí?

—No, aunque me agradó el modo en el que Frederick me lo explicó todo. Se veía muy ilusionado con los caballos. Los adora y los teme a partes iguales.

—Yo también lo desteté. A los hombres les encantan esos animales. Stone se cayó de aquel caballo y nada más se recompuso volvió a subirse sobre la misma bestia. Mi marido sostiene que un hombre dejaría de serlo si no se enfrenta a sus miedos y permite que el pánico lo domine.

—Es cierto. Cuando desaparecí unos días de Londres, antes de instalarme en tu casa, estuve en una posada, cerca del lugar donde mi padre murió porque fui a enfrentarme con el pasado, tenía que superar el dolor y la rabia para poder darle una oportunidad a Frederick.

—¿Puedo preguntarte algo, Evelyn?

—Siempre.

—¿Por qué lo llamas Frederick? Todos lo llamamos Freddy, y quienes deben mostrarle respeto debido a su posición, usan su título.

—Él me pidió que lo llamase así porque nadie más se refería a él de ese modo.

—¡Vaya! Creo que tu esposo sí que es muy romántico. Faran es… bueno, sé que me ama, pero no es tan detallista, ya viste que tuvo que ver que Freddy comenzaba a hacerte regalos para comenzar a malcriarme.

—Cuando os vi por primera vez, sin conoceros al duque y a ti, supe de inmediato que entre vosotros dos había un amor muy grande.

—¿Por qué? —preguntó curiosa Felicity.

—Es el modo en el que él te mira, o cómo tú siempre estás pendiente de él. Incluso cuando camináis separados, siempre estáis muy pendientes el uno del otro.

—Amo a ese hombre con todo mi corazón —reconoció embelesada la duquesa —. Lo amé incluso cuando él estuvo comprometido con mi hermana.

—Uhm… ¿Alguna vez me contarás toda vuestra historia, completa?

—Claro que sí, pero eso tendrá que esperar. Ya hemos llegado a nuestro destino. Es hora de que rompas con tu pasado para poder abrazar el futuro. Me tendrás a tu lado, y solo tienes que darme una indicación para intervenir. Todo el mundo en Londres sabe que domé al Monstruo Stone, y eso tiene que servir para algo.

—¿Has dicho al Monstruo Stone?

—Oh, sí. Así se le conocía a Faran antes de que yo obrase mi magia. Te lo contaré todo en otro momento con detenimiento. Salgamos ahora —propuso la duquesa en cuanto la portezuela del carruaje fue abierta por un lacayo.

Capítulo 13

Lucas Doyle estaba frente a ella. Le había presentado a Felicity y la había saludado con la máxima de las distinciones, acorde a su elevado título de duquesa. Tras los saludos, ahí, en la salita de recibir visitas en la que estaban y sin que nadie le dijese nada, la duquesa de Stone se había movido lo más lejos posible.

Lucas la estaba mirando en ese momento.

—¿De qué se trata todo esto, Eve? —preguntó inquieto.

Sobra decir que cuando la condesa de Rochester llegó a su casa, su primo había mostrado una alegría genuina, no obstante, duró bien poco cuando percibió a Evelyn tensa y distante, por lo que él adoptó esa misma posición.

Lady Rochester se sentó en un sofá y él hizo lo propio. La sirvienta acababa de entrar con el té, pero nadie iba a tocar el servicio. No se trataba de una visita social.

—Quería hablar contigo.

—Te vi en Hyde Park —le dijo Lucas.

—Lo sé.

—Hace casi cinco semanas que no te veo, Eve. ¿Te llegó mi nota?

—Sí. —Uno de los sirvientes, ella no sabía quién, le había dejado un papel pulcramente doblado sobre una mesita, en el que él le pedía que fuese a verlo y le indicaba sus señas. Ella había pospuesto la visita tanto como pudo.

—Y has decidido venir a verme con la duquesa.

—Así es.

—¿Por qué traes una carabina a mi casa cuando siempre hemos estado trabajando juntos, codo con codo?

—Las cosas han cambiado.

—¿Cómo han cambiado? —preguntó duro y severo.

—Me he enamorado de él, Lucas —le dijo, pues no tenía sentido suavizar el golpe.

El señor Doyle no precisaba de mayor aclaración.

—Ya… ¿Y es por ese amor tan grande por el que te has mantenido apartada de la casa de tu esposo, Eve? —Era evidente que Lucas no se creía nada.

—Lo creas o no, ha sido así.

—¿Qué tiene Rochester contra ti, Eve?

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, Lucas?

—Es evidente que te está presionando con algo. No pretenderás que me crea que te has enamorado del hombre que es responsable directo de la muerte de tu padre, y que además te dejó a tu suerte durante dos años.

—Los dos sabemos que Frederick era muy consciente de todo lo que yo hacía, aunque no viviese con él —aludió a aquel espía que su esposo tenía en el norte y de quien estaba segura que su primo estaría al tanto.

—Uhm… ¿Frederick? ¿Lo llamas por su nombre de pila? —Lucas no iba a hablar sobre lo otro que ella había insinuado y que él ya se había imaginado que sucedía. Ambos tenían sus espías.

—No puedo llamarlo de otro modo. Sabes bien lo que vine a hacer en Londres.

—Por supuesto. Engendrar a su hijo. ¿Lo has hecho ya?

Ella desvió la mirada. Tenía la sospecha de que podría estar encinta, aunque no había compartido con nadie ese hecho. No era de extrañar, pues pese a que no era una jovencita, sí que provenía de una familia prolífica. Tal y como Morton le había contado, la abuela de él tuvo quince hijos. Además, Frederick y ella habían tenido unos encuentros tan ardientes que el resultado no podía ser otro.

—Lucas… —susurró su nombre como si le estuviese pidiendo perdón.

—Yo te quiero igual, Eve. No me importa que hayas sido de él.

—No solo lo he sido, soy su esposa —le dijo.

—No me importa —repitió—. Te lo dije antes de dejarte marchar y…

—No me dejaste marchar —lo rectificó con suavidad—. Vine porque era momento de enfrentarme a una situación que debía ser aclarada. Tienes que creerme, no había previsto que todo resultase de este modo.

—¿De qué modo, Evelyn? —Ella se dio cuenta de que había usado su nombre completo. Un síntoma de su irritación—. Entiendo que te creas enamorada de Rochester, te ha tenido en la cama, y ahora su semilla crece en tu interior. Estás confundida, en cuanto regresemos a casa, te darás cuenta de que no lo necesitas.

—Lucas —lo llamó con ternura y comprensión— yo fui la primera que creí que lo que teníamos Frederick y yo era solo un acuerdo que él detestaba. Tuve claro que tendría que venir, tener a su heredero, y que después todo podría seguir igual entre los dos.

—¿Y yo, Evelyn? —El señor Doyle se acercó un poco a ella y le agarró la mano enguatada—. ¿Dónde me dejabas en ese pensamiento que creíste poder llevar a cabo? Porque estoy convencido de que era a mí a quien veías a tu lado al regresar al norte para dirigir la fábrica.

Ella suspiró. Le dio un apretón en la mano, algo para reconfortarlo.

—Me doy cuenta de que he amado a mi esposo desde la primera vez que lo vi. El rencor que sentía hacia él, primero por no darme una oportunidad, por abandonarme después y finalmente por el accidente de mi padre, no me ha permitido ver más allá. Cuando he sido capaz de comprender mejor los hechos, cuando él mismo me ha explicado algunas cosas…

—¡No puedes estar hablando en serio! —levantó la voz sin darse cuenta.

La duquesa de Stone, que trataba de no poner la oreja, carraspeó en ese

momento para llamarle la atención.

Él se tragó una maldición.

—Lo siento, Lucas. De verdad que no quiero hacerte daño, pero estoy muy segura de que Frederick…

—No lo digas —le ordenó.

—Lo amo con todo mi ser —dijo de todos modos.

—Maldita sea, Eve. Ese hombre no te merece.

—No sé si es digno de mí o no, solo entiendo que mi mundo ha comenzado a girar en torno a él. No puedo estar ni un solo día sin pensar en él. Es por eso por lo que me trasladé a casa de los duques de Stone, quería ver si había mucho más entre ambos que esa… atracción física —apuntó en un susurro—. Y lo hay, Lucas. He descubierto a un hombre paciente, tierno, que es capaz de valorarme.

—¿Pero te ama, Eve? ¿Te ama tanto como yo? ¿Hubiera estado él dispuesto a sacrificarse por ti si la situación hubiese sido al revés? ¿Se hubiera quedado de brazos cruzados esperándote si en vez de estar casada con él lo hubieses estado conmigo? No, Eve. Estoy seguro de que no sería así.

—Estoy casada con él y el resto es historia. Te estoy explicando que la decisión está tomada.

—Por amor de Dios, Eve. No puedo consentirlo. No ahora, después de lo que me ha costado hablar. Me besaste… —le recordó.

—Te juro que no quería que nadie sufriera y menos que nadie tú. Has sido muy bueno conmigo, pero después de lo que he compartido con Frederick… No puedo, ni desearía cambiar lo que siento por él.

—Eve… —Él estaba muy pegado a ella. Veía los ojos de su prima brillando. Lágrimas contenidas.

—Creo que es hora de marcharnos —interrumpió la duquesa.

Evelyn se separó de Lucas y se levantó de inmediato.

—Por favor, no te vayas. No me dejes… —le pidió él estando también en pie.

—Lo siento. De verdad que lamento hacerte daño —alegó, justo antes de salir a toda prisa, en compañía de la duquesa de Stone.

En cuanto entraron de nuevo en el carruaje, Evelyn no pudo contenerse. Se abrazó a su amiga, lloró y sollozó.

La duquesa la consoló, entendiendo que lady Rochester no lloraba por un amor perdido, sino por haber visto la pena y la angustia en el rostro de una persona que amaba, aunque no del modo en el que él lo hacía por ella.

Lo que más le molestaba era que su felicidad había quedado empañada. Y se enfurecía por ello.

La duquesa de Stone, sin que Evelyn se lo hubiese pedido, la dejó frente a la puerta de Rochester.

—Ve a ver a tu esposo, lo necesitas, amiga mía. Más que nunca.

Bajó del carruaje y entró en casa de Rochester. En cuanto lo tuvo delante se lanzó a unos brazos que ya estaban abiertos para recibirla.

—Frederick, Frederick… —lo llamaba incluso aunque ya estaba pegada a él.

—¿Qué sucede, mi amor? ¿Qué te ha ocurrido?

—Abrázame y no me sueltes nunca.

Aquella tarde, los condes de Rochester no hicieron el amor, se limitaron a estar juntos, abrazados en la cama de Freddy. No la presionó para que le contase su mal, solo la reconfortó con palabras tiernas, gestos dulces y besos castos.

La condesa no necesitaba evadirse mientras le hacía el amor. Y aunque el conde sentía verdadera hambre por su esposa, no quiso poseerla, solo ser su compañero. Uno al que ella pudiese acudir siempre que lo necesitase.

Horas más tarde, Evelyn se despertó sola en la cama. Era todavía media tarde. No sabía cuánto había dormido, pero a buen seguro fue mucho.

Cuando salió de la habitación para buscar a su marido, se topó con Agatha en el pasillo.

—¿Al fin has vuelto a tu hogar, hija mía? —inquirió la condesa viuda llena de

alegría. Agatha había estado visitándola con frecuencia en casa de los duques de Stone, incluso las dos, junto con Felicity, estuvieron en Bond Street encargando varios vestidos, cintas, guantes, sombreros, zapatos y todo lo que la madre de Freddy determinó que Evelyn necesitaba tener nuevo. Sin embargo, le había producido una inmensa alegría ver que al fin estaba en el lugar donde pertenecía.

—Pienso trasladarme de inmediato.

—Por supuesto que sí. Y si quieres que te diga la verdad, creo que hiciste bien en ponérselo un poco difícil a mi hijo. Te quiere muchísimo, ya te lo dije.

—Yo también lo amo.

Agatha suspiró satisfecha.

—Así es como debe ser.

—¿Dónde está Frederick? —Tenía muchas ganas de verlo y volver a abrazarlo.

—Lo he visto salir a hurtadillas de casa, y cuando le he preguntado a dónde iba, me ha dicho que a ocuparse de que tus cosas estuviesen en casa cuando despertases de la siesta.

—¡Oh! —exclamó sorprendida.

—¿Ha hecho mal en ir a recoger tus pertenencias, hija mía? —se interesó Agatha.

—No. Solo me ha sorprendido. —Evelyn se rio con ligereza—. Tu hijo es un tirano. Eres consciente de ello, ¿cierto?

—Mientras te ame, déjalo que te proteja y cuide de ti, Evelyn. Lo he visto tan ilusionado estos días pasados… Creo que todos los matrimonios que se casan en circunstancias especiales deberían cortejarse el uno al otro para conocerse mejor, tal y como habéis hecho vosotros.

—Es gracias al tiempo que he pasado con él cuando al fin he podido descubrir que es un buen hombre.

—¡Ah! Me ha dicho que esta noche nos llevará a las dos a la ópera. Creo que no has estado en el palco que tiene la familia en Covent Garden.

—No, no me ha llevado allí. Hemos estado en un par fiestas más íntimas estos

días pasados, nada ostentoso, con los duques de Stone. Será agradable ir al teatro. Confío en que nuestros amigos puedan acompañarnos también esta noche.

—Freddy comentó que Stone fue muy cordial y agradable con él durante vuestras salidas.

—Es cierto —apuntó Eve—. Y la verdad es que me sorprendió su actitud.

—No deberías. Una mujer que sabe jugar bien sus cartas puede persuadir a su caballero de brillante armadura para que haga lo que ella desea.

—¿Consideras que Stone ha estado siguiendo los dictados de Felicity para no importunar a Frederick?

—Por supuesto que sí. Stone siente un gran placer al molestar al resto, y en especial a Freddy. No siempre fue así. Es verdad que solía ser más serio que mi hijo, pero no tan rígido como lo es ahora. Y te aseguro que Felicity lo ha suavizado mucho. Además, el duque no es el único que está dispuesto a hacer lo que sea por su dama.

—¿No?

—No.

—¿Y de quién más estamos hablando, Agatha? —inquirió bufona Eve.

—No te hagas la despistada. Tú misma tienes a mi hijo comiendo de la palma de tu mano. Y no te estoy censurado, pues sé bien que tú te encuentras en la misma situación que él. Así es como debería ser para todas las parejas. El amor debería tener un valor incalculable, que debería ser infinitamente superior a la dote o los contactos que puedan aportar los cónyuges.

Evelyn le sonrió con cariño.

—Sabes que si Morton no hubiese sido rico, yo no estaría casada con Frederick, Agatha.

—No me has dejado terminar, hija mía. Estaba a punto de decirte, que incluso cuando las situaciones exigen que haya dinero o un título de por medio, la pareja debería estar obligada a luchar por encender la llama de la pasión.

—¿No el amor, Agatha? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Las dos sabemos que Frederick quería conquistar tu cuerpo antes que tu

corazón. —Las dos se echaron a reír—. No puedes cuestionar a un hombre por ello, son sus impulsos naturales. Así que cuando ya prende la pasión, es más fácil que llegue el amor. Muchos caballeros son reacios a hablar de sentimientos o cuestiones que califican de índole femenina. El padre de Freddy era de esa tipología. Por fortuna, mi hijo aprende de sus errores y no teme hablar o actuar cuando debe hacerlo. Y esto me recuerda que debo preguntarte por un asuntillo que…

—¿Sobre qué? —Evelyn sentía curiosidad. Veía a Agatha un poco sonrojada. ¿A qué se debería?

—Luchas Doyle, hija mía. No quiero ser una de esas suegras entrometidas, pero me preocupo mucho por Freddy y por ti. Quisiera que no hubiese nadie…

—No lo hay —la interrumpió—. El asunto de mi primo está zanjado. Es muy consciente de que amo a Frederick y aunque todavía tengo que hablar con mi esposo sobre mi legado en Watford, confío en que le permita a Lucas seguir manejando los asuntos, aunque comprendo que Frederick tendrá cosas que decir al respecto y mi primo tendrá que aceptar que tiene un nuevo socio.

Le tocó a Agatha abrir los ojos con sorpresa.

—¿Así que vas a dejar la fábrica en manos de los hombres, Evelyn?

La condesa de Rochester suspiró y la miró con una brillante sonrisa.

—Tendré que hacerlo, pues sospecho que voy a tener que desenvolver un papel que requerirá mi plena atención. Y estoy deseando que llegue.

Agatha gritó llena de alegría.

—¡No puede ser!

—Sí, creo que sí.

—¿Lo sabe Frederick?

—No. Todavía no se lo he dicho.

—¿Qué son esos gritos? ¿Y qué es lo que todavía no me has dicho, mi amor? —El conde de Rochester estaba subiendo por las escaleras, y al llegar se acercó a su madre, le besó la mejilla y luego se centró en Evelyn, a quien besó en los labios y la acercó hacia él por la cintura.

La condesa viuda no podía ser más feliz con la estampa que tenía ante sus ojos. Se veían radiantes y enamorados. Pensó en Morton. El padre de Evelyn estaría entusiasmado por cómo había resultado el difícil camino que ambos emprendieron aquel día, con una boda tan lúgubre que más pareció un entierro que un festejo. Agatha también sintió lástima. Si Dios no se hubiese llevado a su lado a Edward tan pronto, los cuatro formarían una familia de lo más amorosa. Se concentraría en la llegada del próximo bebé. Se convertiría en abuela y su vida sería plena. De sus tres hijos, ninguno le había dado todavía esa alegría. El que ejercía de vicario, Cedric, no estaba casado y seguramente no lo estuviese nunca, pues ese hijo suyo fue el que más sufrió a manos de su padre. Y el otro hermano de Freddy, Anthony, quien estuvo en la guerra, se casó con una dama que ya contaba con un hijo, y sin embargo los niños no habían llegado aún.

—Le estaba diciendo a tu madre que nunca había estado en la ópera. —No quería decirle todavía lo del bebé. Quería estar segura de no haberse equivocado. Además, cuando le contase las buenas nuevas a su esposo deseaba hacerlo en un ambiente que fuese especial, para que ambos tuviesen un recuerdo para el resto de su vida.

—¿Y mi madre estaba gritando, porque…? —la invitó a responder el conde. Había algo extraño en la situación que tenía ante sus ojos. Las mujeres le estaban ocultando información, aunque no tenía la menor idea de lo que podría ser.

—Porque tu esposa ha regresado a casa —improvisó la viuda—. ¿Has traído las cosas de Evelyn contigo?

—Algunas. Felicity preparará el resto y enviará a uno de sus lacayos.

—Muy bien. Os dejaré con vuestras cosas —Agatha se retiró del pasillo.

Evelyn miró llena de emoción a su esposo.

—¿Evelyn?

—¿Qué?

—Estamos bien, ¿verdad? Tú y yo —sondeó el conde.

—Sí.

—¿Vas a contarme por qué estabas llorando?

—No.

—¿Por qué? —inquirió enfurruñado.

—Porque me gustaría que mi esposo me llevase a la cama.

—Uhm… Mis abrazos son tan perfectos como todo lo otro que sé hacer… —alegó muy pagado de sí mismo.

—Lo son —concordó la condesa—. Sin embargo, considero que podrías recordarme que es lo *otro* que sabes hacer tan bien. Ha pasado algún tiempo y me temo que puedo haberme olvidado de… ¡Cielos! —Frederick, quien había lanzado un gruñido de lo más primitivo, la acababa de alzar en brazos y se dirigía a toda prisa a su alcoba.

—¡Creí que no me lo pedirías nunca! —exclamó lleno de deseo.

Entonces sí. Los condes de Rochester hicieron el amor con frenesí primero, para luego tomarse su tiempo.

Delicioso.

Estar casados y encontrar el amor era fantástico.

Capítulo 14

Si la lluvia hubiese sido un presagio de que se acercaban problemas, Evelyn hubiera podido anticiparse a la situación. O seguramente no.

Bajaron del carruaje a toda prisa y entraron el Covent Garden. Agatha al final no se animó a ir, dijo que era una salida para la pareja. Tampoco estarían allí los duques de Stone.

Parecía que sería una salida idílica. Evelyn llevaba un vestido de muselina en un tono verde, del color de una pera. Un lazo rojo ceñía el vestido bajo su pecho y en las mangas abullonadas había unos brocados en el mismo tono que el lazo. El pelo lo llevaba anudado en un moño, del que caían unos graciosos tirabuzones por detrás y a ambos lados de su rostro.

Frederick se sentía complacido con su esposa, en especial con su aspecto. Era una belleza magnífica. Su pelo rojo la describía muy bien. Evelyn era ardiente en todos los aspectos.

Por su parte, Frederick había optado por un traje formal clásico, los tonos negros y blancos estaban a la orden del día. Se veía apuesto, serio y a la vez jovial. Ese último aspecto se lo conferían sus pícaros ojos azules.

Nada más poner un pie en el teatro se escuchó un trueno inmenso.

—Creo que tu madre sabía que habría tormenta y por eso decidió quedarse en casa, Frederick.

—No te preocupes por eso. Estamos aquí, cobijados. Cuando salgamos seguramente ya habrá pasado todo. Solo disfruta de *Romeo y Julieta*.

—Uhm… Shakespeare.

—¿Leíste el libro del maestro?

—No. En cuanto me enteré de que era una historia triste donde había mucha venganza y muerte, desistí. Ya tenía bastante de eso en mi vida.

—Lo siento.

—¡No! —lo frenó—. No te disculpes, por favor. No tuve que haber dicho lo último, Frederick.

—Pero es la verdad —opinó él.

—Todo está en el pasado. Lo hemos acordado —le recordó la dama.

—¿Entonces vas a contarme el motivo por el que estabas tan triste, Evelyn? —insistió.

—No es nada. Fue… una tontería sin importancia. Creo que lo que ocurrió después entre nosotros fue más transcendental, ¿no, Frederick?

El conde le sonrió. Le gustaba también cuando ella coqueteaba con descaro con él. Era tan genuina…

—Desde luego que sí. Pero no está mal que tu devoto esposo se preocupe por ti y quiera saber qué te causa dolor. Es mi trabajo, uno que he tardado en llevar a cabo aunque lo haré hasta el fin de mis días con devoción, averiguar lo que te importuna y ponerle remedio.

—Estamos bien. Eso es lo que importa. —No había pensado en el sufrimiento de Lucas y no quería torturarse por algo que ella no podía remediar, aunque el corazón le dolía cuando pensaba en su primo.

—¡Rochester! —lo llamó un amigo a viva voz desde el otro lado de la sala donde algunos aristócratas estaban saludándose antes de subir a los palcos.

Frederick vio quién lo había llamado y no quería acercarse hasta allí, pero no tenía más remedio que ir o él llegaría hasta su posición.

—¿Quieres esperarme aquí mientras saludo a uno viejo amigo, Evelyn?

—¡Oh! —exclamó sorprendida—. Por supuesto —le dio permiso. No quería ser esa clase de esposas tan posesivas.

—Será un minuto. Charles es… prefiero que no te conozca —le confesó, para después soltarse de su brazo y caminar hacia el grupo donde estaba el denominado Charles.

Se quedó allí sola. No sabía cómo sentirse al respecto, pues le parecía que su esposo se había incomodado mucho cuando ese amigo suyo lo llamó. ¿Sentiría vergüenza de presentarla a alguien que no formase parte del círculo de los Stone? Ella fue educada como una dama, aunque siempre sería una arribista, la hija de un comerciante que puso su dote al servicio de un título para muchos, pero creía que a su marido eso no le importaba.

Un caballero pasó por su lado y le dio un empujón sin ningún miramiento. Luego llegó otro atropello. Había demasiada gente en la entrada del teatro. De pronto, había perdido de vista a Rochester. Aunque sí que había podido ver, antes de que él desapareciese de delante de sus curiosos ojos que una mujer rubia, ataviada con un vestido rojo muy atrevido, se había acercado para darle un beso en la mejilla y luego había colocado un brazo sobre el suyo.

Trató de controlar los celos. Una dama pasó por su lado y le dio otro empujón. Cuando se recompuso, otro hombre se desplazó por el lateral y le pisó el pie.

—¡Cielos! —Se veía cayendo hacia delante cuando un caballero la sostuvo entre los brazos y frenó la caída—. Muchas gracias —comenzó a decir cohibida.

—¿Qué haces aquí sola, Eve? —Lucas. Lucas la mantenía en los brazos.

—Yo… Deberías soltarme —le dijo.

Él le agarró el brazo y se la llevó de allí con cierta fuerza. La condesa no quería hacer un espectáculo y decidió seguirlo. Iba coja y su primo bajó el ritmo. Él deseaba cogerla en brazos, pero no se atrevía. Llegaron hasta la parte más al sur, donde había un pequeño pasillo que resultaba más cómodo para mantener una conversación.

—¿Por qué me has arrastrado, Lucas?

—¿Arrastrarte? Una dama no debe estar sola cuando hay demasiado público. Podrías haberte caído de no ser por mí.

—No estoy sola, he venido con…

—Sé con quién has venido, Eve. Y también he divisado a quién iba tu esposo a saludar a toda prisa. Es de mal gusto que un caballero abandone a su condesa para ir a sociabilizar con su amante.

—¡Lucas! —lo regañó.

—Te he estado observando desde que he entrado al teatro. —Ella abrió la boca —. No, no te estoy espiando, solo me ha parecido inaudito que Rochester te haya dejado a tu suerte en un momento tan crucial, para ir a reencontrarse con su amante —repitió.

—¿Por qué quieres hacerme daño, Lucas? No puedo controlar lo que siento por mi esposo. No está bien que trates de…

—No trato de hacer nada, solo te informo. Un hombre enamorado no deja a su mujer a su suerte. No ha mirado ni una sola vez hacia tu posición. ¿Cuántos empellones has recibido desde que te ha dejado sola?

—Yo… —No sabía que decir.

—Deja que vea tu pie. Tienes que estar dolorida. —El señor Doyle se agachó y sin recato tomó su tobillo—. ¿Te duele?

—No es su amante —se escuchó decir.

—Tal vez no lo sea ahora, pero cuando se anunció tu compromiso, dos años atrás lo era. Todo el mundo estaba convencido de que iba a casarse con ella. Él mismo lo había dicho alguna vez en público.

—¿Por qué me haces esto, Lucas?

—¿Yo? No, Eve. No es a mí a quien deberías pedirle explicaciones.

—No me duele el pie —mintió para luego apartarse de él. No le había quitado los escarpines, solo había observado si lo tenía hinchado. Lucas se puso de pie.

—Estás cometiendo un error, Eve. ¿No lo ves?

—¿Quién es ella? —Sabía que Lucas estaba al tanto de muchas cosas que Eve desconocía y no pudo reprimir la pregunta.

—Una actriz muy famosa. Rochester compitió con varios duques por tener la atención de la dama y se decía que estaban muy enamorados. El collar de diamantes que lleva esta noche sobre el cuello fue un regalo que se pagó con tu dote. Creo recordar que se lo dio después de casarse contigo. Al día siguiente —precisó.

—Por amor de Dios, no quiero seguir escuchándote. —Ella se dio la vuelta, pero al dar el primer paso, el pie le falló y Lucas tuvo que ayudarla a apoyarse.

—Te han pisado el tobillo, ¿verdad?

—Sí. Creo que… Deberías llamar a Rochester para que…

—Maldita sea, Eve. Quédate aquí, iré a buscarlo. No te muevas.

—¡Lucas! —lo llamó.

—¿Sí?

—No quiero quedarme sola. —Estaba abrumada y muy desconcertada por lo que le había dicho su primo. El señor Doyle no era ningún mentiroso.

—Entonces no te dejaré —se colocó a su lado—. Supongo que Rochester en algún momento pasará por aquí.

—El día del accidente de mi padre…

—¿Qué pasa con ese día?

—¿Rochester iba a reunirse con esa mujer? —se aventuró a conjeturar.

—Evelyn… confieso que estoy resentido y que quise hacerte daño cuando he sacado a colación el asunto. No a ti en verdad, solo… Me he enfurecido porque te ha dejado en un rincón y no se ha preocupado por tu bienestar. E ir a buscar a esa mujer ha sido la gota que ha colmado mi paciencia. No ha estado bien por mi parte hablarte de ella y…

—Responde a mi pregunta —lo urgió, interrumpiéndolo.

—Sí, fue a reunirse con la actriz aquella mañana.

Eve cerró los ojos un momento.

El golpe de su corazón fue… brutal. Eso y mucho más. ¿Todavía estaría enamorado de aquella mujer a la que tuvo que dejar atrás porque su padre lo interrumpió en su huida? Seguramente sí, ¿qué otra explicación habría para que la hubiese echado a un lado esa misma noche?

De nuevo ese dolor lacerante se abría en su pecho. La inseguridad era peligrosa y combinada con unos ardientes celos… Malo. Sentía como si se estuviera envenenando ella misma. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Alguna vez dejaría de perseguirla el pasado?

Separó los párpados y tomó una larga bocanada de aire para tranquilizarse.

—Debo suponer que lo investigaste en su momento. ¿Averiguaste todo lo referente a Rochester en cuanto me casé con él?

—No.

—¿No lo espiaste? —inquirió sorprendida por haber errado en su suposición.

—Contraté a un investigador antes de que te casases. Le presenté a tu padre las pruebas, un informe muy completo sobre los vicios y gastos de tu marido, y Morton dijo que estaba seguro de poder hacer que Rochester cambiase en cuanto se casase, que todos los hombres sembraban avena salvaje antes de enamorarse de su verdadero amor.

Evelyn cerró los ojos una vez más. Había demasiado que asimilar. Su esposo, justo a la mañana siguiente de su boda, había huido de casa para encontrarse con esa mujer que lo había tratado con gran familiaridad, una intimidad que el conde le había permitido, le llevó un collar de diamantes, uno que previamente le habría comprado y que ya poseía cuando estaba recitando sus votos. Rochester estaba con esa dama cuando su padre agonizaba cerca del puente, cerca de aquella posada. Sintió náuseas. Estaba mareada. Las dudas, las inseguridades, los celos y toda la rabia que había tratado de contener durante dos años rugían como si fuesen animales salvajes corriendo desbocados.

—Tengo que salir de aquí… —Trató de dar un paso, pero fue imposible. No solo por el inconveniente de su pie—. Lucas… no me siento bien yo creo que… —le faltaba la respiración, el corazón lo sentía latir con fuerza, las orejas le zumbaban y una fría capa de sudor perlaba su nuca.

De pronto, todo se volvió negro para Evelyn.

—Eve… —El señor Doyle la tomó en sus brazos y no se lo pensó dos veces. Se la llevó de allí en volandas. Si alguien los veía o no, no le importó, pues el timbre de aviso ya había sonado y no quedaba casi nadie en los pasillos, los asistentes a la ópera estaban acomodándose en los palcos.

La mujer a la que amaba con todo su corazón lo necesitaba. Su esposo no había estado a la altura de las circunstancias y Doyle la metió en su carruaje para llevarla a un lugar seguro. Donde ambos habían sido felices, donde nadie pudiese lastimarla.

Al norte.

A casa.

A Watford.

Horas después, ella se despertó en los brazos de Lucas. No se sentía bien por haberse escapado en plena noche. De acuerdo, no había decidido lo que hacer en ese momento, no obstante, cuando su primo le informó de que había puesto rumbo a Watford, no tuvo fuerzas para pedirle que regresase a Londres. Era un viaje relativamente corto que el cochero de Doyle conocía de sobra.

Era necesario volver a retirarse para pensar. Había perdonado a su marido. Decidió olvidar el pasado, y sin embargo, saber que él había tenido intención de escaparse con su amante…

Dolía.

Eso dolía muchísimo como para poder pasarlo por alto.

Capítulo 15

El duque de Stone se apresuró a vestirse cuando llegó un gran grito desde el rellano de su casa que lo convocaba.

—¿Qué demonios le habrá pasado? —inquirió con desgana Faran, al tiempo que apresuraba a colocarse una bata de seda roja.

Haber salido de la cama, justo cuando estaba comenzando a hacerle el amor a su esposa lo había puesto de muy mal humor.

—Sé paciente con él, Faran, y recuerda que estaré esperándote cuando termines.

—No te atrevas a mover ni un solo músculo, Felicity. Despacharé al maldito Freddy lo antes posible y seguiremos donde lo hemos dejado.

La puerta de la alcoba del duque de Stone estaba siendo aporreada con violencia. Faran masculló una colorida maldición, abrió y salió por la puerta.

—¿No podías haberlo detenido, viejo traidor? —le dijo al señor Pike, quien estaba detrás del conde de Rochester.

—Ha sido imposible hacerlo —se excusó el mayordomo del duque.

—Sí, seguro que ni lo has intentado —concluyó el duque—. Anda, regresa a la cama, Pike. Ya me encargo yo de mi *querido* amigo.

El sirviente se retiró y el conde se cruzó de brazos y miró a Stone con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está mi esposa?

Faran se quedó con la boca abierta. Y puesto que tenía el rostro desfigurado, su expresión era digna de ver.

—¿Has perdido a tu mujer otra vez, Freddy?

—¿De qué te sorprendes? Tú perdiste a la tuya en su momento.

—Es cierto, pero no la fastidié dos veces y desde luego no tan rápido como tú. Por amor de Dios, Evelyn se ha trasladado a tu casa hoy mismo. ¿Qué le has hecho?

—¿No está aquí? —inquirió con cierto temor.

—No. Esta vez no ha venido a mi casa. El que me ha sacado de la cama eres tú.

—Hablemos en tu despacho, no quisiera despertar a toda la casa.

—Tienes suerte de que mi hijo no se desvele con facilidad. Te aseguro que en caso de haber interrumpido su dulce sueño, hubieses tenido que volver a dormirlo tú, puesto que se convierte en un demonio si algo le molesta.

—Como su padre… —apuntó por lo bajo el conde.

—Te he oído —lo avisó el duque, quien se dio la vuelta para ir hacia su despacho. Cuando llevó a cabo la acción, y como se había colocado a toda prisa la bata, Freddy pudo ver más de lo que le hubiese gustado.

—¡Santo infierno!, haz el favor de taparte, Faran.

—Tienes suerte de que te atienda, podrás imaginarte lo que estaba haciendo y ten por seguro que lo que me ofrece mi ardorosa esposa es mucho más interesante que tus miserias. —Stone se quedó un momento pensativo y añadió—: Aunque por otro lado me gusta escuchar tu desgracia.

—Eres un bastardo, Stone. Te alegras de mi situación —lo acusó.

—No, hombre, solo me divierte verte hacer el tonto. —Entraron en los dominios del que antaño fuese conocido como el Monstruo Stone, un apelativo que en opinión de Freddy le venía bien a su amigo. ¡Era una bestia con él! Se sirvieron una copa y tomaron asiento, uno en una silla y el otro en el sofá de enfrente.

—¡Otra vez! —se quejó Freddy—. Anúdate la bata mejor, deja que haya algo de misterio entre tú y yo, Stone.

Faran se levantó, se dio la vuelta, se abrió la bata, cruzó los extremos y luego se apretó bien el cinturón. Luego regresó a su posición y tomó un sorbo de brandy.

—¿Qué le has hecho a tu esposa ahora? —inquirió.

—Llevarla a la ópera —dijo entre bufidos.

—¿Y qué pasa? ¿No has acertado con la función y se ha enfadado? —bromeó.

—Si fuese eso no te habría sacado de la cama. ¿No te parece?

—Escúpelo de una vez. Veo, por tu mirada que has hecho algo grave. Dilo de una maldita vez para que pueda regresar a la cama, un lugar donde mi esposa me está esperando a fin de que termine lo que he empezado y si regreso y ella está durmiendo, puede que mañana te rete a duelo por ello, Freddy.

—¡Está bien, está bien! Antes de entrar en el palco vi a Charles Morris.

Stone conocía al hombre, el aludido se creía muy gracioso, pero era pedante y ofensivo en sus formas.

—¿La ofendió él y tú te quedaste callado?

—No. El maldito Morris me llamó a viva voz, y como sé qué carácter tiene, no quise que Evelyn se le acercase.

—Sí, es un tipo muy pesado, y no solo me refiero al volumen de su cuerpo.

—No había visto quienes eran sus acompañantes y…

—¿Quién estaba allí con él, Freddy?

—Me temo que estaba con el Gertrude.

—¿Gertrude? ¿Qué Ger…? Oh, cielos.

—Sí, esa Gertrude.

—Dime que te diste media vuelta en cuanto fuiste consciente de que tu antigua amante estaba en compañía de Morris.

—No. Cuando la reconocí ya era demasiado tarde.

—¿Qué pasó exactamente, Freddy?

—Gertrude estuvo… ella se mostró más que cariñosa conmigo y yo…

—Y el monstruo soy yo. ¿Te has vuelto loco, Freddy? Tuviste que huir del teatro de inmediato. Dejar que tu esposa te viese con tu antigua amante… ¿Qué pasó después?

—No lo sé. La dejé a un lado y cuando regresé la vista para verla, justo después de que Gertrude me manosease y me diese un beso en la mejilla…

—Esto se pone cada vez mejor… —opinó el duque.

—¡Ya sé que suena mal! —se quejó el conde.

—Recapitulemos. Charles dio uno de sus famosos brincos, los que no se pueden evadir porque los repite hasta ser atendido.

—¡Exacto! Veo que lo entiendes.

—Sigamos. Dejaste a Evelyn sola en algún rincón o algo por el estilo.

—Era un lugar seguro desde del que yo podía verla con facilidad. ¡Iba a ser un saludo de treinta segundos!

—Sospechas que ella vio cómo Gertrude te saludó… efusivamente.

—Sí.

—¿Y luego…?

—Evelyn desapareció. No estaba donde la dejé y creí que podría haberse enfadado y que había venido aquí. Me has dicho que no está y…

—¿Miraste en tu casa? Ella podría haber regresado allí.

—Fui a casa antes de venir aquí. Estoy preocupado. La situación no era tan grave como para que…

—¡La situación no se tuvo que haber producido, Freddy! —gritó el duque—. La

dejaste sola y te vio saludar a una mujer a la que recuerdo muy bien. Gertrude es muy… amorosa cuando quiere, y le importa un par de viejos zapatos si está en público o no.

—¡Maldición!

El duque se levantó de la silla y comenzó a negar con la cabeza. Cuando Freddy vio que su amigo estaba dirigiéndose hacia la salida del despacho le preguntó:

—¿A dónde vas?

—A mi cama. No hay nada que podamos hacer hasta que salga el sol.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Buscarla, Freddy. Esta vez seguramente habrá corrido a su hogar.

—Yo no creía que hubiese sido un asunto tan…

—¡La dejaste sola en medio del recibidor de Covent Garden! Eso ya es bastante malo y si le añades lo de la actriz… ¡El bastardo eres tú, no yo!

—Infierno…

Stone se dio media vuelta y miró al conde.

—Además, tuve que haberte avisado.

—¿Avisarme de qué?

—De lo que ocurre con las mujeres cuando han cumplido con su deber. Felicity misma era un dragón lanzando fuego por la boca y al instante siguiente se asemejaba a un lindo gatito buscando mi amor.

—No te entiendo. —Rochester se había perdido algo.

—¿No lo recuerdas, Freddy?

—¿El qué?

—Las risas que te echabas a mi costa cuando venías de visita a Stone Park solo para ver a mi esposa azotarme con su lengua y quejarse de que yo lo hacía todo mal.

—¡Claro que lo recuerdo! Era mi diversión favorita ver a una preciosa Felicity embarazada culparte de todos los males del mundo. ¿Por qué crees que desarrollé tanto gusto por tu compañía? Verla regañarte por todo era delicioso. —Rochester le sonrió.

—Me alegra que lo recuerdes, porque yo voy a estar ahora en el otro lado. Será bonito ver a Evelyn morderte sin compasión —le dijo.

—¿Qué quieres decir? —El conde tenía la sensación de que…

—¡No lo sabes! —Faran comenzó a reírse de su amigo.

—Eres un desgraciado, además de un bastardo, Stone.

—Felicity sospecha que tu condesa está en estado de buena esperanza —le dijo cuando se le pasó la risa—. Así que creía que eras consciente de que la situación con Gertrude era mala de por sí, y se convirtió en un delito capital cuando todo lo que hiciste fue visto por una mujer que está embarazada y no es capaz de controlar sus estados de ánimo. Lo tienes muy complicado, Rochester —usó el título para mofarse—. Una mujer celosa es… delicado. Una dama embarazada celosa… te espera el infierno y yo estaré ahí para contemplar tu caída.

—No deberías disfrutar tanto de mi miseria.

—¿No te reías con alegría cuando le recomendaste a Felicity que yo debería abandonar mi casa unos meses porque el tono de mi voz disgustaba a mi esposa y sería mejor que ella no me escuchase durante una temporada? —Lo que sucedió con su duquesa mientras llevaba a su hijo fue del todo inesperado. Ella pasaba del llanto a la risa en un pestañeo, de igual modo sucedía cuando se refería al amor y al odio. Tiempos complejos, aquellos que vivieron cuando no sabía a qué atenerse con su mujer. Ella era capaz de enfadarse porque no le gustaba el color de su chaqueta, por ejemplo.

—Está embarazada… Mi condesa está embarazada. —No le había dicho nada al respecto. ¿Sería ella consciente de su estado o Felicity lo había intuido porque reconoció sus síntomas?

—Eso cree mi esposa.

Frederick sentía una alegría inmensa, también miedo porque ella había desaparecido y era muy consciente de que la había disgustado al dejarla sola en el teatro para ir a ver a otra mujer que se le echó al cuello y lo besó. Por suerte, lady Rochester no estaría al tanto de que Gertrude fue su amante.

—Tengo que encontrarla, Faran.

—Lo haremos. Una cosa más, Freddy.

—¿Qué?

—¿Gertrude fue la misma mujer con la que decidiste encontrarte en la posada cuando Morton salió tras tus pasos?

—Estuve allí para despedirme de ella y explicarle que me había casado. —Lo normal en esos casos era regalarle a la dama una costosísima joya para que se lo tomase a bien. Gertrude aceptó el collar que le regaló, aunque no le agradó la idea de que él la dejase.

—Dios te ayude si Evelyn llega a enterarse por otra persona que no seas tú.

—¿Qué te hace suponer que no se lo he contado todo?

Stone levantó una ceja.

—¿Lo hiciste?

—No —reconoció inquieto. Era un secreto que había pensado llevarse a la tumba.

—Yo en tu lugar estaría maldiciendo la hora en la que decidiste ir a la ópera.

—Eso sí que ya lo estoy haciendo.

—Ve a casa y descansa. Mañana tendremos que ir a Watford.

—¿Crees que habrá regresado a su casa?

—No conoce a nadie más en Londres. Es lo que yo hubiese hecho.

—¿Me ayudarás?

—Sí —le dijo con sinceridad. Stone no se lo diría, pero le preocupaba lo que habría pasado en verdad para hacer que lady Rochester se marchase a toda prisa y no hubiera ido a buscar a su duquesa y a él para refugiarse de un disgusto—. Una vez que la recuperes, espero que no la vuelvas a perder, Freddy. Haz las cosas bien de una buena vez, ¿de acuerdo?

—Lo haré mejor —se prometió a sí mismo.

—Bien. Puedes dormir en el sofá de allí —miró el lugar más cómodo de su estancia—, o puedes regresar a tu casa.

—¿No me ofrecerás una cama? —inquirió extrañado porque lo había invitado a dormir en el despacho y no en una de las muchas habitaciones vacías de la casa.

—Mejor duerme ahí y dile a Evelyn que te castigué en su nombre por la tontería que has hecho.

No esperó respuesta, Stone se marchó de allí para regresar con su esposa. Cuando ingresó en su habitación, Felicity estaba durmiendo plácidamente. La despertó con un beso… Uno muy especial que le dio entre las piernas. Eso animó la situación y los duques de Stone disfrutaron de una noche de lo más ardiente. Muy en contraste con la agonía que estaba padeciendo Freddy.

Capítulo 16

Frederick se había imaginado que tendría muchos obstáculos hasta hacer entrar en razón a su condesa. No había contado con que uno de ellos volvería a ser el estúpido Lucas Doyle.

Así que cuando se presentó en Watford y se vio a Doyle en casa de su esposa…

Stone estaba mediando entre el primo de Evelyn y Rochester en el recibidor del edificio. Más que mediar, en verdad el duque figuraba en el medio de ambos, de hecho era la única barrera que los separaba para no comenzar a pelearse.

—¿Por qué no te buscas tu propia mujer? —le espetó el conde. En esa discusión tan acalorada no tenía sentido usar la formalidad ni los modales.

—No me hace falta. Ya la he encontrado.

—Maldito hijo de Satanás… ¡Es mi esposa! —le recriminó—. Si le has tocado un solo pelo de la cabeza nombrarás a tus padrinos.

—Rétame a duelo, te lo imploro, Rochester. Será todo más fácil si ella se queda viuda.

—¡Apártate, Stone! —le ladró el conde a su amigo, pues estaba fuera de sí. Solo quería agarrarlo por el cuello.

—No te dejes llevar por la ira, Freddy. Recuerda que Evelyn sigue siendo tu condesa, la ley te ampara. Y no quieres darle un disgusto a tu mujer —le recordó lo referente al embarazo.

—¿Disgusto? —saltó Doyle—. Eve está fuera de tu vida, Rochester, y tú solito

te has encargado de que ella me prefiera a mí.

—¡Stone! —gritó para advertirle a su amigo que se apartase. Iba a darle su merecido a ese malnacido que pretendía robarle lo que le pertenecía.

—¡La dejaste sola en medio del teatro para ir a saludar a tu amante! ¿Qué creías que iba a suceder? —lo azuzó Lucas. Por descontado que el primo de Evelyn deseaba enzarzarse en una pelea monumental con su rival.

Sobra decir que la mirada que le ofreció el duque a su mejor amigo cuando comprendió lo que el otro había dicho fue de: «Te lo dije». Freddy se avergonzó porque ella ya sabía la identidad de la mujer que lo manoseó la noche anterior.

—Evelyn está enamorada de mí, puedo explicárselo todo. —El miedo que sentía Frederick era muy real, dado que sospechaba que Doyle se lo habría chivado todo a su mujer. No tuvo más remedio que sosegarse y no darle la satisfacción de que adivinase el pánico que sentía.

—La dejaste sin mirar atrás, en medio de una plaga de desconocidos, que la empujaron varias veces y la pisotearon. Ella te vio dejarte *agasajar* por una mujer que te conoce íntimamente. Si yo no hubiese estado ahí para socorrerla, ¿qué crees que habría pasado? Y no solo me preocupé por su seguridad, también por la de tu vástago. ¿Qué clase de hombre deja a su mujer sin la debida atención? Yo te lo diré, Rochester, uno que no se preocupa por ella lo más mínimo. Y no debería extrañarme. Nunca has querido a la formidable mujer que Morton te regaló. Ella es buena, bonita, dulce, fiera cuando debe serlo, y tú la llamaste ratón de biblioteca y kraken marino frente a todos los que te escucharon despotricar de tu prometida. No la mereces y haré todo lo posible para separarte de ella.

Las palabras del maldito le escocían. Freddy comprendía lo mal que había actuado.

—No voy a darte ninguna explicación a ti, Doyle. Los asuntos entre Evelyn y yo son privados. Vas a tener que aceptar que mi condesa no quiere meterse en la cama contigo porque me ama.

—Discrepo —se apresuró a sentenciar Lucas—. Ella me ha dejado muy claro que no puede amarme como a algo más que a un hermano y ha aceptado el papel que voy a desempeñar en su vida.

—Así que al fin vas a dejarla en paz.

—No. Solo pretendo protegerla y no me impondré, porque eso es lo que hace un hombre que ama a una mujer. La cuida, la protege y se repliega a sus deseos. Sean los que sean.

Aunque tú no entiendes nada de eso.

—¿Qué sabrás tú del amor que yo siento por Evelyn?

—¿La amas?

—Más que a mi vida —advirtió sin titubear.

—Entonces harás lo más honorable. Dejarás de molestarla para siempre.

—Ella me ama, solo ha habido un malentendido entre nosotros. Además estás loco si crees que sabiendo que está embarazada voy a alejarme un solo paso —se reafirmó.

—Eve fue a Londres decidida a proponerte un trato porque quería estar conmigo en aquel momento.

—No lo creo.

—Sí, Rochester. Yo creí que te había ganado, pero ya ves que no ha sido así. Ahora me quedaré con el consuelo de que tampoco tú la tendrás.

—Eres de lo más estúpido si piensas que no voy a llevarme a *mi* condesa a *mi* casa.

—Uhm… No solo lo creo, lo sé —alegó con certeza.

Esa seguridad que Rochester detectó en el primo de Eve hizo que su piel se erizase.

—He perdido demasiado el tiempo contigo. Voy a ver a mi mujer. Registraré la casa de arriba abajo si es necesario. No te interpongas en mi camino. Y si la has escondido de mí, prepárate porque te llevaré ante un juez.

—Hazlo, a fin de cuentas, esta es tu casa, Rochester. Todo lo que tiene Evelyn te pertenece, incluida la fábrica. No es que me importe, puedo alzar otra mejor que la que existe siempre y cuando tu esposa esté a mi lado para construir un nuevo imperio de cristal. Eso sin olvidar que legalmente la dama es tuya, pero no la tendrás. Debiste haberle contado con quien te entrevistaste en la posada cuando Morton fue a buscarte… —desveló.

—¡Maldito canalla de boca ancha! —Frederick trató de forcejear con Stone, quien no se había quitado de en medio de los dos mientras ellos intercambiaban opiniones. El duque sujetó con fuerza al conde.

—No lo hagas, eso es lo que él quiere. No dejes que el orgullo y la rabia te venzan, Freddy. Es por Evelyn por quien debes luchar y es a ella a la que debes enfrentarte y convencerla de que debe estar a tu lado. Contente, por tu esposa y tu hijo —le recomendó el duque.

Es necesario decir que Doyle parecía una estatua de hielo. No se había inmutado cuando Rochester explotó, ninguna de las veces en las que le gritó lleno de furia. Se limitaba a esperar a recibir el primer golpe para contraatacar. Le había jurado a Eve que no le pondría un dedo encima, y no lo haría a no ser que tuviese que defenderse. Eso sí. Ardía en deseos de comenzar a darle su merecido.

—La tenías, Rochester —siguió Lucas—. Lo habías logrado, ella vino a verme en Londres para despedirse de mí y explicarme que se había enamorado de ti. Y fíjate, no he tenido que hacer nada para quitártela. Deberás aprender a vivir sabiendo que a partir de ahora tu esposa estará a mi lado hasta que Dios nos llame a su lado. —El señor Doyle chasqueó la lengua —. Imagínate todos esos días que pasaremos juntos, ella te recordará y tendrá que llorar sobre mi hombro. Y llegará el día, Rochester, te lo garantizo. Ese día en el que ella logre enterrarte en el fondo de su mente llegará, y solo tendré que mirarla con todo el amor del mundo para que Eve comprenda que ella es mi destino.

Frederick, a quien el duque tenía bien sujeto, abrazado más bien a fin de evitar que se lanzase en una gran pelea, dejó de mirar a Lucas Doyle y se centró en Stone para decirle:

—Si él estuviese hablando de Felicity… ¿Qué harías?

Faran suspiró. Lo soltó en ese momento.

—Dale su merecido. Lo ha estado deseando desde que entramos por la puerta y se ha ganado que le des el gusto.

El conde asintió. Se estiró las mangas de la chaqueta y se lanzó a por él sin piedad.

Los dos comenzaron a forcejear, puñetazos aquí y allá. Los muebles quedaban destrozados a su paso. Parecían un huracán destruyéndolo todo.

—¡Basta! —gritó una voz desde lo alto de la escalera.

Los tres caballeros miraron hacia arriba. Se trataba de Evelyn. Estaba ataviada con una bata blanca que llevaba por encima del camisón. Tenía el pelo suelto, y se veía como si…

—¡Evelyyyyyn! —gritó el conde, quien soltó de inmediato a Lucas cuando ella comenzó a tambalearse.

Frederick subió las escaleras de dos en dos, con muchísima prisa. Le seguían de cerca Stone y Lucas, por ese orden.

Antes de caerse, ella logró sostenerse de la barandilla y terminó sentada sobre el suelo

Esa mañana, cuando Eve se había despertado, después de haber estado toda la noche llorando, descubrió que necesitaba tener el orinal cerca porque no podía dejar de devolver. Estaba triste y se sentía muy enferma, así que se quedó en la cama y no había salido hasta que escuchó voces. Se movió con cuidado. El mareo y la angustia eran muy continuos y el pie le molestaba en exceso también.

Lucas le había dicho que todo era culpa de Rochester, pues su esposo llegó al extremo de haberla hecho enfermar.

Se quedó bien sujeta a la baranda, escuchando toda la conversación entre ambos, y tuvo que delatar su posición cuando al fin Stone dejó en libertad a Frederick y comenzaron a pelearse sin contención. El grito la debilitó mucho y no pudo lograr seguir en pie. El tobillo todavía le dolía, aunque no tanto como su estómago o los ojos por haber llorado sin parar.

Frederick la recogió del suelo, la sostuvo en sus fuertes brazos y vio que presentaba un aspecto lamentable. Los ojos hinchados, rojos por el llanto, su tez más pálida que nunca.

—Stone, haz venir a un médico —le dijo Freddy a su mejor amigo.

—El galeno ya ha sido avisado —intervino Lucas, quien se acercó a la pareja y miró con dulzura a Evelyn—. Te dije que no salieses de la cama. ¿Y si te hubieses caído, cariño?

Rochester comenzaba a verlo todo de un color rojo muy brillante.

—Vuelve a referirte así de mi mujer y estarás muerto antes de que te des cuenta de que Lucifer te está entrevistando.

—No os peléis, por favor —rogó la dama. Doyle no respondió. Ella, luego, miró a su esposo y sonrió sin humor—. Ahora sí que debo parecer un ratón de biblioteca o un kraken marino.

Frederick sintió una patada en el hígado. Se tragó una maldición y en cambio le sonrió.

—Jamás te he visto tan hermosa como ahora mismo, mi amor.

—La dama de anoche… —siguió ella.

—No es nada para mí —la cortó—, en cambio tú eres mi vida entera. La ilusión de un caballero destrozado. Estaba roto, Evelyn. Tú me sanaste.

—Creo que usted y yo deberíamos dejarlos solos —terció Stone. Le hablaba a Lucas.

—Ella me necesita —se negó el primo de la dama. Miró con rabia al conde. Los dos se habían amoratado un ojo y pronto saldría la evidencia de los golpes—. Está enferma por tu culpa, Rochester.

—Vamos a tener un duelo si sigues por ese camino —le advirtió Freddy.

—No —intervino Stone—. No puedes retarlo porque él está en lo cierto, amigo mío.

—¿Vas a ponerte de su parte, Stone? ¿Ahora? —inquirió con enfado Frederick.

—Felicity también tuvo náuseas, en especial por la mañana. Es debido al embarazo y puesto que tú eres quien la ha dejado en ese estado, tú la has enfermado.

Su amigo entendió lo que decía Stone. Le agradó ver a Lucas apretar los puños y fruncir los labios.

—¿Cuál es tu habitación, Evelyn? —le preguntó su esposo, dispuesto a ir con ella a fin de encerrarse los dos para aclarar las cosas de una vez por todas.

—La primera puerta a la derecha. Creía que no vendrías. Ella es muy hermosa… —le dijo su esposa en clara referencia a la actriz.

—Eve… no deberías… —empezó a objetar Lucas.

—Señor Doyle, mi amigo está en su derecho de atender a su esposa y ella no parece reacia a estar en los brazos de su marido —le hizo comprender al primo de la dama—. Así que si tengo que intervenir yo mismo para ponerlo en su lugar, no dudaré en hacerlo y le aseguro que mis puños son mucho más duros que los de Rochester. —Ahí la amenaza de lo que le

sucedería a Lucas si no desaparecía de inmediato.

—¿Eve? —le preguntó el aludido a ella—. ¿Quieres que me vaya? Me quedaré y me enfrentaré a quien sea si tu deseo es que te proteja, ya lo sabes.

La condesa, desde los confortables brazos de su marido miró con cariño a su primo.

—Nunca tuvimos ninguna oportunidad, Lucas. Debes seguir tu camino. Busca a una mujer que te admire por lo que eres, un buen hombre, más brillante que la luz del sol.

Él asintió dispuesto a darse media vuelta. No sin antes mirar a los ojos a Rochester.

—Es así como se hace. Por la mujer que lo merece uno lucha, la protege, la cuida y la ama hasta el fin de sus días. Ella es lo primero siempre. Si llega a mis oídos que le vuelves a fallar, te retaré a duelo pese a que no tenga el título exigido para hacerlo. —Era cierto que los duelos ocurrían entre caballeros con título—. Y luego me la llevaré a un lugar donde no la encontrarás y me importará bien poco que Eve ponga objeciones.

No esperó respuesta. Se giró dispuesto a irse. Respetaría los deseos de su prima.

—Yo mismo le daré su merecido si vuelve a fallarte —le dijo Stone a Evelyn, en cuanto Lucas se dio la vuelta.

—Averigua dónde está el maldito médico —lo urgió el conde.

—Ahora mismo. —El duque comenzó a ir en busca de alguien que le pudiese decir dónde encontrar al doctor.

—¿Stone? —lo llamó antes de que llegase al primer peldaño de la escalera.

—¿Qué?

—Yo mismo me retorceré el pescuezo si Evelyn vuelve a sufrir por mi culpa.

—Sí, bueno, yo estaré ahí para asegurarme de que lo cumplas. —El duque le guiñó un ojo a Eve y ella le sonrió.

Rochester y su condesa entraron en la habitación de ella. El conde la acomodó sobre la cama, la tapó con la manta y a continuación se tendió a su lado. El fuego seguía encendido por lo que ella no iba a pasar frío a pesar de que la manta no era demasiado gruesa.

—¿Necesitas otro cojín para la cabeza, mi amor?

—No. ¿Vas a regañarme por haberme ido con Lucas?

—No. Me ha dolido saber que él…

—No se ha quedado a dormir aquí. No se lo permití —le explicó.

Freddy, que había estado echado en la cama mirando los paneles de escayola del techo, se ladeó para centrarse en su esposa. Los ojos de uno estaban sobre el otro.

—Soy un patán, Evelyn. No paro de hacer las cosas mal contigo. Tu primo tiene razón, un hombre sensato y bueno te habría dejado en paz pese a que estuvieras encadenada a él. Me temo que no soy ni bueno ni sensato. El egoísmo me impide dejar de luchar por ti y estoy dispuesto a hacerlo hasta que expire.

—No me gusta sentirme así. Soy valiente, pero cuando se trata de ti y me haces daño, solo quiero desaparecer y huir.

—Cuando me acerqué a Charles, al hombre que gritó mi nombre en el teatro, te juro que no sabía que esa mujer estaba allí. —Encontró pertinente no usar el nombre de su antigua amante—. No quise que lo conocieras porque Charles es muy desagradable. Lucas ha tenido el *detalle* de explicarme que te empujaron y que…

—No sé si puedo confiar en ti, Frederick —lo interrumpió.

—No me dijiste que estabas embarazada.

—No. Quería confirmarlo primero, y luego iba a planear algo grandioso para contártelo, un recuerdo que los dos atesoraríamos para siempre.

—¿Qué habías pensado hacer?

—Una cena, solo los dos, con tu plato preferido.

—Tú eres mi comida favorita en el mundo, Evelyn. ¿No lo entiendes todavía? Estoy loco por ti. Sin ti a mi lado estoy perdido. Eres lo primero en lo que pienso por la mañana, y lo último en lo que pienso cuando me duermo… solo quiero que estés a mi lado, en mi cama. Sueño contigo por la noche. Estás siempre en mis pensamientos.

—Huiste con ella, Frederick. A la mañana siguiente de nuestra boda. Todavía te sentía en mi interior, un dolor agudo lacerante me recordaba que habías consumado el

matrimonio, y seguramente tú ya estabas yaciendo con ella.

—No, no, mi amor. En absoluto. Le envié una nota para explicarle que nuestra relación se había acabado porque iba a casarme justo cuando tu padre se presentó ante mí para explicarme que estaba atado a un acuerdo que te incluía a ti. La cité en la posada porque cuando un caballero termina una relación como la que ella y yo teníamos, es necesario hacerlo… —Maldijo. Hablar de ese tema con su esposa era algo doloroso—. Le regalé una costosa joya y nos despedimos. Luego sucedió lo del accidente de tu padre. No iba a escaparme con ella. Tengo principios, por eso no quería casarme con una mujer que no fuese de mi elección. Y luego, cuando Stone encontró a Felicity… Yo quería lo mismo. Amor, una compañera, y saber que fuiste la mujer que eligió mi padre lo complicó todo. Ya te lo dije.

—Creo que no vamos a superar el pasado nunca —alegó derrotada la condesa.

—¿Me amas?

—Sabes que sí.

—Entonces nada más importa.

—Sí que importa, Frederick. Saldrá alguna cuestión que de nuevo nos separará. Y… No quiero ser esa mujer, la que se acobarda y que cuando sufre tiene que huir a lamerse las heridas.

—No lo seas. Te juro por ese niño que hemos hecho juntos —le tocó el vientre y ella se lo permitió—, que no habrá nada que nos separe jamás. Debí haberte hablado de la mujer de la posada, no lo hice porque no quería avergonzarme más, Evelyn. Tenías mucho por lo que perdonarme y añadir esa cuestión cuando habíamos avanzado tanto en nuestra relación… No pude hablarte de lo último que me quedaba por confesarte.

—¿Y si el amor no basta, Frederick?

—Bastará, lo siento aquí. —El conde le cogió la mano para llevársela hasta su corazón—. Late por ti, Evelyn. Por favor, no te rindas. Los dos tenemos que luchar. No solo por nosotros, pero si ese motivo no lo consideras de peso, piensa en nuestro hijo, mi amor. No nací y crecí en el seno de una familia amorosa. Tuve que pelearme con mi padre para defender a mi madre y a mis hermanos, y cuando fui lo suficientemente mayor como para poder ponerme delante de él y demostrarle lo que sucedía cuando se tenía a un igual en las peleas, lo hice. No tuve un buen padre, ni él fue un ejemplo de cómo ser un excelente esposo, permite que yo pueda serlo. Un padre y un esposo que os cuidará y os amará sin descanso a ti y a mi hijo.

Ella cerró los ojos y una lágrima se le escapó cuando llevó a cabo el gesto.

El conde se acomodó y la recostó sobre su pecho. La dama no se opuso y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—No quiero volver a Londres, quiero quedarme en mi hogar, en la fábrica, estar con quienes conozco.

—¿Y yo? ¿Puedo no volver a Londres y quedarme en tu hogar, uno que haremos nuestro, Evelyn?

—Me gustaría que lo hicieras, pero tú no estás hecho para Watford.

—Yo estoy hecho para ti, y solo para ti. Podrías decidir ir a las Colonias y te seguiría.

—El calor de la India debe ser bochornoso. Me gusta este clima. Aunque todo el mundo se queje de lo gris que suele ser el paisaje y de la llovizna continua, yo lo disfruto.

Rochester le besó el pelo y con el brazo con el que la mantenía rodeada, la estrujó con suavidad.

—Quiéreme y no me apartes, Evelyn, te lo ruego. Eres todo lo bueno que tengo en mi vida.

—¿Me querrás tú y no me apartarás, Frederick?

—Siempre. Y tienes mi permiso para hacer una escena, gritarme o atizarme con un paraguas cuando sea un patán y yo no me dé cuenta.

—Era una sombrilla —lo corrigió.

—Créeme, Stone, en cuanto sepa que nos hemos reconciliado, aparecerá con un garrote de esos que sirven para el pastoreo e insistirá en que lo uses a discreción siempre que yo lo merezca.

La hizo reír y Rochester decidió que la risa de su esposa era lo más glorioso que escucharía jamás, más hermoso incluso que una pieza interpretada por la mejor orquesta del mundo.

—Es algo que el duque haría. Sí, puedo imaginarlo.

—Te amo, Evelyn.

—Te amo, Frederick, pero…

—No, sin excusas. Me amas y a partir de ahí construiremos algo grande. Tú, mi hijo y yo. —Lo espetó de un modo tan autoritario que él mismo se avergonzó.

—¿Tienes algo que decir al respecto? —le preguntó al verla tan callada.

—Sí, Frederick.

—¿Qué?

—Eso es lo que quiero decir. «Sí, Frederick . Sé que eres un absoluto patán, pero incluso estando al corriente de eso, te amo tanto que permaneceré a tu lado. Porque confío en que aprendes de tus errores, y sé que lo harás mucho mejor a partir de ahora. También estoy segura de que me pondrás por encima de todo y todos. Así que sí. Volveremos a empezar y nos amaremos hasta el fin de nuestros días».

—Vaya… Sí que he dado un buen discurso.

—Excelente. Vendrá el médico, decretará que tu salud es formidable, comeremos algo que te apetezca y tu estómago tolere, y luego haremos el amor para sellar nuestra reconciliación.

Ella volvió a reírse. No podría negarle nada.

—¿Frederick?

—¿Uhm? —Estaba tan cansado que se estaba quedando dormido. La noche anterior fue nefasta, y la mañana no mejoró. Tener a su esposa a su lado era como un bálsamo y se sentía relajado y seguro junto a ella.

—No hui con Lucas. Me desmayé en el teatro y él me trajo a casa porque imaginó que necesitaba volver aquí, a lo seguro, a lo que conocía. No creí que vendrías tras de mí.

—Siempre te seguiré allí donde vayas. Uno tiene que pelear por lo que le importa y tú eres mi vida, Evelyn.

—¿Frederick? —lo volvió a llamar porque intuía que él estaba dormitando. Ella tampoco se sentía con fuerzas y deseaba cerrar los ojos y descansar junto a él. Aunque tenía una última pregunta.

—¿Sí? —Abrió los ojos para centrarse en ella. Evelyn lo miraba desde su posición.

—Ella es muy guapa, yo no soy tan llamativa, yo… —observó, sin saber qué esperaba escuchar de él tras esa declaración. Era una verdad y él no podría rebatirla.

—Si hubiese querido estar con ella, lo habría hecho. Morton no hubiese podido impedírmelo, te lo garantizo.

—Lucas dijo que hablaste de casarte con ella tiempo atrás, que todo el mundo estaba escandalizado porque era tu amante. Supongo que los caballeros no se casan con las amantes, aunque no entiendo bien el motivo. Si la amabas…

—Evelyn —la cortó—, si pudiera ahorrarte la angustia que te causé desde el principio lo haría de inmediato. En cambio, si llevando a cabo lo que te he dicho, tú no acabases casada conmigo, entonces regresaría al pasado de nuevo y no cambiaría ni uno solo de los acontecimientos, porque todo lo que hemos hecho y vivido nos ha traído hasta aquí. Uhm… Estoy un poco cansado y no sé si me he explicado bien.

—Te he entendido, sí.

—Nos quedaremos en Watford el tiempo que necesites. Seré un buen esposo, uno sobre el que gobernarás y que se dejará gobernar. Juntos, Evelyn Justos para siempre, ¿sí?

—Sí, Frederick. —Ella suspiró y se abrazó a él.

—Dame un beso para cerrar el trato y luego descansaremos hasta que Stone llegue con el doctor y el garrote. ¿De acuerdo?

—Me parece un buen plan…

Ella se movió y se besaron. A continuación se durmieron.

Cuando los despertaron, fue porque el médico, que había terminado de atender un parto, pudo visitar a la condesa. Solo tenía el pie dolorido y las náuseas eran por el embarazo. Decretó descanso y tranquilidad para la futura madre.

Y no. Stone no trajo al nuevo hogar de los condes de Rochester un garrote. Se presentó con un bonito mosquetón que le presentó a Evelyn como un útil regalo tardío de bodas. Incluso se ofreció a darle clases para aprender a dispararlo.

El maldito bastardo de Stone…

Todo estaba donde debía. Una pareja comprendía que tendría que luchar cada día para que todo saliese bien.

El amor todo lo lograba.

La pasión todo lo fortalecía.

Un hijo, que sería muy amado y que llegaría en ocho meses, era un buen reclamo para que un hombre y una mujer olvidasen el pasado, se desprendiesen del orgullo y abrazaran el futuro con fuerza.

Frederick y Evelyn asentaron aquel día las bases para llevar una vida plácida llena de alegrías y sin penas. Vivirían juntos y en armonía hasta el fin de sus días.

Epílogo

Un año después.

Agatha estaba satisfecha con todo lo acontecido durante los últimos meses.

Frederick y Evelyn estaban mejor que nunca, el pequeño Jonas Frederick Willbory crecía sano y fuerte.

Anthony y Susan iban a darle, por fin, un hermano a Thomas, quien era el hijo natural de la esposa del que antaño fuese capitán del ejército de su majestad.

El vicario Cedric se había casado hacía unas pocas semanas y esa maravillosa boda reunió a la familia al completo.

Así pues, los duques de Stone también se estaban preparando para recibir a un nuevo miembro en la familia. Felicity deseaba que fuese otro niño, porque era el deber de una esposa fabricar varones y asegurar la línea sucesoria del ducado, aunque el padre le había confesado a Agatha que prefería una niña tan adorable como lo era su duquesa.

La condesa viuda consideraba que estar rodeada de parejas felices era precioso, aunque muy solitario. De tal modo que se había subido a un barco sin decirle nada a nadie. Le había dejado una carta a Rochester advirtiéndole de sus planes para viajar por Europa. Sola. Sin ninguna dama de compañía ni escolta. Esperaba que haber convivido con el diablo durante tantos años la hubiese curtido en exceso para soportar la hazaña. De todos modos, su primera parada era Francia, donde residía una vieja amiga a la que esperaba convencer para sumarse al periplo.

Situada en la proa, divisaba el mar abierto y el cielo despejado. La brisa le acariciaba el rostro y… ¡Era sensacional!

Notó que alguien se colocaba a su lado y ladeó la cabeza por inercia.

—¿Qué diantres hace usted aquí? —preguntó incrédula.

—Regodearme en la venganza y no en el autodesprecio por haber perdido a la mujer que amo —reconoció Lucas Doyle.

—¿Disculpe? —Agatha no lo había entendido.

—Tengo mis espías, condesa. Usted pretendía alejarse de la mirada de su hijo con este viaje.

—¿Me ha estado siguiendo? —inquirió asombrada e indignada a partes iguales. Un poco satisfecha también. ¡No! Eso no debería sentirlo.

—Fue una casualidad. Bueno, más bien lo hice por orgullo. Una dama no puede coquetear tan descaradamente como usted lo hizo conmigo y luego hacer como que no existo.

—¿Qué ha dicho? —La picardía que veía en los ojos de Lucas Doyle… No lo entendía demasiado.

—Estuve hace cuatro días en el concierto de los vizcondes Retmore.

—¿Estuvo allí?

Lucas había abandonado todas sus obligaciones en la fábrica y se echó a un lado cuando se aseguró de que Eve era completamente feliz al lado de un hombre que, en su opinión, jamás la merecería.

El señor Doyle había comenzado a invertir en el proyecto de la iluminación de luz de gas. Un avance muy progresista que supondría una gran revolución para el mundo. Se trasladó a Londres buscando a una mujer que pudiese tentarlo. Había tenido dos amantes desde que se separó de su prima. Ninguna de ellas le trajo alivio. El matrimonio no estaba entre sus planes. Era demasiado pronto para dar un paso en ese sentido.

Cuando se cruzó con la madre de su archienemigo en la última reunión social a la que asistió… Aquello fue interesante. Más bien despertó algo en él interesante.

—Sí, y usted pasó por mi lado y no reconoció mi presencia.

Ahí la dama había comenzado un juego que ni ella misma sabía que se había iniciado.

—¡No le vi! —se excusó.

—Sí que me vio —la contradijo con firmeza.

—Le juro que no lo hice. No soy una mujer que tenga que retirarle el saludo a nadie, dado que no suelo avergonzarme de mis acciones.

—Usted dio a entender que tenía interés en mí y aquí estoy.

—Por amor de Dios —susurró ella incrédula—. Le habría dado todo el oro de Midas para quitárselo de encima a Evelyn. Lo que sucedió aquel día fue…

—Hubo algo y usted lo sabe. No trate de negarlo, milady.

—¡Pero si podría ser usted mi hijo! —Al decir esa observación en alto lo vio levantar una ceja.

Lucas se aseguró de que ambos seguían solos en la proa del barco antes de decirle:

—Lo que yo le haré, milady, a su hijo ni se le pasaría por la cabeza.

—¡Señor Doyle! —exclamó escandalizada.

—Y por descontado que cuando Rochester se entere de lo que le hice a su madre, confío en que no pueda volver a pegar ojo.

—Tan presuntuoso como Morton… Y tan incorregible y escandaloso como lo era él. ¿Está seguro de que no es su vástago, señor Doyle?

Él le sonrió.

—¿Pretende cambiar de asunto para que olvidemos lo que acabo de decir que va a ocurrir entre nosotros, milady?

—No va a suceder nada entre nosotros, señor —alegó ofendida.

—Ya… En dos días la tendré en mi cama, Agatha. —Se permitió el lujo de usar el nombre de ella. Era más, se había acercado a su oreja y se lo había susurrado con todo el descaro del mundo.

Ella se quedó atónita. Lo miró con severidad.

—El infierno se congelará antes de que usted logre su cometido.

—¿Lo nota, milady? —preguntó con humor el caballero.

—¿El qué? —Ella se había perdido.

—Comienza a helar, Agatha. Prepárate para el juego —decidió cambiar al tono informal—, porque la única mujer que se me habrá escapado cuando mi vida termine va a ser Eve. Te tendré. Esta noche cenarás conmigo a las siete en mi camarote. Más te vale venir, porque echaré la puerta del tuyo abajo si me haces enfadar y todo el mundo supondrá que somos amantes aunque todavía no lo seamos. Dejé a la esposa de tu hijo porque ella me lo pidió y no era libre. Tú puedes pedirme que me retire, pero como eres libre, no pienso hacerlo. ¿He sido claro?

Ella sintió que su piel se erizaba. Ladeó el rostro y se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. Lucas Doyle se veía tan decidido, tan seguro de sí mismo… Y luego estaba esa mirada. Una que hacía años que no veía.

Hambre.

Promesas.

Determinación.

Mentiría si no confesase que la hizo sentirse como si fuese una jovencita llena de anticipación. ¡Qué tontería! A sus años ella no podía cometer tal error.

Era momento de decirle que se fuese al infierno y se congelase o abrasase allí, pero sin ella.

—Cenaré con usted, pero no habrá nada más —se escuchó decir. Agatha se separó de él, se dio media vuelta y comenzó a caminar despacio. Con cautela, pues sus rodillas las percibía como si fuesen de mantequilla.

La condesa viuda no pudo evitarlo y se dio la vuelta para ver qué hacía él. Error. Se dio cuenta de que le estaba mostrando una sonrisa sardónica y… ¡Dios! ¿¡Le acababa de guiñar un ojo!? Oh, cielos… ¡Lucas Doyle se había atrevido a guiñarle un ojo y a lanzarle un beso al aire!

Debería reprenderlo. Ella lo sabía.

En cambio se encontró soltando una gran carcajada.

Ese viaje iba a ser de lo más interesante.

Ese pensamiento era el que compartieron tanto Agatha como Lucas.

¡Qué emocionante!

Fin.

Sobre la autora y la historia

Anne Lovelace es una autora que se divierte imaginando las historias de amor de damas y caballeros en la época de la Regencia Inglesa. Le encanta cuando hay mucho amor, malentendidos, escenas tiernas y otras más subidas.

Ha decidido comenzar a escribir porque resulta apasionante imaginar la vida en aquella época. En un ambiente convulso a principios de 1800 con las guerras napoleónicas y muchas ideas progresistas a la vuelta de la esquina, el mundo se preparaba para el cambio que sería más significativo con la reina Victoria al frente y bajo la bandera de la industrialización. Pero antes de que las fábricas comenzasen a rugir, el Londres previctoriano era más pausado, elegante y un poco más liberal (sobre todo en la intimidad y entre las clases altas de la aristocracia) que cuando la reina Victoria apostó por el decoro en su máximo apogeo.

Me he tomado mi tiempo para llevar a cabo la documentación sobre el periodo histórico en el que se concreta la historia de Evelyn y Frederick, además también de estudiar el manejo de los títulos nobiliarios ingleses. Confío en que la lectora haya pasado un rato agradable, entretenido. Esta autora no pretendía nada más.

El epílogo se lo ha ganado Agatha. No eran pocas las mujeres que se casaban y tenían que soportar en aquellos tiempos un verdadero calvario sin que la ley pudiese hacer algo al respecto. Lo he dejado abierto para que cada una imagine lo que pudo ocurrir entre Lucas y la condesa viuda. Una mujer madura y un hombre apasionado decidido a conquistarla.

Os puedo garantizar que Agatha se lo va a pasar muy bien con Lucas. No. No voy a hacer ninguna novela a este respecto, pero en mi mente, ellos dos tienen un tira y afloja encantador y ella roba un tiempo de pasión en el tramo final de su vida. ¿Por qué no dejarlo así?

Gracias por leer una historia que ha sido hecha desde el cariño y donde el amor y un poco de desamor eran lo principal.